

DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, 12 DE FEBRERO DE 1939

Suplemento Dominical

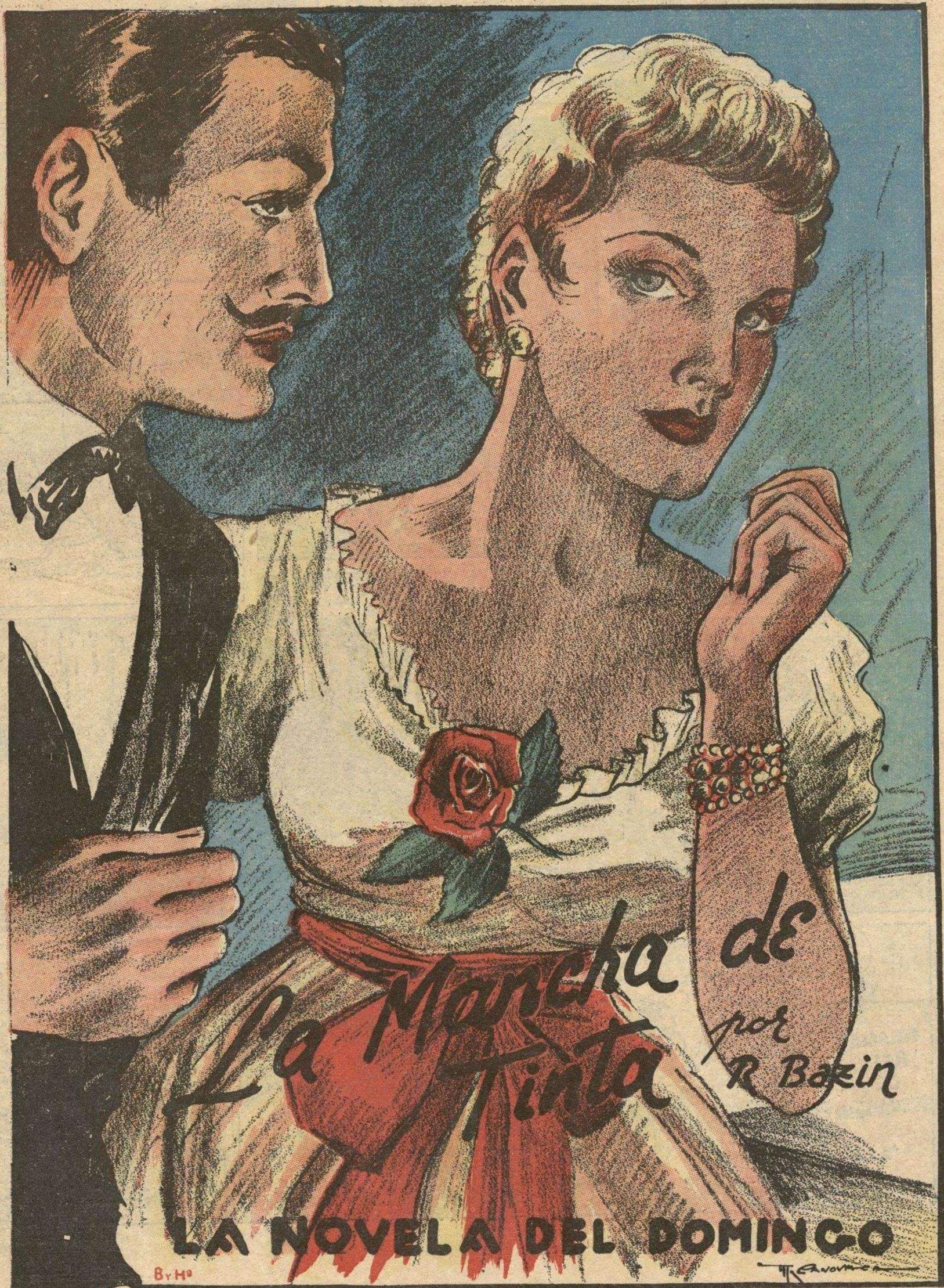
En Este
Número:

★
*Desperdicios
que
pagan
vividos
en el cine*

★
*Ahora
los aviones
serán
más
seguros*

★
*El Capitán
Aguila
Trucutú*

★
*Otras lecturas
amenas para
grandes y chicos*



FRAGMENTOS

DE LA ÉPOCA PREHISTÓRICA

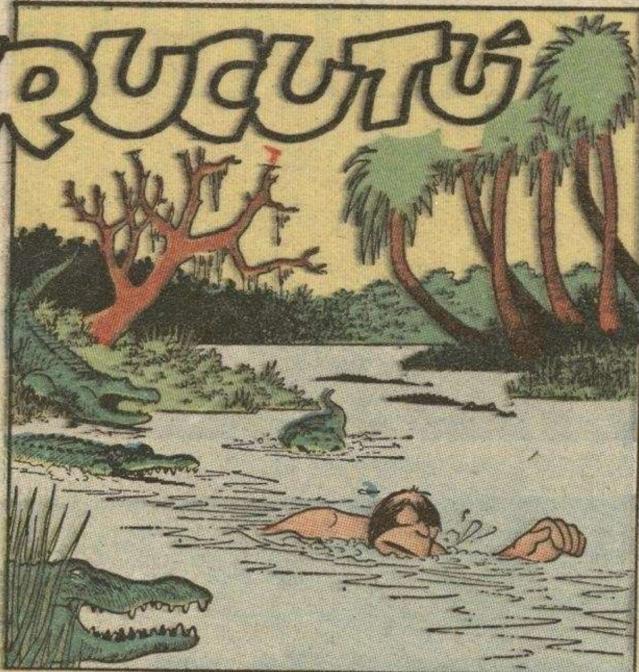
CON 150,000 DÓLARES APENAS SE PUEDE COMPRAR UN MODERNO AVIÓN DE BOMBARDEO PERO CON ESA CANTIDAD EN PLATA, EL GRIEGO TEMISTOCLES CONSTRUYÓ UNA ARMADA QUE DERROTÓ A LOS PERSAS EN SALAMINA (480 A. DE J.C.), UNA BATALLA QUE INFLUYÓ MUCHO EN LOS DESTINOS HISTÓRICOS DEL MUNDO.

RECIENTES EXCAVACIONES EN LAS ISLAS ORKNEY PRUEBAN QUE SOLO HACE 3,500 AÑOS LOS BRETONES ESTABAN EN EL PERÍODO DE TRANSICIÓN DE LA EDAD DE PIEDRA A LA DEL BRONCE

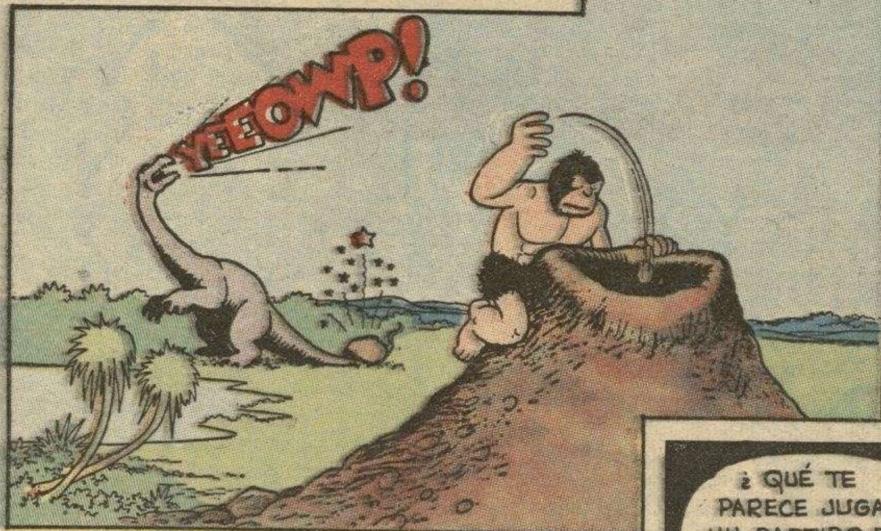
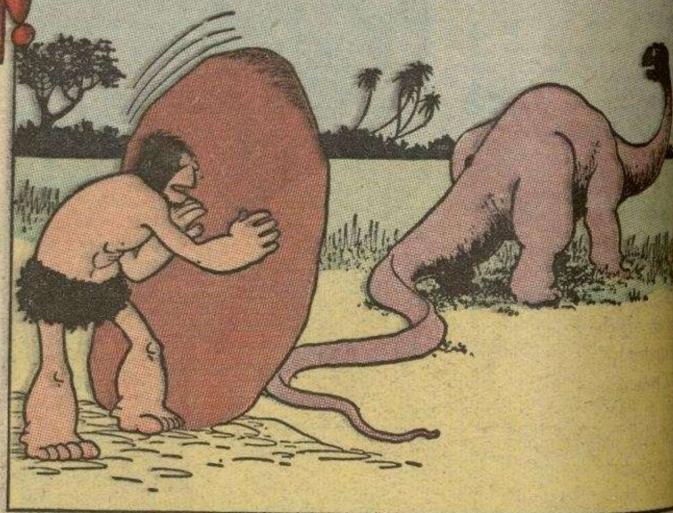
EL MONUMENTO DE LA SELVA PETRIFICADA EN ESTADOS UNIDOS, NO CONTIENE UNA SOLA SELVA, SINO SEIS



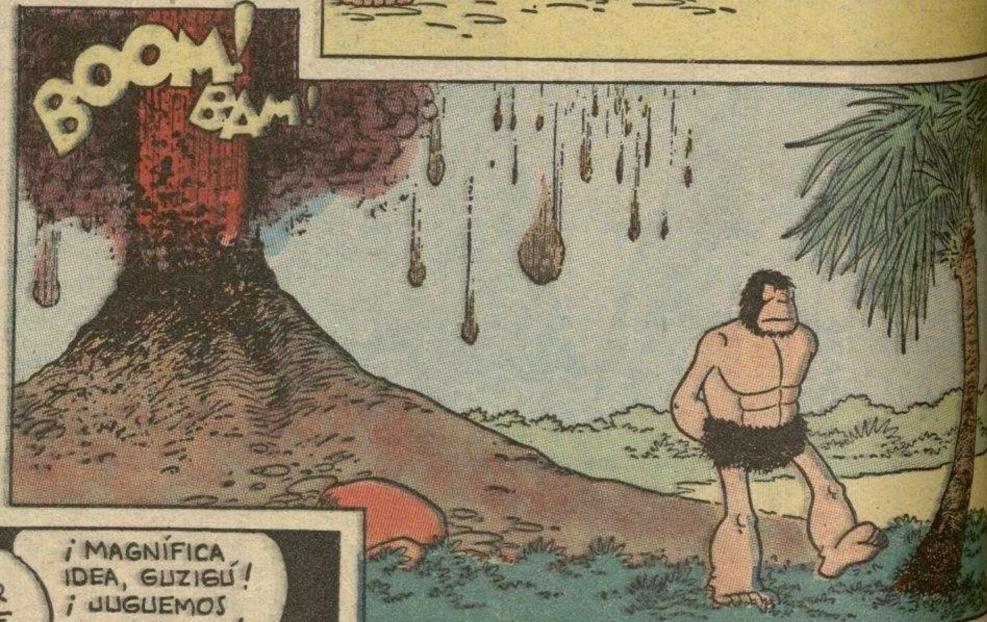
¡ESTOY ABURRIDÍSIMO!
¡ME HACEN FALTA AVENTURAS EMOCIONANTES!



MEOW!



YEEOWP!



BOOM! BAM!



¿QUÉ TAL, TRUCUTÚ? ¿HAY ALGO POR AHÍ QUE VALGA LA PENA?

¡NO! ¡ESTOY ABURRIDÍSIMO!

PALACIO REAL DE SUZILANDIA
SUZIEU PROP.



¿QUÉ TE PARECE JUGAR UN PARTIDO DE DAMAS PARA EL TEDIO?

¡MAGNÍFICA IDEA, SUZIEU! ¡JUGUEMOS UN PARTIDO!



V.T. Hauler

—¿Qué está aquí—me dice Silvestre— es
esperarlo que viene por el fondo de
gracioso. Dos minutos y soy contigo
¡ahí!

—¿Qué me cuenta usted?
—No me reconoce usted?
—No, señor.

—¿Admira, caballero.
—Por qué, señor, si no he tenido el
placer de verle nunca?

—¿Usted ha hecho mi retrato.
—¿Qué me cuenta usted?
—Reservo a Lamprón. Le veo mortifica-
do por el impertinente principio de aque-
lla escena. Deja en medio de estudio la
silla que alargaba ya, y se sienta en el
sillón de grabador, situado en un an-
gulo con el aire un poco altivo y dibu-
ja en sus labios una vaga sonrisa de
satisfacción: con las yemas de los de-
dos golpea la mesa en que apoya el codo
—¿Lo que tengo el honor de decir a us-
ted, caballero, es la pura verdad. Soy
miembro del Instituto.

—Lamprón mira hacia donde yo estoy
y su fisonomía se dilata.

—Perdóneme usted, caballero: no le co-
nozco a usted más que de espaldas. A ha-
cerme visto como ahora, tal vez le hubiese
reconocido.

—¿No me río, caballero, y hubiera
preferido antes a pedirle una explicación. Si
me hubiese sabido hasta esta misma ma-
ñana lo que considero un abuso de pro-
piedad de su lápiz. Las exposiciones de pin-
tura no son mi fuerte. No me he visto
en ellas. Ha sido preciso que Flamarán
me dijera a decirme que figuraba en el úl-
timo Salón en compañía de mi hija, sen-
tado en el tronco derribado de un árbol
de la selva de San Germán. ¿Es verdad
caballero, que reaparezco sentado en el tron-
co de un árbol?

—Exactísimo.

—La posición es algo rústica para quien
ha estado de París más de tres veces al año
y mi hija, de perfil, según creo, está
muy parecida?

—Tanto como me ha sido posible.

—¿Es decir que confiesa usted haber
retratado a los dos, a mi hija y a mí?

—Sí, señor.

—Creo que no le será a usted tan fácil
explicar con qué derecho nos ha retra-
tado, caballero, espero sus explicaciones

—Podría muy bien dejar de dárseles—
dice Lamprón, que empieza a perder pa-
ciencia—. También podría contestar a
usted que no tenía necesidad de pedirle
permiso alguno, como tampoco se lo pedí
a las hayas ni a las encinas, a los olmos
ni a los abedules; que ustedes formaban
parte del paisaje; que todo pintor que
dibujaba un paisaje tiene derecho a col-
ocar en él un buen hombre...

—Un buen hombre, caballero, un buen
hombre! Sea usted más comedido.

—He querido decir un personaje; nos
otros los pintores decimos un buen hom-
bre. Sí, caballero: yo habría podido adu-
cir esa razón más que suficiente, pero
que no es la verdadera. Prefiero, pues,
deklararle francamente lo que ha pasa-
do. Caballero, usted tiene una hija en
santadora.

El señor Charnot se inclinó como tenta
por costumbre.

—Un amigo mío se ha enamorado de
ella. Es tímido y no se atrevía a confe-
sarle su amor. Por casualidad les vimos a
ambos en el bosque, y se me ocurrió la
idea de dibujar a la señorita Juana; de
hacer el retrato lo más parecido posible
a fin de que ella no pudiese dejar de re-
conocerse; de exponer mi dibujo en el
Salón, en la seguridad de que ella lo ve-
ría de que adivinaria la intención y de
que haría memoria, no de mí, que ya soy
un muchacho, sino de un joven amigo que

tiene la edad y el talante de los enamo-
rados. Si en esto hay alguna falta, ca-
ballero, yo le reivindicó: toda ella es mía.

—Ciertamente, caballero, hay una falta,
por lo menos de su parte: la de que
usted, hombre serio, considerado por su
talento y por su carácter, haya ayudado
a impulsado un sentimiento frívolo.

—¡El amor más honrado y más pro-
fundo, caballero!

—¡Una llamarada!

—¡De ningún modo!

—¡Bah! Su amigo de usted no es más
que un niño.

—¡Tanto mejor para él, caballero...
y para ella! Si usted quiere para yerno
un hombre maduro, búsquelo usted y verá
lo que valen esos hombres: quizá deplora
luego haber rechazado a ese niño, que no
tiene más que veinticuatro años, es ver-
dad, que tampoco tiene fortuna, ni carre-
ra asegurada, ni ese baño de suficiencia
que en tantas personas ocupa el lugar del
mérito, pero que posee un corazón noble
bravo, del cual respondo, caballero, co-
mo de mí mismo. Busque usted, busque:
podrá encontrar para su hija nombres
ilustres, grandes fortunas, galones, bar-
bas, vanidad, reputaciones, pretensiones
justificadas o no; todo lo que él no tie-
ne; ¡pero a él, caballero, a él, no volverá
a encontrarle! Es cuanto tengo que decir
a usted.

Lamprón se había animado. Hablaba
con vehemencia. Un asomo de cólera bri-
llaba en sus ojos.

Vi al señor Charnot levantarse, ir ha-
cia él y tenderle la mano.

—No quería otra cosa de usted, mi que-
rido señor: eso me basta. Flamarán me
ha pedido esta mañana la mano de mi
hija para su amigo de usted. No pierde
el tiempo Flamarán cuando se le confía
un encargo. También me ha hablado el
muy bien de vuestro amigo. He tomado
informes del señor Boule; pero yo necesi-
taba, por lisonjeros que fuesen tales
testimonios, adquirir el de un hombre
que hubiese vivido en intimidad con el
señor Mouillard, y no he podido descu-
brir otro que usted.

Lamprón miraba estupefacto a aquel
hombrecillo de labios delgados, que aca-
baba de cambiar tan bruscamente de to-
no y de semblante.

—A fe mía, caballero—repuso—que hu-
biera usted podido obtener los mismos in-
formes con menos trabajo: no necesitaba
usted para ello de esta escena.

—Dispénsame usted: hubiese obtenido
informes, y no era eso lo que yo quería:
los informes son siempre buenos. Yo que-

Una Mancha de Tinta

por R. Bazin



ría un grito del corazón; la voz de la
amistad sublevada, indignada hasta el ex-
tremo. He oído ese grito, y ello me bas-
ta. Le doy a usted gracias, caballero, y
le ruego que me dispense.

—Caballero, puesto que ahora hablamos
seriamente, permítame usted que a mi vez
sin perifrasis, le pregunte: ¿la petición de
mi amigo tiene probabilidades de ser
atendida?

—Señor Lamprón, en este delicado
asunto he resuelto dejar a mi hija en
completa libertad. Aunque se trata de mi
dicha casi tanto como de la suya, no ten-
dré en él más que voz consultiva. Le he
transmitido ya la petición hecha por Fla-
marán.

—¿Y qué?

—Esperaba que la rechazaría.

—¿Y ha dicho que sí?

—No ha dicho que no, sin lo cual, co-
mo usted comprenderá, no estaría yo aquí.
Poco faltó para que, al escuchar tal
respuesta, no saliese yo de detrás de la
cortina y me precipitase en el taller gri-
tando: «¡Gracias!»

El señor Charnot añadió:

—No confie usted demasiado, sin em-
bargo; hay dificultades graves, insupe-
rables quizá. Necesito hablar de nuevo con
mi hija. Tan pronto como pueda, daré
cuenta a su amigo de nuestras resolu-
ciones definitivas. Hasta la vista, caba-
llero.

Lamprón le acompañó y oí cómo se
alejaba por el pasillo.

Un instante después:

—Y bien—me dijo Silvestre viniendo a
mi encuentro y tendiéndome los brazos—
¿eres feliz?

—Sí, amigo mío, algo.

—Espero que será mucho: ¡ella te
ama!

—Sí, pero... ¿y las dificultades, Sil-
vestre?

—¡Bah!

—¡Insuperables quizá!

—Las dificultades son la salsa de to-
das nuestras alegrías, querido amigo
¡Cuántas cosas necesitáis los jóvenes pa-
ra llamaros dichosos! ¡Le pedís certidum-
bres a la vida, como si ella os las pu-
diera dar!

Lamprón se ha puesto a discutir mis
temores sin conseguir desvanecerlos, por-
que ni él ni yo adivinamos cuál será el
obstáculo.

2 DE AGOSTO

Tras diez días de espera, en los cuales
he empleado alternativamente a Lamprón
y al señor Flamarán para que interce-
dan en favor mío: diez días pasados en-
tre angustias mortales y esperanzas locas,
y en los que he formado, destruido y
vuelto a tomar y abandonado de nuevo
más proyectos que en todo el resto de
mi vida, recibí ayer, a las cinco, unas
líneas del señor Charnot rogándome que
fuera por la noche a su casa.

He ido a ella acoquinado. Me ha reci-
bido en su gabinete como siete meses an-
tes, cuando nuestra primera entrevista,
pero con cortesía más circunspecta, y he
visto cómo temblaba entre sus dedos el
cortapapeles que cogió de la mesa al de-
jarse caer en su sillón. Yo he tomado
asiento en la misma silla en que me sen-
té entonces tan desgraciado. En verdad
que ayer no lo era menos. El señor Char-
not lo notó sin duda y quiso infundirme
no.

—Caballero—me dijo—, le recibo a us-
ted amistosamente: sea cual fuere el re-
sultado de nuestra entrevista, puede us-

ted estar seguro de la estima en que le tengo. No tema usted, pues, responderme con entera libertad.

Me hizo varias preguntas acerca de mi familia, de mis gustos, de mis relaciones en París. Después quiso que le refiriera los pocos sucesos, sencillos por demás, que han señalado mi infancia y mi juventud, mis recuerdos de la casa paterna, del colegio de la Chatre, de mis vacaciones en Bourges y de mi vida estudiantil.

Escuchóme sin interrumpirme, jugueteando con el cortapapeles marfileño. Cuando llegué a aquel día del último diciembre en que vi por primera vez a Juana:

—Detengámonos—me dijo—. Sé todo lo demás o lo adivino. Joven, le he prometido a usted una respuesta; escúchela usted.

Creo que dejé de respirar durante un minuto y que mi corazón dejó de latir. —Mi hija—siguió diciendo el señor Charnot—me ha sido pedida en matrimonio por varias personas estos días. Ya ve usted que nada le oculto. Le he dado tiempo para que reflexione: ella lo ha pesado todo, lo ha examinado todo, y me ha comunicado ayer el resultado de sus reflexiones. A partidos más ricos, más brillantes quizá, prefiere un hombre honrado, que la ame por ella misma, y ese hombre honrado es usted, caballero.

—¡Oh! ¡Gracias, caballero—exclamé—, gracias!

—No he concluido: hay dos condiciones.

—Aunque fueran diez, las acepto de antemano.

—No se precipite usted y escuche: una se la impone a usted mi hija; la otra la imponemos ambos.

—¿Que tenga una posición quizá?

—No, no es eso. Es evidente que mi yerno no permanecerá ocioso. Sobre este punto tengo ideas que le expondré a usted más tarde, si ha lugar. No, la primera condición impuesta por mi hija y dictada por un sentimiento muy dulce para mí, es que ha de prometerme usted no dejar nunca París.

—¡Ah, caballero!, lo juro con la mayor satisfacción del mundo.

—¿De veras? Yo temí que tuviese usted compromisos contraídos.

—Ninguno.

—O repugnancias.

—Al contrario: no tengo más que preferencias, con la libertad de seguir las. ¿Y la segunda condición?

—La segunda, o sea la impuesta por entrambos, yo y mi hija, es la pronta reconciliación con su tío. Flamarán me ha dicho que están ustedes desavenidos.

—Es verdad, caballero.

—No creo que sea cosa grave. Una simple nube, ¿no es eso?

—Desgraciadamente, no. Mi tío tiene un carácter muy absoluto...

—Pero también excelente, según me pareció adivinar cuando le recibí, creo que por junio.

—Sí, señor.

—Lo mejor que puede usted hacer es dar los primeros pasos.

—Haré cuanto sea preciso.

—Tenía esta seguridad. No es posible que siga usted dreñido con el hermano de su padre, con el solo pariente que le queda. Esa reconciliación es a nuestros ojos necesaria, la consideramos un deber. Por otra parte, usted debe desearla tanto más que nosotros.

—La procuraré con todas mis fuerzas, caballero: se lo prometo.

—Y la conseguirá usted: se lo garantizo.

El señor Charnot, que había palidecido, me tendió la mano e hizo un esfuerzo para sonreír.

—Yo creo, señor Fabián, que estamos perfectamente de acuerdo y que ha llegado la hora...

No acabó la frase; se levantó y dirigióse a la puerta del fondo, situada entre dos librerías, abriéndola.

—Juana—dijo—: el señor Fabián, hija mía, acepta las dos condiciones.

Y vi a Juana, sonriente, avanzar hacia mí.

Y yo, que me había levantado trémulo; yo, que hasta entonces perdía el juicio al solo pensamiento de verla; yo, que me había preguntado varias veces con espanto lo que le diría al acercarme a ella en caso de que llegase a ser mi prometida, me sentí de pronto dueño de mí mismo, y las palabras afluyeron en tropel a mis labios para darle las gracias, para manifestarle mi alegría.

Mi felicidad era tan evidente, que las palabras holgaban.

Durante la primera media hora conversamos los tres.

Luego el señor Charnot retiró su sillón y quedamos únicamente los dos.



El había cogido un periódico, y casi afirmaría que lo tenía puesto del revés y si no, que debía leer entre líneas, pues no volvió la noja en oda la velada.

Miraba con frecuencia, por encima del periódico plegado en cuatro dobleces, hacia donde nosotros estábamos, y sus ojos iban luego a posarse en una linda miniatura de Juana niña, colgada a un lado de la chimenea.

¿Qué comparaciones, qué recuerdos, qué pesares, qué esperanzas luchaban en su espíritu? Lo ignoro; pero su alegría estaba mezclada con hondos suspiros, y creo que hubiese llorado a no estar nosotros allí.

Juana se mostraba conmigo candorosa como una niña, buena y seria como una mujer. Un nuevo sentimiento iba tomando cuerpo en mí por instantes: el de un profundo reposo del alma: la certidumbre anticipada de la felicidad de toda mi vida.

Sí; yo era dichoso más allá del presente; lo era hasta e nel porvenir, en una larga serie de días pasados junto a ella.

y, mientras ella me hablaba tranquila, confiada, hasta gozosa, yo creía ver las grandes alas de mi sueño plegarse sobre los dos.

Hablábamos en voz baja. Por la abierta ventana entraban el aire tibio de la noche y el rumor confuso de París.

—¿Me llama usted su amiga y su consejera?—me decía.

—Sin duda alguna.

—¿Me asegura usted que me consultará en todo y que procederemos de acuerdo?

—Sí.

—Si yo le exigiera esta noche una confidencia, ¿me la negaría?

—Todo lo contrario.

—Pues bien: por lo que me ha contado usted de su tío, creo que ha aceptado usted con alguna ligereza la segunda condición, que es la de reconciliarse con él.

—He prometido únicamente hacer todo lo posible para ello.

—Sí; pero mi padre está creído de que usted lo conseguirá. ¿Qué piensa usted hacer?

—No lo sé aún.

—Es lo que yo presumía, y no estaría de más que reflexionáramos los dos sobre ello.

—La escucho a usted, señorita: trace usted el plan de batalla y yo lo discutiré. Juana juntó las manos sobre sus ro-

dillas y adoptó una actitud reflexiva.

—Veamos: ¿si usted le escribiese?

—Es lo más probable que no me contestaría.

—¿Con respuesta pagada?

—Juana, usted se ríe. Eso no es un consejo.

—Cierto, hablemos seriamente. Vaya usted a verle.

—Esa idea es más acertada. Quizá me reciba.

Entonces está ganado el pleito. Cuando un hombre escucha...

—Eso no reza con él, señorita. Escuchará, ¿y sabe usted qué me contestará?

—No.

—Esto o algo parecido: «Sobrino mío, vienes a darme dos noticias, ¿no es eso?: que te casas con una parisiense y que renuncias para siempre al bufete patrimonial: es decir, la confirmación, la agravación de nuestro doble resentimiento. No has hecho más que dar un paso atrás. No valía la pena de que vinieses a decirme, y puedes volverte por donde has venido».

—¡Oh!, me deja usted asombrada. Hay un medio segurísimo de convencerle puesto que en el fondo es bueno, según me ha dicho usted. Si conociese yo a su tío, no duraría mucho mi preocupación.

—¡Si le conociese usted! En efecto, ese medio sería el mejor, tal vez infalible. El la cree a usted una parisiense ligera y frívola: le tiene miedo. Más que el haber renunciado a su bufete, es que la ame a usted lo que le apesadumbra. Con sólo que la viera a usted, lograríamos que hiciese las paces conmigo.

—¿Lo cree usted así?

—Con toda seguridad.

—¿Cree usted que si yo le mirase a los ojos... así, y le dijese: «Señor Mouillard, ¿no me quiere usted por sobrina suya?», cree usted, repito, que cedería?

—¡Ah, señorita! ¿Cómo no ha de ser

posible?

—Desde luego es muy difícil; pero posible, no lo sé.

Expusimos, o mejor dicho, expusimos el caso al señor Charnot, que, con toda sencillez, la más antigua y completa conquista de su hija. Se lo dijo desde luego. Dijo que era un asunto de familia, que no debía mezclarse. Ella insistió en titubear. Propuso atrevidamente ir a Bourges y una visita al señor Mouillard. Los argumentos brotaban de sus labios algo débiles en ocasiones, pero siempre con gentileza. Un día el Berry sería delicioso, tranquilo para ambos, ¿Se había o no la vispera el señor Charnot de ir a París durante el mes de agosto? Sí: se había lamentado de no con razón, porque sus colegas no iban en abandonar sus trabajos para ir a las provincias. Juana los iba a decir a todos: uno había ido a los Pirineos, otro a Deauville, otro a Biarritz, ¿no residía precisamente a leguas de Bourges una de sus amigas del barrio de San Germain? ¿Cuántas veces le había invitado a ir a Bourges? ¿Cuántas había faltado a sus promesas? Aprovecharían esa circunstancia para hacer una excursión al castillo. Finalmente, como el señor Charnot continuase atrincherado en su singular de aquel procedimiento, Juana:

—Pero, papá; si es todo lo que de lo que crees; si al presentarte al señor Mouillard no haces más que cumplir con un deber de cortésia.

—Expíciate, te lo ruego.

—El te ha hecho una visita; ¿qué tú se la devuelves!

El señor Charnot ha meneado la cabeza como un padre que, sin estar vencido quizá, se da al fin por vencido.

En cuanto a mí, Juana comenzó a creer nuevamente en las

3 DE AGOSTO

Regreso de la calle de la Universidad. Se ha decidido el viaje: salgo para Bourges precediendo al señor Charnot y a su hija, que llegarán allí mañana por la mañana.

Mi misión de explorador es descubrir en el hotel habitaciones cómodas y en el primer piso, orientadas al día, y después ver a mi tío y darle para la visita que va a recibir.

Prepararle y no enfriarlo. Juana ha trazado el plan de campaña: mostrarme como el más cariñoso de los sobrinos aunque él se muestre más áspero de los tíos; evitar que nos del pasado; mantenernos en el presente; confesar con timidez que la rita Charnot conoce mis sentimientos no se muestra insensible a ellos, permitiendo concretar más y dejando después una explicación completa, un día en común de la situación. Al señor Mouillard no podrá menos de hacerle esta deferencia y permanecerá en las armas envainadas hasta aquel momento en que la perspectiva le dejará ver. Entonces, si estos escarceos son acogidos, le anunciaré que el señor Charnot viaja actualmente por el Berry aunque sin afirmarle nada, añadiendo que no sería extraño que, al pasar por Bourges, devolviese a mi tío la visita que hizo él en París.

Mi papel termina ahí. Juana y el señor Charnot toman a su cargo lo que me queda. Con Juana, a la luz de sus ojos y su sonrisa, tendrá el señor Mouillard «estudiar la situación», y que luchará el formidable argumento de su juventud y de su gracia. ¡Pobre tío! Juana tiene completa confianza en

... imbuido por ella, no duda de la ca-
... lación de mi tío. Y yo, que lucho al-
... contra ese optimismo, también me in-
... en definitiva, del lado de la espe-

... momento de entrar en mi casa,
... ha entregado la portera dos tarjetas
... Larivé.
... La primera dice:

C. LARIVÉ

Principal pasante de abogado

S. P. C.

... segunda, en cartulina amarfilada
... da, en iniciales también, una segun-
... noticia. Dice:

C. LARIVÉ

Antiguo principal pasante de abogado

P. S. P. M.

... parisiense que juraba no poder vi-
... en provincias dos días se marcha al
... de París: era de esperar. Se casa: me
... indiferente. Consecuencia: que ya no
... veremos a vernos y que yo no lloraré
... por ello.

BOURGES, 3 DE AGOSTO

... Quien haya pasado por Bourges, habrá
... podido ver la callejuela de Bajo-las-Cepas
... los paseos del Baste-de-Plata y de la Flor-
... de-Lis, las calles de la Madre-de-Dios, de
... la Verdes-Galantes, del Mal-secreto, del
... Molino-del-Rey, el muelle de Micer-Ja-
... cobo y otras cuyos antiguos nombres, con-
... servados por un sentimiento o un instin-
... to noble de tradición, indican una vetus-
... ta ciudad en que viven todavía gentes de
... otros tiempos, es decir, gentes apegadas al
... terruño, que tienen en sus costumbres y
... en su lenguaje hondamente grabado el se-
... ño provincial; gentes que saben lo que es
... el nombre para una calle, su honor, su
... esposo si se quiere, del cual no debe nun-
... ca divorciarse.

... Mi tío Mouillard, el más convencido, el
... más fiel de los habitantes del Berry, vive,
... como es natural, en una de aquellas cal-
... les antiguas, a la sombra de la catedral.
... bajo el volteo de sus campanas: en la
... calle del Horno.

... Un cuarto de hora después de mi llega-
... da a Bourges, tiraba yo de la pata de ve-
... nado que pende, sin pelos, a lo largo de
... la puerta. Eran las cinco y sabía yo con
... certeza que a aquella hora no estaba mi
... tío en su casa. Uno de sus pasantes lleva
... los legajos a casa al terminar la Audien-
... cia, y él se va tranquilamente, azotando
... al aire con los faldones de su levita, a
... visitar a algunos amigos, a algunos cien-
... tes, a respetables damas con las que solía
... bailar allá por el año 1840, o, más fre-
... cuentemente, a pasearse por la alameda
... que bordea el canal del Berry, por las
... orillas del cual filas de asneillos grises
... llevan a la sirga las embarcaciones.

... Estaba, pues, seguro de no encontrarle.
... Magdalena vino a abrir. Sorprendióse
... gandamente al verme.

—¿Señor Fabián!

—Sí, Magdalena, el mismo. ¿No está
... mi tío?

—No, señor. ¿Pero es que quiere usted
... entrar?

—¿Por qué no?

—¿Está el señor tan cambiado desde
... que volvió de París, señor Fabián!

... Magdalena, inmóvil, sosteniendo el de-
... dantal con una mano y caída la otra, me
... miraba con expresión de desasosiego y de
... reproche.

—Es preciso que yo entre, Magdalena:
... tengo que hablarte confidencialmente.

... No me contestó, y dió media vuelta so-
... bre sus talones para precederme.

... ¡No era así como yo era recibido an-
... tes! ¡Qué diferencia! Magdalena salía y
... esperarme a la estación. Me abrazaba, me
... complimentaba por mi aspecto, me pro-

... metía mil golosinas que había imaginado
... para mí. Apenas ponía yo el pie en el co-
... rredor, mi tío, que había renunciado por
... mí a su paseo habitual, salía de su gabi-
... nete con la corbata en desorden y con el
... corazón asimismo, para verme, a mí, po-
... bre colegial desmañado y estupefacto.
... ¡Aquél tiempo pasó! ¡Ahora llego teme-
... roso de encontrar a mi tío, y Magdalena
... tiene miedo de abrirme la puerta!

... Nada me ha dicho, pero adivino que
... han debido brotar de sus negros ojos mu-
... chas lágrimas a lo largo de sus mejillas
... demacradas, pálidas como la cera. ¡Qué
... rostro más transparente tiene! Diríase
... que una lucecita interior lo baña con sus
... rayos. Fuertes energías se anidan, por
... otra parte, bajo de aquella máscara im-
... pasible. Magdalena nació en Bayona y es
... de sangre española. Dicen que fué bellísi-
... ma a los veinte años. Al envejecer ha ad-



... quirido porte severo, aire de viuda ver-
... daderamente tal, y corazón de abuela.

... Hela ahí que se desliza sobre sus babu-
... chas hasta aquel reino de la paz y del
... silencio, hasta la cocina. La sigo. Dos co-
... sas no han entrado allí nunca: el polvo
... y el ruido. Un jilguero, solitario en una
... jaula de mimbre pendiente de las vigas
... y que lanza por intervalos un pitido agu-
... do, y el rechino metálico de un reloj, son
... los únicos que animan el curso silencioso
... del tiempo. Ella se sienta en su silla baja
... en la que se pasa las tardes haciendo
... media.

—Magdalena, ¿sabes que voy a ca-
... sarme?

Movió la cabeza lentamente.

—Sí, en París, señor Fabián: eso es lo
... que tanto le disgusta al señor.

—Tú verás, Magdalena, a mi elegida.

—No lo creo, señor Fabián.

—Sí, sí, y tú reconocerás que es mi tío
... el que se engaña.

—No he visto que se engañe muchas
... veces.

—En fin, la cuestión no es esa. Mi ma-
... trimonio está resuelto, pero yo quiero ha-
... cer que mi tío consienta en él; ¿com-
... prendes?, quiero reconciliarme con él.

Magdalena meneó de nuevo la cabeza.

—No lo conseguirá usted.

—¿Qué dices, Magdalena?

—Que no lo conseguirá usted, señor Fa-
... bián.

—¿Tan cambiado está?

—Tanto, que es usted incapaz de creer-
... lo; tanto, que me cuesta mucho trabajo
... no cambiar yo también. El, que tan buen
... apetito tenía, no tiene ahora sino capri-
... chos. Por más que le presento platos de-

... hcados y que le compro primores, en nada
... se fija. Cuando entro con mis sorpresas
... por la puerta, él mira hacia la ventana.
... Por las noches suele olvidarse de salir
... al jardín y permanece sentado a la me-
... sa, con los codos sobre la servilleta des-
... plegada, la cabeza apoyada en los puños
... y pensando en cosas que no dice. Si quie-
... ro hablarle de usted—lo he intentado va-
... rias veces, señor Fabián—, se marcha fu-
... rioso y me prohíbe que vuelva a abrir la
... boca con tal motivo. La casa está triste
... señor Fabián. Todo el mundo comprende
... que ha cambiado. El señor Lorinet y su
... señora ya no ponen los pies aquí. El se-
... ñor Hublette y el señor Horlet llegan pa-
... ra jugar, como si asistiesen a un entie-
... rro, creyendo complacer así al señor:
... hasta los clientes me dicen que el señor
... les recibe como a perros y que haría bien
... en vender su bufete.

... tiemblo desde ahora por lo que va a su-
... ceder... En cuanto a mí, estaré conten-
... tísima de poder conocer a esa señorita.

... Todo quedó convenido. Magdalena no
... le dirá a mi tío ni una palabra de mi
... presencia en Bourges, a algunos pasos
... de él. Si ella descubre algún rayo de luz
... en el sombrío carácter del señor Mouil-
... lard, me lo advertirá. Si me viese obliga-
... do a diferir hasta mañana la conver-
... sación con él y a pasar la noche en el
... canapé de la biblioteca, me llevará pas-
... teles, un cobertor y «la almohada de va-
... caciones de cuando era usted pequeño».

... Heme aquí, pues, en la gran bibliote-
... ca del primer piso, contigua al salón, co-
... municando por la otra de sus puertas con
... la meseta de la escalera enfrente de la
... habitación del señor Mouillard, y por sus
... dos anchas ventanas con el jardín. ¡Qué
... hermoso aspecto de burguesía desde el es-
... trado de roble bruñido, alabeado a tre-
... chos, hasta los cuatro armarios acrista-
... lados que coronan cuatro bustos de bron-
... ce: Herodoto, Homero, Sócrates, Marmon-
... tel! Nada ha variado de sitio: los libros
... están aún en el mismo lugar en que yo los
... he visto desde hace veinte años; Voltare
... al lado de Rousseau; el **Diccionario de co-
... nocimientos útiles** y la **Historia antigua**
... de Rollín; los en dieciochoavo, endebles y
... encuadrados, de las **Meditaciones** de
... San Ignacio, codeándose con un enorme
... en octavo a la rústica sobre el arte de la
... veterinaria. Las flechas de los saivajes,
... que, por suponerlas envenenadas, me cau-
... saban tanto terror, siguen colocadas en
... forma de cola de pavo real sobre la chi-
... menea, en los extremos de la cual flore-
... cen los mismos corales blancos: el orga-
... nillo, que hasta los diez y ocho años me
... estuvo prohibido tocar, descansa a la iz-
... quierda en el mismo ángulo, y sobre la
... misma mesa, cerca de la pequeña carpe-
... ta en que hay papel de cartas, se yergue
... siempre majestuoso, siempre dispuesto a
... girar en sus círculos graduados, el gloco
... terrestre «en que se hallan marcados los
... tres viajes del capitán Cook, ida y vuel-
... ta». ¡Ah, comandante, cuánto hemos via-
... jado juntos! ¡Qué hermoso camino haciamos
... con viento en popa a través de las
... islas de vegetación virgen, que veíamos
... pasar con sus extrañas flores abiertas ha-
... cia nosotros, procurando atraernos y
... adormecernos con sus peligrosos perfu-
... mes! Pero había mos adivinado el lazo,
... habíamos entrevisto el manzanillo ele-
... vándose sobre las altas hierbas: usted
... mandaba con su robusta y sonora voz, y
... la vía se prolongaba delante de nosotros
... infinita, y corríamos a nuevas tierras, a
... nuevos descubrimientos, hasta aquel isla-
... te fatal de Owhyhee, hasta aquel punto
... del globo terrestre manchado con una lá-
... grima..., porque he llorado por usted, mi
... comandante, en esa edad en que las lá-
... grimas brotan, completamente solas, de
... un corazón lleno de ilusiones.

... Dan las siete en el reloj de la catedral;
... la puerta del jardín se cierra con estré-
... pito: es mi tío que entra.

... Sí, helo que viene por la calle tortu-
... sa de árboles. Lleva el sombrero en la
... mano, y la cabeza baja. El señor Mouil-
... lard no se detiene a contemplar sus in-
... jertos; rebasa el cuadro de petunias sin
... dirigirle aquella mirada circular que me
... es tan conocida, la ojeada del cultivador
... satisfecho; tampoco dirige una palabra de
... ánimo al ánade chino que cruza la ave-
... nida por delante de él.

... Magdalena tiene razón. La reconcilia-
... ción dista mucho de esta madura. Sería
... necesario un gran rayo de sol para na-
... cerla sazón. ¡Si tú estuvieses aquí,
... Juana!

—¿No ha venido nadie mientras he es-
... tado fuera?

... Esta es la eterna fórmula, a la que mi
... tío sigue siendo fiel. Y oigo que Magda-
... lena, algo turbada, le responde:

—Nadie que haya preguntado por us-

ted.

—¿Ha venido, pues, alguien a verte a ti? ¿Algún enamorado quizá, mi vieja Magdalena? La gente es ahora tan estúpida, que también serías tú capaz de casarte repentinamente y de dejarme. Anda, sírveme en seguida la cena y si ese señor condecorado pregunta por mí..., ¿sabes quién?

—¿Ese tan flaco?

—Sí; lo haces entrar en el salón.

—¿En el salón un señor solo? No, eso no. Ayer encerraron el piso y los muebles están aún todos fuera de su sitio.

—Bien, bien; le recibiré aquí.

Mi tío entró en el comedor, debajo de mí, y no oí, durante veinte minutos, más que el vibrante retínido de su copa de cristal.

Apenas había concluido de comer, cuando llamaron a la puerta de la calle. Alguien preguntó por el señor Mouillard, sin duda el señor condecorado, puesto que Magdalena lo introdujo y el ruido de una silla me advirtió que mi tío se levantaba para recibir al visitante.

Se sentaron. Se entabló la conversación. Un vago murmullo sube a través del techo. Sólo alguna que otra vez se percibe un sonido más claro, y me parece entonces que no me es desconocida aquella voz de timbre aflautado. Pura ilusión, sin duda, pero que me mortifica en el silencio de la biblioteca y en la inquieta ociosidad de mi espíritu. Todos los hombres de voz atiplada que he encontrado en Bourges desfilan ante mí: un tratante en granos de la plaza de San Juan; el sacristán Rollet; un industrial grueso que acudía a mí tío para que le redactase las peticiones para la rebaja de impuestos. Busco febrilmente, mientras que la luz decrece en la ventana y las torres de San Esteban pierden gradualmente la luminosa aureola de que las rodea el ocaso.

Al cabo de una hora la conversación se anima. Mi tío tose; la flauta se hace desagradable. Percibo este fragmento de diálogo.

—No, señor.

—Sí, señor.

—¿Y la ley, señor?

—Yo se la impongo, señor.

—¡Eso es una tiranía!

—Entonces, rompámosla, señor.

Es de creer que nada llega a romperse, porque un disminuyendo progresivo vuelve la discusión a las proporciones de un susurro monótono. Transcurre otra hora. Luego una tercera. ¿Qué visita es esta tan desmesurada?

Son ya cerca de las once. Un rayo de luna, que sale, acaba de deslizarse a través de los árboles del jardín. Un gatazo negro atraviesa el césped sacudiendo sus patas húmedas. La noche le da aspecto de tigre. Veo en mi imaginación la figura de Magdalena sentada, con los ojos fijos en la ceniza muerta del hogar, recorriendo las cuentas de su rosario. Pienso como yo:

—¡Hace muchos años que el señor Mouillard no se ha acostado a semejantes horas!

Magdalena se espera, porque nunca otra mano que la suya ha corrido el cerrojo de la puerta. La casa no quedaba cerrada si no la cerrase ella.

Abrese, por fin, la puerta del comedor

—Permitame usted que le alumbré; tenga usted cuidado con los escalones.

Después, el adiós de personas extenuadas; el chirrido de la gran llave al dar vuelta en la cerradura; pasos ligeros que se alejan por la parte de fuera; los pasos tardos de mi tío que sube a su habitación: todo ha concluido.

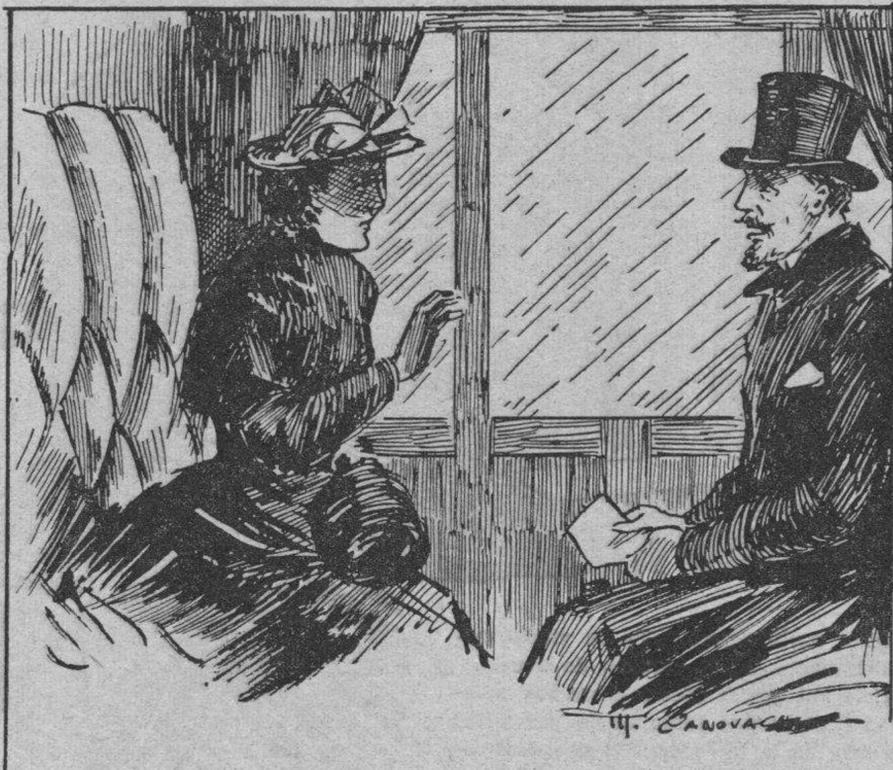
¡Cuán lentamente sube mi tío! El dolor tiene su peso; esto no es una metáfora. El, más nervioso que un artículo del código, parece que anda con dificultad.

Atraviesa el descansillo; se encierra en su cuarto. ¿Si yo saliese del mío? Sólo algunos pasos nos separan. Muy tarde es sin duda; pero la emoción que le embarga, quizá lo predisponga en mi favor... ¿Qué es lo que escucho? ¿Suspiros? ¿Sollozos? ¿Llora?... ¡Suceda lo que suceda, mi tío, corro hacia usted!

Iba a salir, efectivamente, de la biblioteca, cuando percibi el roce de un vestido contra las paredes, sin que le acompañara ruido alguno de pasos. Al mismo tiempo se deslizó por debajo de la puerta un pedacito cuadrado de papel: un mensaje de Magdalena la silenciosa. Desdoblé la hoja y leí estas palabras, escritas en sentido diagonal con un desprecio genuinamente español de la ortografía francesa: «No baya usted hesta noche».

Puesto que tú lo aconsejas, Magdalena, no iré.

No. Me acostaré ahí en el canapé. Sin embargo, este retraso, ahora, me contraría mucho. Se me hace duro dejar pasar aún esta noche sin reconciliarme con ese pobre hombre, o sin haberlo intentado al menos. Sufre, es desgraciado hasta el punto de llorar, ¡él, que no ha te-



nido lágrimas en tantos casos en que yo no he podido contener las mías! Seguí tu consejo, mi vieja y fiel amiga, porque sé que a ti te preocupa tanto como a mí la paz de esta casa; pero conozco que trataré de inquirir inútilmente, y por mucho tiempo aún, la causa de este nuevo pesar y la parte con que yo haya podido contribuir a él.

BOURGES, 5 DE AGOSTO

Me desperté a las siete. Mi primer pensamiento fué para el señor Mouillard. ¿En dónde está? Me pongo a escuchar: nada. Voy a la ventana: el pequeño pasante del bufete, echado boca abajo sobre el césped, arroja migas de pan a los rojos pececillos del estanque. La escena no me permite dudar: mi tío no está en casa.

Bajo a la cocina.

—Di, Magdalena, ¿ha salido?

A las seis, señor Fabián.

—¿Por qué no me has despertado?

—¿Lo sabía yo acaso? ¡El, que no sale nunca por la mañana! Está como no lo he visto en la vida, ni aun cuando la muerte de su difunta esposa.

—¿Qué tiene?

—Creo que va a vender el bufete. Anoche me dijo al pie de la escalera: «Magdalena: soy hombre muerto, hombre muerto. Hubiera podido revivir; pero hay un ingrato, un salvaje—salvo el respeto

que a usted tengo, señor Fabián—, que no lo ha querido. Si le cogiera, no sé lo que haría con él».

—¿No ha dicho lo que haría con el salvaje?

—No. Entonces fué cuando, al subir, eché el papel por debajo de la puerta.

—Sí, te doy las gracias. ¿Y esta mañana se había calmado?

—Ya no tenía el aire colérico; pero vi que había llorado.

—¿En dónde está?

—No lo sé. Por otra parte, querer ir detrás de él sería lo mismo que querer alcanzar a un ciervo.

—Tienes razón; vale más esperarle ¿Cuándo volverá?

—No creo que vuelva antes de las diez. Le digo a usted que eso de salir por la mañana no le ocurre ni una vez al año.

—El caso es, Magdalena, que a las diez estará aquí la señorita Juana.

—¿Se llama Juana?

—Sí; y estará también el señor Charnot. Y mi tío, a quien yo debía preparar para dicha visita, no sabrá nada, ni siquiera que he pasado la noche bajo de su techo.

—El hecho es, señor Fabián, que ese

a las seis. Hasta ignora que está en Bourges.

—¿Y está usted en su casa?

—He dormido sobre un canapé en la biblioteca.

Juana me miró de un modo que me hizo decir: «Pobre amigo mío: ¡qué poco tico es usted!»

—Continúe no haciendo nada— dijo—y esto es lo mejor que puede hacer. Si mi padre no se creyese así, retrocedería.

El señor Charnot volvía en aquélla dirección hacia nosotros, habiendo dejado las maletas ya las dos maletas y los sombreros en el imperial del bus del hotel de Francia.

—¿No es allí donde ha tomado nuestras habitaciones?

—Sí, señor.

—Son las nueve y doce: anuncie nuestra visita al señor Mouillard a las diez en punto.

Les acompañé algunos pasos. Luego bieron al carruaje, que partió al largo de sus dos percherones.

Al dirigir la mirada en torno mío después de haberles perdido de vista, cubrí, ba o de la marquesina, tres personas en hilera que me contemplaban con curiosidad. Conoci a la señora, a la señorita Lorinet. Los tres sonaban a la misma manera despreciativa y melancólica. Saludé. Únicamente un correspondiente me saludó levantando ligeramente el hombro. Poi una fatalidad increíble, Berna también vestida de azul.

Volví a tomar la dirección de la calle del Horno, dichoso y trastornado por aquellos proyectos que destruí uno a los otros, unas veces con otras llenárome de imprecaciones vivas que las de Camilo. Iba por las calles oculto bajo del paraguas, por una vía: una nube densa de tempestad cargaba sobre Bourges, y yo bebía lluvia que permite al hombre ocultar el rostro.

El camino desde las márgenes del río hasta el viejo barrio de la calle es bastante largo. Cuando yo descendí de la calle Mediana, aquel bullicio de los Italianos de la capital del Berry para entrar en la calle del Horno, brillante se cuba el agua de los tejados y el reloj de cuco del señor Festugère me dio a mi tío, daba la hora de la tarde.

No tuve que esperar más que unos minutos en la puerta del jardín, cuando me había dado Magdalena. El señor Charnot apareció dando el brazo a Juana.

—Figúrese usted que he olvidado los chanclos de goma, yo, que no dejo de llevarlos nunca cuando voy al campo.

—¡El campo, papá!—dijo Juana—Bourges es una ciudad.

—Es verdad—dijo el señor Charnot—que temía haberme molestado.

Se cayó las gafas y se puso a mirar los viejos hoteles vecinos.

—Una ciudad, una verdadera ciudad. No recuerdo qué tontería dije entonces.

¡Bueno estaba yo para preocuparme en aquel momento de los chanclos de goma del señor Charnot ni de la reputación de Bourges! Detrás del muro, allí, pero cerca, adivinaba al señor Mouillard, que estaba en que era preciso abrir la puerta, lanzar sin preparación a un académico contra aquel abogado, que me gar quizá mi dicha en una impresión de mi tío; jugar, en fin, la partida decisiva, tan deplorablemente empezada.

Juana, a pesar de que hacia un tiempo posible por no demostrarlo, estaba movida. Yo sentí temblar entre la mano que me tendió.

CONTINUA EN
PAGINA 11

EL LOCOARRIL

POR FONTAINE FOX

CIRILO URDEMALES,
EL BROMISTA



«¡DON SACARRIEL, NUNCA HE VISTO TANTOS CONEJOS A LO LARGO DE LA VÍA COMO ESTA MAÑANA! ¡OJALA HUBIERA TENIDO UNA ESCOPETA!»



«¡AHORA ME VOY A CONVERSAR CON LAS MUJERES DEL OTRO PUEBLO QUE ESPEREN PASEAR EN EL LOCOARRIL!»



«¡EMMA! ¡DAME MI ESCOPETA! QUIZA PUEDA TRAER CONEJOS CUANDO VUELVA!»



«¡CIERTAMENTE QUE ADMIRO EL VALOR DE LOS. YENDO A PASEAR EN ESE CARROMATO!»



«¿NO OBSERVAN QUE NADIE MÁS MONTA EN ÉL?»



«Y SI NO ME CREEN, TENGAN CUIDADO Y MIREN AL MOTORISTA, QUE YA SE ACERCA.»



«ME ALEGRO DE QUE ESE JOVEN NOS HAYA ADVERTIDO!»



«¡SEÑORAS, SEÑORAS! QUÉDENSE EN EL TRANVÍA, QUE VA A SALIR AHORA MISMO!»



«¡ESTÁ DISCUTIENDO CON ELLAS, PERO TODO SERÁ INÚTIL!»



«ESE JOVEN NOS HA DICHO QUE ESTE TRANVÍA HA SIDO ATRACADO TANTAS VECES QUE LO TIENE QUE LLEVAR SIEMPRE SU ESCOPETA!»



«¡SI APRECIAS TU PELLEJO, MEJOR ES QUE TE VAYAS!»



«¡UNA BROMA ES SIEMPRE BUENA CON TAL DE QUE NO CUESTE TANTO DINERO!»



Ahora los AVIONES serán más SEGUROS

EN el año que comienza los pasajeros del aire no tendrán que preocuparse de que el avión se extravíe de las señales de radio y pierda el rumbo. Ya no se estrellarán contra una montaña imprevista los pilotos que por causa de una tormenta o la estática tengan que prescindir de las señales de radio y navegar a ciegas por entre la niebla. Tampoco será causa de accidentes la pérdida de velocidad o el control defectuoso del aparato. Los pilotos del futuro, aun después de vuelos muy largos, quedarán tan frescos pues sus aeroplanos serán los más sencillos de manejar y aterrizar que hasta ahora se hayan construido.

Las seis características de vuelo que han llegado a un alto grado de perfeccionamiento son el resultado inevitable de la experimentación y el estudio que lleva a cabo toda la industria de la aeronáutica y son producto de la lucha incesante de la aviación contra el peligro. Muchos de los riesgos que anteriormente conducían a un desastre están a punto de eliminarse enteramente.

Las líneas aéreas de hoy día envían sus aviones a alturas mayores para proporcionar mayor comodidad a los pasajeros, para mayor economía del transporte y para evitar las frecuentes tempestades que perturban las capas inferiores de la atmósfera. Los vuelos entre 3500 y 4000 metros son hoy día frecuentes y dentro de poco tiempo los de 6500 metros serán comunes.

A medida que ha aumentado la altura de los vuelos, los pilotos han apelado al oxígeno para asegurarse de que su juicio, del que dependen tantas personas, no pueda errar a causa de la falta de este gas vital, y desde hace un año la provisión de oxígeno para los pilotos es dotación corriente en muchas líneas aéreas.

La noticia hasta ahora tan frecuente de que los pilotos pierden el rumbo y se extravían de la ruta que les señala el radio en las invisibles arterias comerciales del espacio, será en el futuro una rareza, gracias a los aparatos de seguridad que se están desarrollando.

Uno de estos es el localizador automático de dirección perfeccionado por los técnicos de la compañía Sperry en colaboración con los de la R.C.A. Este dispositivo "señalador" indica constantemente la estación de radio con que está sincronizado y muestra la dirección del avión en relación con la misma estación. Al sincronizarlo con la próxima de la ruta, se empalma con el piloto automático y se obtiene un piloto infalible, que no sólo maniobra el aparato, como ha venido haciéndose desde hace años, sino que también lo guía, manteniéndolo en su rumbo.

LA amenaza de la montaña, causa de más de la mitad de los siniestros ocurridos en la aviación comercial, quedará eliminada si el nuevo altímetro, demostrado recientemente, funciona como promete. Los técnicos, aviadores y periodistas que han tenido oportunidad de admirarlo, se muestran entusiastas de su éxito pues este altímetro indica la altura a que se encuentra no sobre el nivel del mar sino sobre el suelo mismo.

Lo anterior era lo que todos los altímetros mostraban. Si la aguja indicaba 3,000 metros, el piloto no podía saber a ciencia cierta a que distancia se encontraba del suelo. Tan solo sabía que estaba a 3,000 metros sobre el nivel del mar. Bien podía presentarse de improviso una montaña entre la niebla, y tal era el origen de muchos choques.

Ahora con el nuevo altímetro, que lanza una onda de 500 megaciclos hacia la tierra y determina el tiempo que tarda en volver, ese peligro queda eliminado, pues se basa en el hecho de que las ondas de radio viajan a velocidad constante y el tiempo que tarde en llegar puede convertirse o traducirse en distancia.

Desgraciadamente, pasará todavía un año antes que este dispositivo sea de uso general pero promete un campo de aplicación y de utilidad enormes.

Este altímetro absoluto no se perturba con la estática debido a la onda de alta frecuencia que emplea, pues las ondas ultra cortas están libres de muchos de los inconvenientes comúnmen-

Los seis adelantos de la aviación que reducirán a un minimum los accidentes y harán el transporte aéreo más eficiente estarán en uso a fines de este año



El altímetro absoluto de la distancia del avión al suelo, en cualquier nivel (arriba)

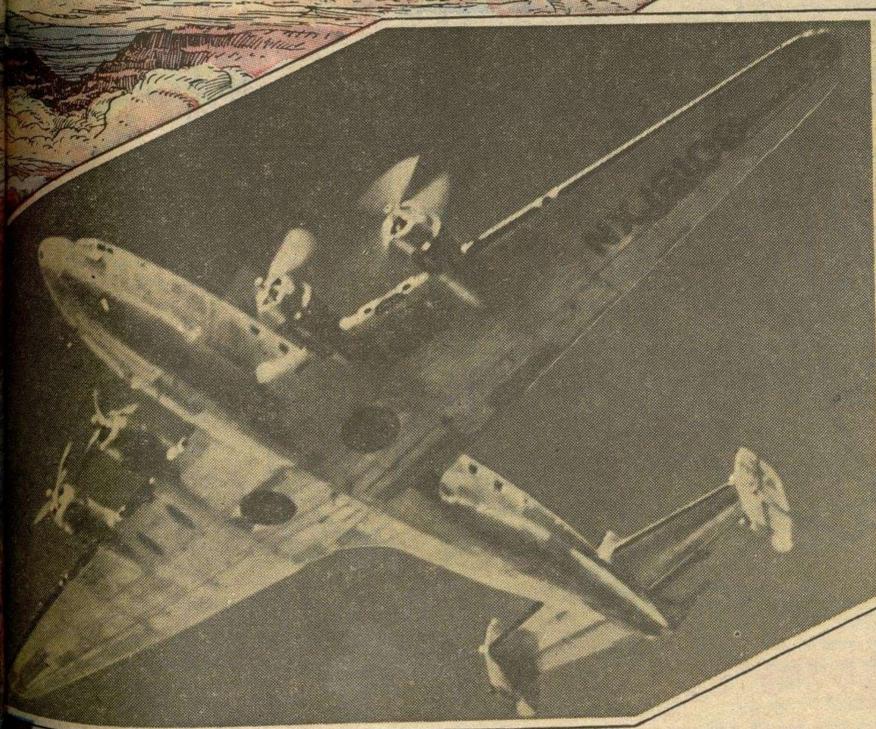
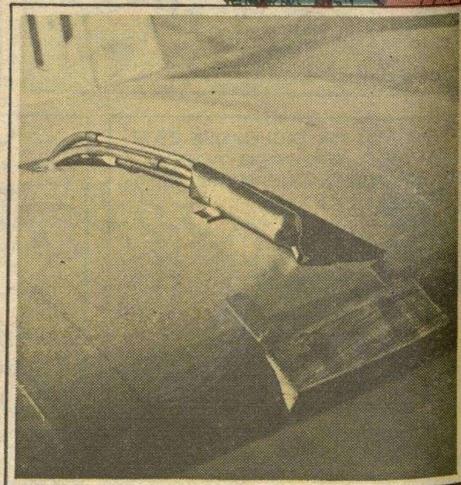
Este aparato sobre el ala indica el peligro de un "paro" súbito (abajo)

te anexos a las ondas cortas y largas. No obstante, tiene otras limitaciones, como el corto alcance, que ha impedido su uso generalizado en otros campos, pero que no afectan su empleo en el nuevo instrumento.

Para las ondas más largas, que adolecen del defecto de ser perturbadas por la estática y que por tal motivo se creía necesario abandonar en este sentido, hay un nuevo supresor de estática que la elimina casi totalmente.

Este supresor es la sencillez misma: 1,50 metros de delgado alambre lanzados por un cartucho de resorte colocado en la parte posterior de la nave, cuyo cartucho "dispara" el piloto siempre que la ocasión lo requiera. Su objeto es descargar la electricidad estática que se acumula en la nave por la fina punta del alambre.

El cartucho se emplea para lanzar el alambre hacia afuera. También podría aprovecharse la corriente de aire o estela de la nave para estirarlo colocando un manguito en la punta del alambre pero no sería práctico, porque la punta del alambre debe ser muy fina, cosa que no podría mantenerse así con algo atado a ella. Este supresor se instala actualmente en muchas aeronaves.



Este Douglas DC-4 puede volar con cualesquiera dos de sus cuatro motores apagados lo que lo dota de seguridad adicional.

EL quinto adelanto de la aviación es el indicador de "paro" recién anunciado por el Comité de Aeronáutica del gobierno norteamericano.

El "paro" no es un fenómeno frecuente en la aviación comercial pero sí sucede a menudo en los aeroplanos privados y militares y para ellos este aparato será de gran beneficio.

El aeroplano se "para" cuando la corriente normal de aire bajo las alas disminuye de súbito debido bien sea a la disminución de velocidad o a que las alas están a un ángulo sumamente pronunciado de la horizontal (lo que los aviadores llaman ángulo de subida). Para que el aeroplano se sostenga en el aire es necesario que pase bajo el ala una corriente uniforme. Cuando ésta falla el aeroplano cae. Sigue cayendo, fuera de control, hasta que logra colocarse en el ángulo preciso para que la corriente de la hélice vuelva a darle impulso. Cuando sucede esto a poca altura el resultado casi siempre es desastroso.

El indicador de "paro" es un aparato que muestra al piloto el peligro inminente para que así pueda aumentar la velocidad o reducir el declive antes que sea tarde.

El funcionamiento de este aparato depende de que dicho fenómeno se produce gradualmente afectando primero un lado del ala luego el otro. El indicador está colocado de manera que sufre el efecto del "paro" antes que el ala misma.

Fué invención de F. L. Thompson, en colaboración con varios subalternos del Comité Nacional de Aeronáutica de los Estados Unidos, y se desarrolló en el laboratorio aeronáutico de Langley Field, Estado de Virginia. Consiste el indicador en un pequeño saliente en el márgen delantero de cada ala. Cuando la corriente normal comienza a fallar, debido a cualquiera de las dos causas antes anotadas, esta ala minúscula cae, dando paso a la corriente de aire por encima.

Tras del saliente del ala hay un aparato que registra el hecho de que la corriente de aire ha sido interrumpida, y que pasa a borbotones en lugar de seguir fluida y uniforme. El cambio de presión que se produce en el indicador advierte del peligro al piloto, el cual inmediatamente sabe que está perdiendo velocidad con mucha rapidez, o subiendo en un ángulo demasiado agudo, y puede remediar una situación que de otra manera hubiera podido costarle la vida.

EL sexto adelanto es el tren de aterrizaje triple que en estos momentos se instala en el transporte Douglas DC-4 de cuarenta y dos pasajeros, nuevo avión recién ensayado.

Es la primera vez que este tipo de tren de aterrizaje se utiliza en un avión grande de pasajeros, y su empleo significará mayor seguridad para los navegantes, tanto pasaje como tripulación.

Este adelanto hará posible que los aviones lleguen a tierra sin necesidad de ejecutar maniobras peligrosas tales como eran necesarias para el antiguo aterrizaje de tres puntos. La tercera rueda está colocada bajo la trompa. No sería posible agregarla a los aviones actuales porque el centro de gravedad debe quedar en un punto entre las tres ruedas; pero se asegura que todos los aviones futuros estarán contruidos para llevar este tipo de tren de aterrizaje. Dos otras grandes ventajas se logran con la rueda delantera. La primera que el avión podrá parar en seco sin peligro de volcarse, lo que reduce el campo necesario para el aterrizaje. La segunda que con ella se logra mayor estabilidad en el suelo.

El aparato queda más sólido y por tanto depende menos de la dirección del viento. Hasta hoy día el piloto debía arrancar y llegar a tierra siempre contra el viento. La menor desviación era peligrosa. Pero hoy día el tren de aterrizaje triple hará casi innecesarias estas precauciones.

Lo mejor de estos seis adelantos básicos es que no son sueños para el futuro, sino realidades que se pondrán en práctica en espacio de pocos meses. El detector de radio que no deja perder la estación con que está sincronizado y que maneja el radio-piloto automáticamente, el eliminador de estática, el altímetro absoluto que mide la altura desde el suelo sin relación al nivel del mar, el "indicador de paro" que avisa al piloto del peligro de perder velocidad o de subir demasiado rápido, y el tren triple de aterrizaje, que permite más fácil manejo del avión, todos son adelantos que contribuyen grandemente a hacer la aviación comercial una empresa más segura.

El sueño dorado de las líneas comerciales hoy en día es llegar a establecer itinerarios tan fijos como los de los ferrocarriles, con horarios exactos al segundo, llueva o truene y eliminar los accidentes por completo. No cabe duda que cada día nos acercamos más a esa meta.

No está ya lejano el día en que las rutas aéreas ofrezcan tanta seguridad e itinerarios tan fijos como los del ferrocarril.

Por Sam Lukas

SE SABE que los artistas de cine —hablamos, desde luego, de los norteamericanos— devengan unos sueldos fantásticos; sabemos también que cualquier persona, escritor o no, a quien se le ocurra un argumento interesante para ser llevado al celuloide, ha hecho del mismo modo su suerte. Nos consta, en una palabra, que cuando se trata de hacer películas en Hollywood, el dinero se gasta a manos llenas. Lo que hasta ahora no sabíamos, al menos en todos sus detalles, es que uno de los grandes gastos —o desperdicios— en que incurren los estudios de Hollywood, consiste en la gran cantidad de "film" que se fotografía y luego no se utiliza.

Las cifras, a este respecto, son increíbles. Por ejemplo, ¿quién hubiera pensado que al filmarse la película "Suez", se fotografiarían un millón de pies de "film" para luego seleccionar de esa enorme cantidad de escenas los diez mil pies de cinta de que consta la película tal como se le ha presentado al público. Es decir, que solo se utilizó el uno por ciento del "film" fotografiado.

EL COSTO de ese desperdicio es de complicado cálculo, porque no se trata solamente del valor del "film", que naturalmente asciende a una cantidad muy considerable, sino también a la diferencia que le cuesta al estudio producir cien veces una misma película.

Es verdad que buena parte de ese millón de pies de "film" se refería a la filmación de las mismas escenas por distintas cámaras y desde ángulos diferentes. Sobre todo cuando se trata de escenas en las que toman parte muchos extras, animales etc., escenas que costaría demasiado esfuerzo repetir, ese es el procedimiento que se usa. Pero no es menos cierto, también, que en ocasiones un director le hace repetir a una actriz o un actor una misma escena, hasta veinte veces seguidas. Y entonces para calcular el costo de esa escena hay que tener en cuenta que la mayor parte de todo el personal que interviene en la filmación de una película, empezando por los actores, son pagados de acuerdo con el tiempo que permanecen en el estudio. De modo que si una película que pudo ser filmada en cuatro semanas, toma ocho para llegar al final, al estudio le cuesta casi el doble de lo que le hubiera costado sin repetir las escenas hasta el infinito.

Lo más sorprendente del caso es que los estudios no se rebelan contra tal desperdicio de dinero de los directores. Al contrario están convencidos de que, a la larga, el dinero que gastan en exceso les producirá magníficos dividendos...

¿Y quien tiene a su cargo en el estudio la importantísima misión de seleccionar entre todas esas millas de "film" los diez mil pies privilegiados que llegarán ante el público?...

Para un artista y hasta para un director, la persona que en el estudio les puede hacer más favor o más daño —a la larga más que el mismo ejecutivo que les paga— es el "cortador", o por decirlo todavía con mayor propiedad, la "cortadora", ya que se trata de muchachas. En todas las compañías cinematográficas, estas chicas, que hasta ahora al menos han permanecido completamente anónimas, pudieran derrumbar en un momento dado una reputación.

ES POSIBLE que "Suez" haya sido la película en que la labor de la "cortadora" ha sido más difícil, debido precisamente a la gran cantidad de material filmado de que podía echar mano. Y cupo a Miss Bárbara McLean, una muchacha delgada y modesta, ajena completamente a todo el "glamour" del cine. La satisfacción de realizar tan importante misión.

"Una tiene que usar, exclusivamente, su sentido común —dice la muchacha cuando se le interroga acerca de ello. Todo lo que no es esencial o resulta lento, tiene que ser sacrificado inmediatamente. A veces todo el "film" que ha sido fotografiado por una cámara en una sesión, tiene que ser eliminado porque el ángulo ha resultado malo."

Por supuesto, según Miss McLean, no todo lo que se desecha se pierde. Una gran parte de las escenas, sobre todo cuando se trata de paisajes, grandes bailes o cualquier otro asunto que pueda ser llevado a otra película, se guarda y se utiliza en una ocasión posterior. Y aque-



Estos jóvenes ensayaron su baile cientos de veces, pero el público nunca vio en la película: las escenas crueles de la "cortadora" dieron cuenta de ellos...

Desperdicios que Pagan DIVIDENDOS

llas partes de "film" que no pueden tener otra utilidad, se venden a ciertas compañías que producen cuero sintético y otros productos.

Los métodos de los directores tienen mucho que ver con la cantidad de "film" que se consume en cada película. Así por ejemplo Willaim Wyler, le hizo repetir a Bette Davis un "closeup" absolutamente silencioso, no menos de veinte veces. Dado el éxito que han logrado algunas de las películas de este director su extravagancia en ese sentido no provoca

ninguna protesta por parte de los que tienen que pagarla.

Se dice que Fritz Lang hizo tomar cincuenta veces algunas de las escenas de "Furia". En cuanto a John Ford, el director que abandona la dirección de una película en cuanto el productor le hace la más mínima observación, muchas veces tira el libreto el primer día de la filmación y va produciendo sus escenas como le da la gana y en la medida que quiere.

HAY DIRECTORES, como George LaCava y Frank Capra, que hacen que las escenas se ensayen cuidadosamente, hasta que todos los artistas están en condición de ponerse ante la cámara y no echar a perder "film". En cuanto a George Cukor, director de "Roma, Julia", filmó 10,000 pies de cinta — el tamaño de un "film" — en la sola escena del balcón.

Es posible que ello constituya "record".



agobiado.

Al pasar, le dió un capitorazo a un capullo de rosa devorado por los pulgones; descaminó, de un puntapié, a un caracol paseador que cruzaba la avenida; después, a mitad de camino, levantó bruscamente la cabeza y miró al importuno.

Sus contraídas cejas se dilataron, y una inmensa admiración redondeó sus

tengo sobrino! Yo soy un hombre muerto, un... un... un...

Le faltó la voz, se enrojeció ósu rostro, vaciló, cayó sentado pesadamente, luego boca arriba, y quedó inmóvil sobre la arena.

Acudí.

Cuando llegué junto a mi tío ya había vuelto Juana del pequeño estanque en el que había empapado su pañuelo y humedecía con agua fresca las sienes del señor Mouillard. Ella sola le auxiliaba. Magdalena sostenía la cabeza de su amo y se lamentaba.

—¡Ay!, con seguridad que es otra indisposición como la que tuvo hace diez años. ¡Qué enfermo estuvo, Dios mío! Recuerdo que le empezó como ahora, en el jardín.

Yo interrumpí sus lamentaciones diciendo:

—Señor Charnot, yo creo que convendría trasladar al señor Mouillard a su cama.

—¿Y por qué no lo lleva usted?—exclamó el numismático con aire exasperado—. No esperaba tener que servir aquí de camillero. Pero, puesto que es necesario, cójalo usted por la cabeza.

El lo cogió por los pies. Magdalena iba delante, Juana detrás. El pesado cuerpo de mi tío se balanceaba entre Charnot y yo; pero como él sostenía en sus brazos, arqueados a la altura del talle, las piernas del señor Mouillard, tenía el aspecto de un empleado de pompas fúnebres.

Como nos costase trabajo subirlo por la escalera, el señor Charnot me dijo, apretados los dientes por el esfuerzo:

—He aquí un viaje que empieza bien, gracias a usted, señor Fabián. Le felicito por ello.

Comprendí que me prometía *in petto* toda una obra orquestal sobre el mismo tema.

Pero no era aquél el momento oportuno para discursos. Algunos instantes después, mi tío yacía exánime sobre el lecho en que lo habíamos dejado. Juana, con habilidad y arte perfectos, ayudaba a Magdalena a preparar sinapismos; el señor Charnot, silencioso, esperaba, como yo, la llegada del médico que el pasante había ido a buscar, y fijaba alternativamente sus ojos en la corona de azahares de mi difunta tía Mouillard, colocada, dentro de un fanal, encima de la chimenea, y un cuadro representando frutas, que no hubiera sido de fácil colocación en el mercado de pinturas. Aquello duró más de diez minutos, diez largos minutos en espera del médico. Estábamos inquietos. El señor Mouillard no daba señales de conocimiento. Sin embargo, poco a poco los remedios empezaron a obrar; movió ligeramente los párpados, reapareció la vida, y por fin abrió los ojos en el preciso momento en que el doctor entraba.

Todos nos precipitamos en torno de él. —Querido amigo—dijo el médico—por lo menos no le sa faltado a usted gente que le cuide. Veamos ese pulso... Un poco débil... ¿Y la lengua?... Hable usted un poco.

—Una emoción algo fuerte—dijo mi tío. El doctor siguió la dirección de la mirada del enfermo, fija en Juana, que se mantenía erguida a los pies del lecho, y saludó a la joven, a la que no había visto hasta entonces; volvióse luego hacia mí, lo que me hizo sonrojar estúpidamente, y, por último, fijó otra vez su mirada en mi tío, sorprendido dos lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Sí, comprendo: una emoción demasiado viva, mi pobre Mouillard. A nuestra edad no deberíamos tener ya otras que las de nuestros recuerdos, antiguas emociones a las que y a estamos avezados, así como ellas están avezadas a nosotros. Pero los muchachos se encargan de hacernos sufrir otras, ¿no es eso?

Y todos prorrumpían en coro:

«Si usted tuviese nuestros ojos, señor Mouillard, la vería usted con la mirada fija en su despacho; si tuviese usted nuestros oídos, señor Mouillard, oírí usted que suspira; si tuviese usted nuestras alas, señor Mouillard, volaría usted hacia Juana».

Aquel concierto inusitado fué indudablemente el que atrajo la atención de Magdalena. La vimos encaminarse erguida, despacio, hacia el despacho, situado en un ángulo del jardín.

La elevada figura del señor Mouillard se dibujó en el umbral ocupando todo el hueco de la puerta.

—¿Dices que en el jardín? ¿Qué idea es esa de hacer entrar ahora a los clientes en el jardín? ¿Por qué les na abierto?

—Yo no les he abierto: ellos han entrado.

—Entonces es que no estaba cerrada la puerta. Nada está cerrado aquí. Pronto entrarán por la chimenea del salón. ¿Qué gentes son esas?

—Un señor y una señorita a quienes no conozco.

—¿Una señorita que tú no conoces?... Un divorcio, lo juraría... ¡Es una insensatez, palabra de honor! ¡Hay personas que tienen la manía de venir a hablarme de su divorcio en compañía de sus hijas!

Mientras que Magdalena, huyendo del chubasco, se guarecía en la cocina, el señor Mouillard se alisó con dos manotadas sus blancos cabellos, su última coquetería, y se dirigió por la avenida circular del jardín.

Yo me parapetéé tras de los nogales. El señor Charnot, que me creía detrás de él, marchó hacia adelante con paso desenvuelto.

Mi tío andaba perezosamente, como un hombre agobiado por el peso de los negocios, feliz, sin embargo, de disfrutar de una recreación de un minuto entre el cliente saliente y el entrante. Era para él una satisfacción que le considerasen

ojos.

—¿Será posible? ¡El señor Charnot del Instituto!

—El mismo, señor Mouillard.

—¿Y la señorita Juana, sin duda?

—La misma, que viene conmigo a devolverle su atenta visita.

—En verdad que es excesiva su amabilidad. ¡Semejante molestia para venir a verme!

—Por el contrario, nada más natural, dado el punto a que han llegado las relaciones de estos jóvenes.

—¡Ah! Según eso, ¿se casa usted, señorita?

—Indudablemente: en ello pensamos—dijo, sonriendo, Charnot.

—La felicito a usted, señorita.

—Y yo se la traigo a usted, señor Mouillard, para presentársela. Tiene usted derecho a ello.

—¡Oh!, ¡un derecho! Para esto, no.

—¿Cómo que no?

—Dispense usted, caballero. La cortesía es excelente cosa; pero hay que ser franco ante todo. Si yo fui a verle a usted a París, lo hice principalmente para obtener un dato. Usted me lo dió; pero eso no valía la pena de venir de París a Bourges para darme las gracias, sobre todo con su hija.

—Dispéñeme usted a su vez. La modestia tiene de igual modo sus límites, señor Mouillard. Como su sobrino de usted va a casarse con mi hija y mi hija pasaba por Bourges, es muy natural que yo se la presentase a usted.

—¡Yo ya no tengo sobrino, caballero!

—Está aquí.

—Ni he pedido la mano de su hija de usted.

—No; pero ha recibido usted a su sobrino, y desde ese momento...

—¡Jamás!

—El señor Fabián está en su casa de usted desde ayer: él le ha prevenido a usted.

—No; no le he visto, ni le hubiera recibido; ¡le he dicho a usted que ya no

—Sea lo que Dios quiera—me dijo en voz muy baja—. Abra usted!

Meti le llave en la cerradura.

Estaba convenido que Magdalena iría en seguida a decirle al señor Mouillard que en el jardín le esperaban unos forasteros. Pero, sea que no estuviese en acecho, sea que no nos viese en el momento de entrar, hubimos de permanecer algunos instantes en el extremo del jardín sin que nadie viniese hacia nosotros.

Yo me oculté detrás de los nogales cuyas copas sirven de refugio a los muros.

El señor Charnot encontraba muy hermoso aquel paisaje y se volvía a todos lados con pequeños castañeteos de satisfacción. Y en realidad era hermoso el jardín de mi tío. Las hojas, lavadas por la lluvia, lucían con todo su verdor gruesas gotas caían de los árboles con sonoridades argentinas; en los cuadros las petunias abrían sus cálices y nos embriagaban con sus perfumes; los pájaros, emudecidos durante el chubasco, volaban, piaban y gorjeaban entre las ramas: yo estaba como loco y me parecía entender su lenguaje.

El pinzón cantaba:

«Viejo Mouillard: ¿no ves esta curruca que acaba de entrar en tu casa?»

El herrerillo gritaba:

«Alerta, abogado: es más espiritual que tú».

«He oído hablar de ella al hermano de mi abuelo, un mirlo de los Campos Elisios: era la maravilla de aquel sitio».

La andorina chirriaba:

«Juana cautivará tu corazón en menos

tiempo del que yo empleo para dar una vuelta a tu jardín».

El cuervo, que es algo curial, se lanzaba desde las torres crascitando:

«¡Bah, bah, bah! ¡Cras, cras cras (1), habrá paz, paz, paz!»

(1) Cras, voz onomatopéyica del cuervo

significa, en latín, «mañana».

El señor Mouillard sollozaba.

—Vamos, amigo mío—continuó el médico—le permito a usted que abrace a su futura sobrina por una vez y ante mí, para asegurarme de que no abusará usted del permiso. Después, todo el mundo fuera; no más enternecimientos: calma absoluta.

Juana se acercó, cogió la cabeza del enfermo y la levantó.

—¿Quiere usted abrazarme, mi tío?

Y le presentó su sonrosada mejilla.

—La quiero a usted muchísimo—dijo mi tío abrazándola—; ¡usted, usted es buena!

Después, rompiendo a llorar, ocultó su rostro en la almohada.

—¡Cúrense ustedes—dijo el doctor.

Bajó también con nosotros, tranquilizándonos respecto a la salud del señor Mouillard.

Apenas había pisado el médico la calle, tronó en la escalera la fuerte voz del abogado:

—¡Charnot!

El viejo numismático volvió a subir los veinte escalones.

—¿Me llamaba usted, señor?

—Sí: se queda usted a comer conmigo. No se lo pude decir antes, pero pensaba en ello.

—Es usted muy cumplido señor Mouillard; pero es el caso que nos marchamos a las nueve.

—Yo como a las siete, por tanto hay tiempo.

—Va a ser para usted demasiada fatiga.

—¿Fatiga? ¿Acaso no como yo todos los días?

—Le prometo a usted volver, señor Mouillard, para informarme del estado de su salud.

—Puedo darle a usted esos informes en el acto: son excelentes. No, no quiero que se diga que se ha tomado usted la molestia de venir a Bourges desde París para ver que me desmayo. Cuento con usted y con la señorita Juana.

—¿Con nosotros tres?

—Tres incluyéndome yo, si señor.

—Usted dispense: entonces seremos cuatro.

—Confío en que el cuarto tendrá la discreción de ir a comer a otra parte.

—¡Vamos, señor Mouillard!, su sobrino de usted, su pupilo...

—Dejé de ser su tutor hace cuatro años, caballero, y su tío hace tres meses.

—¡Y él que tanto desea poner fin a esta disensión!...

—Permítame usted que descanse—repuso el señor Mouillard—para poder recibir mejor a mis huéspedes.

Y se volvió a acostar, manifestando claramente su voluntad de no añadir una palabra más sobre este asunto.

Durante este diálogo entre el señor Charnot y mi tío, al que asistimos nosotros desde el arranque de la escalera, Juana, que tan regocijada se mostraba por una conquista que juzgaba completa, se entristeció nuevamente.

—¡Y yo que, al abrazarme, creí que le había perdonado a usted! ¿Qué hacer ahora?... Venga usted en ayuda nuestra, Magdalena.

Esta, cuyo corazón se iba ganando Juana, buscó, pero inútilmente, y sacudió la cabeza.

—¿Cree usted que debe ir a ver a su tío?—preguntó Juana.

—No.

—¿Y si usted le escribiera, señor Fabián?

Magdalena hizo un signo de aprobación y sacó del fondo de su armario un tinterito de barro, un portaplumas oxidado y una hoja de papel con una paloma llevando un ramo en el pico.

—Es de mi prima de Romorantín, que murió por navidades—dijo—. Sobraba esa hoja.

Me senté ante la mesa de la cocina, y

escribí. Juana, inclinada sobre uno de mis hombros, iba leyendo. Magdalena, atenta, de pie junto al reloj, se olvidaba de los hornillos para apoderarse mirarnos con sus negros ojos.

Yo escribí debajo de la paloma:

«Mi querido tío: He venido de París resuelto a poner fin a una mala inteligencia entre nosotros que ya hace demasiado tiempo que dura y que me ha hecho sufrir más de lo que puede usted creer. Desde que llegué ayer, a las cinco de la tarde, hasta hoy, a las diez de la mañana, me ha sido imposible hablarle. Si lo hubiese podido hacer, no se hubie-

ce poco me hacen confiar que no.

«Pero, si me he engañado, incomódese usted sólo conmigo. Devuélvame su afecto a su sobrino; reténgame a comer en lugar nuestro, y déjeme partir con el sentimiento de que no me haya usted juzgado digna de que le llamase mi tío, como tan fácil y tan dulce me hubiera sido hacerlo.

»JUANA.»

Volví a leer las dos cartas. Magdalena lloraba al escucharlas.

Juana sonreía imperceptiblemente.

Nos fuimos, dejando a la fiel criada el



ra usted negado a devolverme su afecto, cuyas susceptibilidades reconozco que debía respetar más, y me hubiera otorgado un consentimiento del que depende la propia felicidad de usted, mi tío, así como la de su sobrino.

»FABIÁN.»

—Un poco demasiado serio—dijo Juana—. Ahora me toca a mí.

Y a continuación escribió xalamera-mente con presta mano:

«A mí toca preferentemente, señor Mouillard, suplicarle que nos perdone. Yo soy, puede usted creerlo, la más culpable. Usted prohibió a Fabián que me amase, y yo no he hecho nada para impedirlo.

«Más aún: si él vino ayer a ver a usted, fué porque yo le incité a ello asegurándole que el generoso corazón de usted no se negaría a aceptar afectuosas explicaciones.

»¿Estaba yo equivocada?

»Las palabras que me dirigió usted ha-

cuidado de elegir el momento favorable para entregar al señor Mouillard nuestra doble súplica.

«He de confesar sinceramente que apenas salimos de la casa, en el hotel durante el almuerzo y en el primer cuarto de hora que siguió a éste me disparó el señor Charnot la más viva y mejor compuesta catilinaria que he recibido desde mi tierna juventud. Su final fué como sigue:

—Caballero, si a las nueve y cincuenta y un minutos de esta noche no ha hecho usted las paces con su tío, recojo mi palabra y nos volvemos a París.

Traté de combatir la conclusión, pero fué en vano. Una muequilla de Juana me advirtió que iba descaminado.

—Sea—le dije—, yo pongo la causa en manos de usted.

—Yo yo la pongo en las de Dios—dijo ella—. Tenga usted ánimo. ¿De qué serviría la esperanza si no bastara a restar dos horas a los sinsabores que quizá nos esperan?

Nos encontrábamos enfrente de las dines del palacio arzobispal. El señor Charnot entró en ellos: el aire fresco de los niños que jugaban, las mamás que estudiaba etnológicamente con las preocupaciones de la geografía de la antigua Galia, la vista de las flores en la plaza de San Miguel, y, por encima de los cuarteles, los álamos del Aurore, biaron el curso de sus ideas. Dejó a su suegro y volvió a ser turista.

Juana atravesaba con gracia entre los grupos de paseantes, murmullo que la acompañaba, aunque envidia algunas veces, no era menor a mis oídos. Yo hubiera deseado contrarme con la señorita Lorinet.

Después de los jardines del palacio arzobispal, fué preciso visitar la plaza Séraucourt, el paseo de Chanzy, la plaza Saint-Pierre-le-Guillard y el paseo de Jacobo Coeur. Eran las seis cuando regresamos al hotel de Francia.

Al entrar, en el vestíbulo, nos esperaba una carta. Iba dirigida a la señorita Juana Charnot.

Reconocí al punto la letra rasgada del señor Mouillard y me puse blanco como el sobre.

El señor Charnot, muy nervioso, clamó:

—¡Lee pronto, Juana, lee pronto!

Juana era, de los tres, la única que sonreía.

Leyó:

«Mi querida niña: Esta mañana, en un momento de turbación, la he tratado usted quizá demasiado familiarmente. Vuelto en mí, no retiro, sin embargo, las palabras que la dirigí: «La quiero a usted muchísimo: usted es buena.»

«No conseguirá usted que un viejo como yo rectifique sus prejuicios contra la capital. Bastante hago con mirar las armas a una parisiense. Si me da, ¡le perdono a él en obsequio de usted!

»Vengan ustedes los tres esta tarde.

«Tengo muchas cosas que decirles que pedirles. No todas ellas serán agradables; pero las tristezas creo que se darán ahogadas en la alegría que nos harán ustedes a mi viejo corazón.

»BRUTO MOUILLARD.

»Abogado licenciado.

Cuando llamamos a la puerta de la casa del señor Mouillard, vino a abrir el tío, el pequeño pasante, que sirve de mesa en las grandes solemnidades.

Mi tío nos esperaba en el gran salón en traje de día de fiesta, con su levita más blanca y su levita más alcañalada sin la menor apolilladura después de doce años, un triunfo de Magdalena.

Nos abrazó a todos; pero se agachó ante nosotros, sin ese exceso de demostraciones que está acostumbrado: se mostró digno, una dignidad sencilla y conmovedora emoción, que exalta a la mayoría de las naturalezas, refrenaba la suya. Ni alusión al pasado, ni una palabra acerca de nuestro matrimonio. Aquella reunión, destinada a ser ocasión para las explicaciones necesarias, se iniciaba con vialidades cortesanas.

He observado que casi siempre sucede así: se reúnen para explicaciones comienzan por no decir nada.

El señor Mouillard dió el brazo a Juana para trasladarse al comedor. Ella se paró a charlar. Hacía cien preguntas sobre Bourges, sobre los bailes, las ruinas, las construcciones de Bourges, hasta que el señor Mouillard, con un gesto del Palacio de Justicia.

—Estoy segura de que mi tío lo decía Juana.

Y el trío sonreía siempre, con el salón iluminado por una llama, como la llama de una chimenea cuando aviva el fuego. Contestaba, pero no caía en un abatimiento que el des-

hacer los honores a sus huéspedes no con-
segua disimular sino en parte. Sus preo-
cupaciones le hacían traición, sobre todo
las miradas que me dirigía a mí y que
reflejaban ningún resentimiento, sino
una afeción sufrida y suplicante.

El señor Charnot, algo cansado y algo
también en la apreciación de las
maravillas culinarias hechas por Magda-
lena, soltaba una interjección o una ob-
servación alusiva en los momentos de si-
lencio.

Yo conocía a mi tío lo bastante para
saber que el final de la comida no se
parecería en nada al principio.

En efecto, a los postres, en el momen-
to en que el académico ponderaba la ex-
quisitez de una especialidad del Berry, la
señorita Fabián, mi tío, que desde hacía unos
momentos agitaba circularmente en su va-
so el vino de algún castillo del Médoc,
se detuvo de pronto y colocó el vaso sobre
la mesa.

—Mi querido señor Charnot—dijo—ten-
go que hacerle a usted una confesión
muy penosa.

—Pues si es penosa, mi querido amigo,
no la haga usted.

—Fabián—prosiguió mi tío—se ha por-
tado mal conmigo en dos ocasiones. No
voy a hablar de ello. Ya lo he olvidado.
Pero... yo también me he portado mal
con él.

—¿Usted, querido tío?

—¡Ay de mí! Sí, hijo mío. Mi bufete,
el bufete hereditario que prometí a tu pa-
dre conservar fielmente para ti...

—¿Lo ha vendido usted?

—Mi tío ocultó la cabeza entre las ma-
nos.

—¿Lo vendí anoche, pobre hijo mío, lo
vendí anoche!

—Lo suponía.

—He sido débil; he sucumbido a los
consejos de mi resentimiento, he compro-
metido tu porvenir. Fabián, ¡perdóname
a tu vez!

Y levantándose de la mesa, se acercó a
mí y me echó los brazos al cuello.

—No, no, mi tío: usted no ha compren-
dido bien: yo no tengo nada que perdo-
narle.

—¿Es que no tomarías el bufete si te
lo ofreciese aún?

—No, mi tío.

—¿De veras?

—De veras.

El señor Mouillard respiró con desem-
barazo:

—¡Tanto mejor, hijo mío!, me quitas
de encima un enorme peso.

Y enjugó con una punta de la ser-
villeta dos lágrimas nacidas en tiempo
de guerra y que seguían corriendo en
tiempo de paz.

—Fabián, si la señorita Juana, junta-
mente con todas sus perfecciones, te
aporta una fortuna; si tu porvenir está
asegurado...

—Mi querido señor Mouillard—dijo el
académico interrumpiéndole con satisfac-
ción mal disimulada—, mis colegas me su-
ponen rico. Es una calumnia. Los traba-
jos de numismática no enriquecen. Fa-
bián, que ha tomado informes sobre este
punto, podrá demostrárselo a usted. No:
yo poseo únicamente ese honrado bienes-
tar que no permite tenerlo todo, pero que
no deja que falte nada.

—Aurea mediocritas—exclamó mi tío,
encantado de la cita—. ¡Ah, señor!...
según Horacio.

—¿No es verdad? Yo decía, pues, que
tenemos el pan asegurado. Esta no es una
razón para que mi yerno vegete en un
reposo al que, a mi edad, no creo tener
yo aún derecho.

—¡Muy bien!

—Trabajaré, pues.

—Pero ¿me quiere usted decir en qué?

—Hay otras ocupaciones que la de abo-
gado, señor Mouillard. He estudiado a
Fabián. Es una naturaleza algo vagabun-
da, que una educación especial hubiera

hecho artista y que, falta de aquella pri-
mera formación, no pasará de ser soñá-
dora.

—Así he pensado yo muchas veces, por
más que no lo haya sabido expresar tan
bien.

—Con una naturaleza como la de su
sobrino—prosiguió Charnot—, lo mejor es
seguir una carrera en la que el ideal sea
parte, no predominante, pero sí suficien-
te; una carrera entre prosa y poesía.

—¿Notario, entonces?

—No, eso es prosa pura: bibliotecario.

—Tiene usted razón: bibliotecario.

—Hay en París, señor Mouillard, peque-
ñas bibliotecas, silenciosas como los bos-
quecillos, en las que se encuentran em-
pleos tranquilos como nidos. Yo tengo
algunas relaciones en los ministerios, y
eso no sería una molestia: ya comprende
usted.

—Perfectamente.

—Colocaremos allí a nuestro Fabián,
protegido contra la ociosidad por lo poco
que haga, y contra las revoluciones por
lo poco que será. Oficio encantador, se-
gún usted ve, por cuanto el tufillo de los
libros es inteligente, y respirarlo es vida
para el espíritu.

—¡La vida del espíritu!—dijo mi tío
entusiasmado—, sí, ¡la vida del espíritu!

—Y catalogarlos, señor Mouillard, com-
pulsarlos, preservarlos en lo posible de
la polilla y del lector, ¿no es una ocu-
pación envidiable?

—Sí, más envidiable que ha sido la mía
y que será la de mi sucesor.

—A propósito, mi tío: aún no nos ha
dicho usted quién es ese sucesor.

—Es verdad. Pero tú le conoces: es tu
camarada Larivé.

—¡Ah! Ya me explico muchas cosas.

—Un muchacho muy serio.

—Extraordinariamente serio, mi tío.
Tengo entendido que se casa.

—Efectivamente, y hace un buen ca-
samiento.

—¿Con quién?

—Hijo, toma lo que tú no has querido:
se casa con la señorita Lorinet.

—¡Se necesita ánimo! Pero, mi tío, ¿era
con él con quien conferenció usted anoche?

—Precisamente.

—Como le dijo usted a Magdalena que
esperaba a un señor condecorado.

—Lo está.

—¿De qué orden, santo Dios?

—De la del Nicham Iftikar, si no te dis-
gusta.

—No, mi tío, no me disgusta, y me sor-
prende menos todavía. Larivé morirá con
el pecho más lleno de condecoraciones que
la bandera de un orfeón: será miembro
de todas las sociedades científicas del de-
partamento, considerado, considerable
exageradamente provinciano después de
haber sido furiosamente parisiense; las
madres le confiarán sus cuidados, los pa-
dres sus intereses; pero cuando sus an-
tiguos camaradas pasen por Bourges, ten-
drán la libertad de reírsele en las barbas.

—¡Envidioso!, estás envidioso de su con-
decoración.

—No, mi tío; no echo de menos nada
absolutamente nada.

El señor Mouillard bajó la cabeza y
después de un breve silencio dijo:

—Yo sí que echo de menos algo, Fa-
bián. Envejecer aquí solo me parecerá a
veces triste. Pero, en fin, me consolaré
pensando en vuestra felicidad y espe-
rando que vendréis a pasar a mi lado las
vacaciones.

—Haga usted otra cosa mejor—dijo el
señor Charnot—; véngase a vivir con nos-
otros. Los años nos serán menos pesados.
señor Mouillard. Es indudable que siem-
pre nos caerán encima, que nos pesarán,
que nos encorvarán; pero estos jóvenes, a
quienes no les pesan los suyos, nos ayu-
darán a conllevar los nuestros.

Me sorprendió en extremo ver que mi
tío no rechazase semejante proposición.

—El tiempo está hermoso—dijo sencí-

llamente—; bajemos al jardín y juzgarán
ustedes si puede abandonarse una rosale-
ra como la mía.

Satisfecho de sí, de mí, de ella, de to-
dos y hasta del tiempo, el señor Mouillard
nos condujo al jardín.

Ya no había en él luz bastante para dis-
tinguir las rosas, pero aspirábamos su
perfume al pasar junto a ellas. Yo había
cogido del brazo a Juana, e íbamos de-
lante, por la fresca sombra, preferente-
mente por todos los senderos tortuosos.

Los pájaros dormían; pero las ciga-
rras, los grillos y otros insectos, ocultos
en la hierba y en la corteza de los ár-
boles, cantaban y garrulaban en su lugar.

Detrás de nosotros, algo lejos, lo más
lejos que podíamos, crujía la arena al pa-
so acompasado de los dos ancianos, y oía-
mos, como un murmullo, frases trunca-
das:

—Una nieta, señor Charnot, como
Juana.

—Un nieto, señor Mouillard, como Fa-
bián.

PARIS, 18 DE SEPTIEMBRE

Nos hemos casado. Regresamos del tem-
plo. Nos hemos despedido de todos nues-
tros amigos, no sin alguna tristeza velada
por la alegría que rebosa como nunca de
mi corazón. Antes de partir para Italia
dentro de dos horas, escribo en este oscuro
cuaderno, que no pienso llevarme.

Juana, mi Juana, inclinada, lee por en-
cima de mis hombros. Esto perturba mis
recuerdos.

Había mucha gente en la iglesia. Los
periódicos habían consignado el nuestro
entre los grandes matrimonios de la se-
mana. El Instituto, la gente de armas, los
hombres, de letras, los empleados de los
ministerios, habían concurrido por parte
del señor Charnot; las gentes de nego-
cios, de Berry o parisienses, por parte de
mi tío; los más gozosos, los más felices
después de nosotros, los que no concu-
rrían sino por amistad a Juana o a mi
eran: el pintor de cámara del señor Char-
not, Silvestre Lamprón, que colocó su lin-
do dibujo del Salón en la canastilla de
boda; el señor Flamarán y Sidonia; Ju-
pille, que lloraba como treinta años an-
tes, y el señor y la señora Plumet, que
llevaban consigo a su hijo vestido de
blanco.

Muchos apretones de manos dimos Ju-
ana y yo, pero no tantos como mi tío
Mouillard. Afeitado, encorbatado con ex-
tremada multitud, revolviase entre la
multitud como una peonza, llevando
siempre detrás de sí a alguno que debía
presentarle a otro. «Cuando uno llega—
decía—es preciso que se cree relaciones».

Porque mi tío llega, efectivamente; se
establece cerca de nosotros, en el mue-
lle Malaquais, en una habitación coque-
tona que Juana ha buscado para él. El la
encuentra deliciosa porque a ella le ha
parecido bien. Se ha despertado por com-
pleto en mi tío el antiguo estudiante, y
ya no volverá a dormirse. Ya conoce me-
jor que yo las líneas de omnibus y de
tranvías; habla de Bourges como si lo
hubiese dejado hace veinte años: «Fa-
bián, cuando yo vivía en provincias...»

Mi suegro tiene en él al más ferviente
de sus admiradores, quizá un futuro dis-
cipulo en numismática. Su amistad me
hace pensar en la...

—¿Me permites, Juana?

—Sí, amor mío, escribe lo que quieras
puesto que ese oscuro cuaderno no es
más que para nosotros.

—...en la amistad del ratón de la ciu-
dad y del ratón del campo. Ahora mis-
mo, cuando entrábamos en casa, han teni-
do una conversación alternativamente
humorística y jovial, en la que sus dos
naturalezas coincidían en el mismo sen-
timiento, pero con opuestas gradaciones
del color.

He retenido un fragmento:

—«Mi querido Charnot, ¿sabe usted en
qué pienso?

—»No, ni por asomo.

—»Pues pienso en que es muy curioso
—»¿El qué?

—»Ver a un bibliotecario empezar su
carrera por una mancha de tinta. Por-
que, usted no puede negarlo, el casa-
miento de Fabián, su posición, mi vuel-
ta a la capital, todo proviene de aquello.
La tal tinta debía ser simpática: ¿no le
parece a usted?

—»Félix culna, en efecto, señor Moui-
llard. Hay tonterías felices: pero como
uno no sabe cuáles son, no existe jamás
razón para cometerlas».

Apenas si entre la multitud, de que
tanto abomina, he podido detener un mo-
mento a Lamprón, más salvaje y más
amigo mío que nunca.

—¿Eres completamente dichoso?—me ha
preguntado.

—Completamente.

—Cuando lo seas menos, vendrás a
verme.

—Creo que siempre lo seremos tanto
como ahora—ha dicho Juana.

Y creo que Juana tiene razón.

Lamprón se ha sonreído.

—Sí, lo soy completamente Silvestre, y
esta felicidad me la habéis proporcionado
tú, ella, los demás. Yo no he hecho,
para ser feliz, más que dejarme llevar de
la corriente de la vida. Cuando he que-
rido valerme del remo, he estado a pun-
to de zozobrar. Todo lo que los demás
han hecho por mí ha tenido buen éxito.
Esta idea me confunde. Acuérdate y ve-
rás: he conocido a Juana en Italia, ha sido
por causa tuya; también has concluido tú
de hacer la petición de mano comenza-
da por Flamarán; en fin, la posición que
yo no tenía me la ha proporcionado mi
padre político. ¿Qué he hecho yo? He
amado, he llorado, he sufrido, nada más,
y ahora tiemblo al pensar que mi alegría
la debo a todo el mundo, menos a mi
mismo.

—No, amigo mío, no tiembles, ni te sor-
prendas, ni cambies de modo de ser. Tú
eres merecedor de esa felicidad: ¿qué im-
porta la manera de que Dios se ha ser-
vido para dártela? Es una renta vitallia-
cia que te proporcionan tus parientes, tus
amigos, los indiferentes y hasta las mis-
mas cosas. Pues bien: cobra los interese-
s y no te preocupes de lo demás.

Puesto que Lamprón, que es un filósofo,
lo ha dicho, yo opino que he de se-
guir su consejo. Así pues, si me lo per-
mites, Juana, no tendrás ninguna ambi-
ción, si se exceptúa la de ser amado por
ti, y me guardaré mucho de correr tras
aumentos de crédito o de fortuna que pu-
dieran ser menguamientos de dicha; si tú
consientes en ello, Juana, veremos poco la
sociedad y algo más a nuestros amigos;
no abriremos mucho las ventanas para
que el amor, que tiene alas, no vuele: Ju-
ana, si te parece bien, gobernarás la casa
a tu gusto, quiero decir, según tu enten-
der; serás soberana en todas las cues-
tiones de orden interior y familiar; deci-
dirás si hemos de salir o no; señalarás
nuestras visitas y nuestros viajes...; yo
me dejaré guiar, como un niño, por el ale-
gre sendero por donde voy siguiéndote.

He mirado a Juana.

No me ha dicho que no.

FIN

SAHONA

Reina de la Selva

W. MORGAN THOMAS

DE UN GOLPE BOB DEJA SIN SENTIDO AL GUARDIA QUE VIGILABA LA CHOZA, Y ACOMPAÑADO DE VAN DYKE SALE EN BUSCA DE LA CUEVA QUE SERVÍA DE PALACIO A SAHONA.



ES A DEBE SER LA CUEVA...
¡CUIDADO!
¡BAJÉMONOS ANTES DE QUE NOS DESCUBRAN!

COMO SOMBRAS LOS DOS BLANCOS ADELANTAN CASI ARRASTRÁNDOSE



HABLAN EN UNA LENGUA EXTRAÑA
ES LO QUE QUEDA DE UNA IDIOMA CASI OLVIDADO QUE ANTIGUAMENTE USABAN LAS TRIBUS AQUÍ.

AL FIN LLEGAN A LA BOCA DE LA CUEVA Y SE DETIENEN SIN ALIENTO PARA EXAMINAR EL INTERIOR.



LOS DOS HOMBRES ENTRAN LENTAMENTE A LA BÓVEDA ILUMINADA, CAVADA EN LA ROCA VIVA, Y SE ADMIRAN DEL PRIMITIVO ESPLENDOR.



DE PRONTO UNA CONMOCIÓN GENERAL ANUNCIA QUE LA PRESENCIA DE LOS BLANCOS HA SIDO DESCUBIERTA.



AL MANDATO DE SAHONA VARIOS GUERREROS SE ABALANZAN SOBRE BOB Y VAN DYKE



DE SÚBITO EL PROFESOR VAN DYKE LEVANTA AMBOS BRAZOS LANZANDO EN EL LENGUAJE ABORIGEN UN GRITO QUE DOMINA EL CLAMOREO DE LOS GUERREROS.
¡KUMOLTAI!



LOS ATACANTES SE DETIENEN SORPRENDIDOS AL OIR COMO UN BLANCO LANZA EL GRITO DE "AMIGO" EN LA LENGUA ABORIGEN..

Editors Press Service, Inc.
220 E. 42nd St., New York

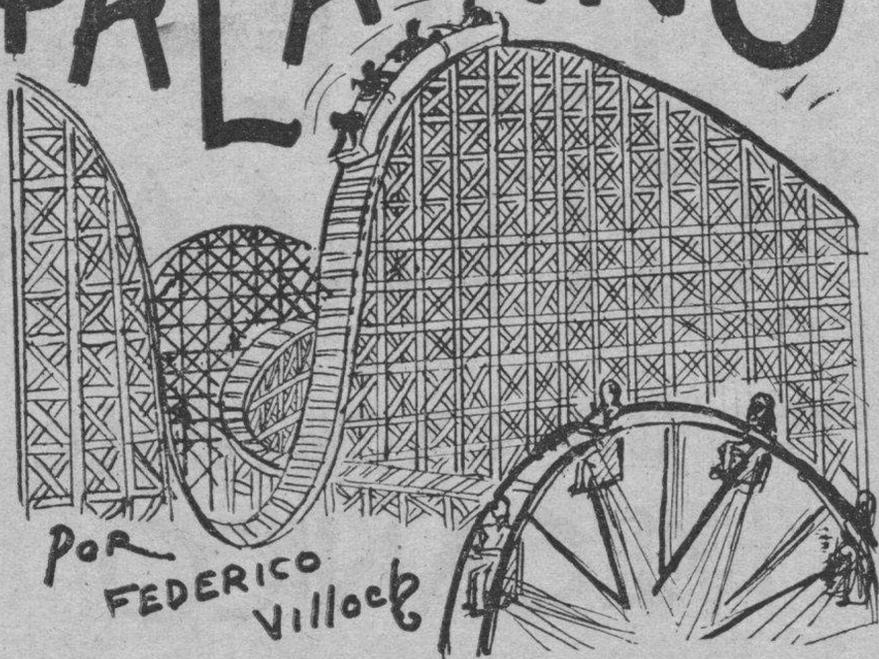


SOLO UNO, AL OTRO EXTREMO DE LA CUEVA, MUY CERCA DEL TRONO, LEVANTA SU ARCO.

MESKIN

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

PALATINO



la Habana, costando todo ello, materiales y obras, la respetable suma de trescientos mil pesos; diez y siete mil pesos costó instalar la Montaña Rusa, si bien es cierto que antes de las dos semanas había cubierto con demasía sus gastos. El gran orquestrón que había a la entrada del Parque, costó treinta mil pesos. De veinte mil no bajaba el mobiliario de las oficinas. En el gran restaurant de «Palatino» que regenteaba don Felipe González, el propietario del hotel «Inglaterra», se cobraba un centén—\$5.30—por el cubierto, y un día llegaron a servirse tres mil quinientos de ellos. No se vió nada igual, ni en la danza de los millones, ni es de esperar que suceda otro tanto, cuando lleguen a ser una realidad las fantásticas prosperidades que se anuncian. Ningún espectáculo ha batido como «Palatino» el record de entrada diaria, contando con todos sus espectáculos, que llegó a la «modesta suma» de sesenta y cuatro mil pesos, lo que de manera elocuente demuestra que entonces había afluencia y centenes, para arrojarlos sin cortapisa.

El teatro «Tivoli», instalado en lo más céntrico del Parque, ofrecía al público a veces doce y catorce tandas. En su ameno cuadro de variedades figuraban las entonces jóvenes y siempre bellas artistas. Amalia Sorg, Alma Lina, Pepita Sevilla y otras, que luego se popularizaron en los teatros de la capital; y—nota curiosa y digna de tenerse en cuenta—fungía como director de orquesta un joven músico precoz, de diez y seis años, que se llamaba Moisés Simons, el futuro autor del «Manisero», y el hoy aplaudido compositor que ha destacado su nombre en los carteles parisinos. Se hicieron célebres las «veladas íntimas» que tenían lugar en este teatro «Tivoli», después de terminada la función, copias de las que en su época puso en boga en París el «Segundo Imperio», y que Emilio Zola cita y retrata en algunas novelas de su colección «Les Rougon Maquart». . . No sería fácil recordar todos los espectáculos y exhibiciones que se ofrecían en «Palatino». Su situación en uno de los lugares más pintorescos de la barriada del Cerro, de fácil acceso por estar al paso de varias líneas de tranvías y ómnibus, aparte la especial que se tendió después para comodidad del público, y que venía a dar a la misma entrada del Parque, comunicaban gran atractivo a aquellos lugares de encantadoras locuras. Corría allí la cerveza como el agua de Vento: barata, en los cientos de kioscos que la expendían; regalada, con sólo acercarse a la próxima fábrica que la producía en cientos y miles de barricas y botellas. Es excusado pues dete-

nerse en la pintura del aspecto que brindaba «Palatino» a las dos o tres horas de abrir sus puertas, con el látigo a todo chorro, sus cien orquestas a todo sonar, y la alegría de los corazones a todo trapo. Comerciantes e industriales que afrontaban alguna situación difícil; políticos que habían recibido algún papirotazo en su vanidad o sus ambiciones; amantes a quienes el dios veleidoso había jugado alguna de las suyas; y personas, en fin, que experimentaban el empuje de la competencia o el vacío de algún fracaso, iban a «Palatino» a respirar y quitarse la murria de encima. Bernardo Valdés López, uno de estos últimos, que veía su teatro «Albisu» a veces casi vacío, no obstante contar con una compañía excelente de zarzuela española, en que figuraban las aplaudidas tiple Lola López, la Soler, la Laval, Rosa Fuerte, y otros artistas de igual renombre como Villarreal, Piquer, Garrido, etc., faltaba pocas veces. El popular teatro «Alhambra», tan poderoso y pujante en aquella época, no dejó de experimentar también los efectos del abso:bente espectáculo, si bien pudo atenuarlos estrenando una obra de circunstancias titulada «Palatino», en la que figuraban una estrella giratoria y una montaña rusa que daban lugar a escenas muy graciosas: la estrella giratoria, en cuyos cochecitos se sentaban caracterizaciones de los partidos políticos—unas veces abajo y otras arriba—era motivo de epigramáticas alusiones que el público aplaudía con entusiasmo. Resultaba también muy entretenido el cuadro del «Laberinto», donde se suscitaban picantes y cómicas escenas; y ni que decir que los cuadros vivos del teatro «Tivoli» eran copiados con artística fidelidad, siempre bajo la acuciosa vigilancia de los inspectores de espectáculos, que no hubieran tolerado ni la mitad de las «licencias» que hoy se toman algunos directores de Hollywood, en no pocas de sus emocionantes películas. . .

A la entrada del Parque ya se encontraban los fiñes con un trencito en miniatura, compuesto de cuatro vagones y una locomotora, también pequeña, aunque perfectamente construída con todos sus detalles mecánicos, que los hacía girar un buen trecho, mediante una módica suma; y con el pretexto de acompañar a sus hijos, las mamás y los papás también disfrutaban, depuesta la gravedad de los años, del divertido entretenimiento: que es el mayor encanto de los grandes volver a ser niños siempre que la ocasión se presenta. Luego el Laberinto, donde después de perderse el espectador unos momentos sin hallar la salida, se tenían encuentros muy có-

micos, y a veces muy agradables. Había varias estrellas giratorias. En montañas rusas tenía el público donde escoger, desde la más sencilla para niños y timoratos, hasta las más peligrosas y complicadas, en una de las cuales, una tarde dominguera, el joven estudiante Sánchez Govín, que antes se había saturado copiosamente de cerveza «Palatino», largó la cabeza y hubo que ir a buscar a muchos metros de distancia.

A las familias más distinguidas les dió por los carritos de la Montaña Rusa. Los novios, ante el peligro, no tenían escrúpulo en abrazarse para conjurar el miedo. Puede asegurarse que muchas bodas y flirteos célebres de aquel tiempo, tuvieron su cuna en la Montaña Rusa de «Palatino», y fué lo ocurrente del caso que algunos de aquellos carritos nupciales vinieron a salirse de la línea, cuando ya el visitado parque de diversiones había entrado en la categoría de los recuerdos. Salones de baile, muchos y para todas las categorías. Rara era la noche que no se celebraba en el restaurant algún banquete, comida de boda o de onomástico de algún personaje distinguido de nuestra sociedad. No se concebía la alegría sin «Palatino». Exhibiciones de fieras y fenómenos: encantadoras de serpientes; bailes orientales; danzas del vientre; y como número de gran atracción las ascensiones aerostáticas que tenían lugar en un ancho campo que se extendía al fondo del Parque. Uno de los aeronautas, el más arriesgado por cierto, Mr. Hill, después de elevarse a incommensurable altura en su globo, disparaba un tiro de revólver, se lanzaba al espacio agarrado a un paracaídas, y cuando éste se abría y descendía el Mister, saludando majestuosamente con su gorra, la enorme muchedumbre que lo contemplaba prorrumplía en un emocionante e intenso ¡Ah! . . . que llenaba todo el ancho parque, sin sospechar que pocos años después el aviador Rosillo haría su primer viaje directo en aeroplano, en unas cuantas horas, de Cayo Hueso a la Habana, y que el intrépido Parlá lo superaría en valor con su rústico y enreble aparato de caña brava. Nos cabe la gloria a los cubiches de haber superado al mundo entero en todo, hasta en argucia política. El día que aquí se dé un Hitler, dejamos atrás al de Alemania.

El Parque de «Palatino» abrió por primera vez sus puertas al público una tarde de abril de 1904, mediado el período presidencial de don Tomás Estrada Palma, y funcionó durante tres años, siete meses en cada uno de ellos. Lo que pareció que iba a echar profundas raíces y perdurar como en otras poblaciones sucede con espectáculos semejantes, aquí no fué más que una curiosidad pasajera, que una vez cumplida, no tenía razón de ser; ni se avenía con nuestro carácter veleidoso que fluctúa entre la más ruidosa alegría y el desencanto y aplanamiento más inexplicables. Las carrozas de las montañas rusas se fueron oxidando inactivas en sus rieles; la estrella giratoria dejó de ser estrella, para convertirse en un armatoste; los toboganes, como todos los toboganes de la vida, cayeron al fin del lado que se inclinaron; los carritos locos habían recobrado la razón, y yacían tranquilos en su sitio; los escenarios de los diferentes teatros, que habían funcionado con tanto éxito, servían de depósitos y almacenes a esos mil trastos deformes, que una vez desmontados, nadie atina, ni con el objeto ni la estructura de su primitivo origen. Un día una mano indiferente cerró la puerta principal de entrada del parque; y ya ninguna otra se ocupó de volver a abrirla. Las enarenadas avenidas se fueron cubriendo de yerbajos, en su abandono; de herrumbres las rejas y la portada; y de claraboyas los techos, por las que entraba y corría en desbordadas cataratas el agua de las grandes lluvias; después de tanta alegría y de tan bulliciosa animación—hasta desaparecer por completo—«Palatino» se fué extinguiendo paulatinamente. «Palatino» fué como el período, risueño y alocado, de nuestra infancia republicana.

SI alguna vez el lector tiene la oportunidad de contemplar al doctor Josef Casimir Hofmann deslizándose sus dedos milagrosos por sobre el teclado del piano y arrancándole a este instrumento divinas melodías para el éxtasis del oído humano, no se aleje con la idea de que este mago de la música ha llegado al límite de su capacidad.

Hofman se halla en su ambiente lo mismo en el mundo de las notas musicales que en el taller de mecánica que posee en su casa. Cuando no se dedica a sacarle al piano el lenguaje elocuente de la melodía, lenguaje que une la carne y el espíritu de todos los pueblos, está probablemente entregado al manejo de las herramientas y a la práctica de la mecánica, en el taller de su casa de Merion en el estado de Pennsylvania. En ese instante, Hofman es un hombre sudoroso, vestido de obrero, que no recuerda para nada a los grandes compositores de la historia, de los cuales es él uno de los más geniales intérpretes.

No hace mucho tiempo tuve el placer de pasar quince minutos en la compañía de este prodigio, en las oficinas de la casa Steinway en Nueva York, donde no se habla de otra cosa que de música. Nosotros, sin embargo, hablamos de mecánica.

—¿Dónde se le metió en la cabeza eso de la mecánica?— le pregunté.

El rostro del virtuoso se iluminó.

—Lo he heredado— respondió. —Mi abuelo Hofmann era médico. En 1855 o 1860, cuando estaba para llegar la vacuna, él inventó un manguito con un resorte lateral que, empujado, hacía salir una aguja con la vacuna para ser inculada en el brazo. El paciente no se daba cuenta de lo que le pasaba hasta terminada la operación. Era un tratamiento invisible. El método viejo de la aguja y el bisturí ponía nerviosos a los niños.

—El abuelo Hofmann— continuó— debió haberme inculado el amor hacia los inventos. Me gustaban las herramientas. Desde niño me gustó bregar con maquinarias. Pero ellos me obligaron a estarme pegado al piano. Después de mi debut como prodigio, mi gran sueño era hacer con mis propias manos algo que no fuera música. A los 19 años, iniciado ya como virtuoso, establecí un taller de mecánica en Recksdoh, suburbio de Berlín, y construí un automóvil de un cilindro, de cinco caballos de fuerza, que funcionaba con vapor emanado de una bobina por medio del fuego. En aquel entonces la gasolina se consideraba un peligro. Para manejar aquel auto tenía que ponerle una tapa a la caldera. Un año estuve entretenido en eso. Los compromisos para tocar el piano me tomaban mucho tiempo.

—Pero no por ello pude retirarme de la mecánica. Estando en Berlín, en el 1925, conseguí un motor de cuatro cilindros y veinticuatro caballos de fuerza, y con él construí un automóvil que desarrollaba bastante velocidad y se movía bien. Con esto estaba al día: ya era mecánico y además daba conciertos para poder financiar las actividades de mi fábrica. Continué, al mismo tiempo, introduciendo mejoras en el taller...

En ese instante interrumpió nuestra conversación el señor Theodore Steinway para preguntarle algo sobre cuestiones musicales.

—Un momento— le contestó Hofmann, pasándose la mano por entre el cabello— en seguida voy a contestarle.

Se tornó a mí y continuó su relato:

—En Aiken, Carolina del Sur, en 1908, busqué un ayudante construimos un motor de sesenta caballos de fuerza, con un tablero de instrumentos al alcance de la mano y que sin embargo permitía ver el

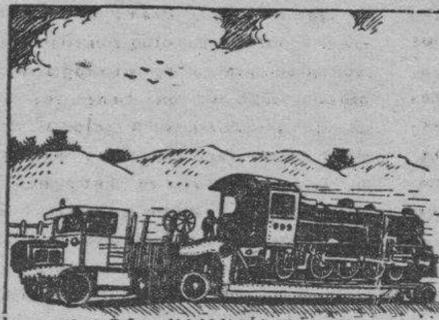
El Gran Pianista JOSEF HOFFMAN es un excelente MECANICO

FUE MUSICO PORQUE LE IMPUSIERON ESA PROFESION SUS PADRES, PERO SUS INCLINACIONES, QUE HABIA HEREDADO DE UN ABUELO QUE EQUIVOCARA LA CARRERA, SON PARA LA MECANICA.—TIENE REGISTRADAS MUCHAS INVENCIONES ALGUNAS DE LAS CUALES LE HAN DEJADO BASTANTE DINERO.

camino adelante. La última mejora que realicé fué eliminar la gasolina en vez de la electricidad, de modo que así había se-

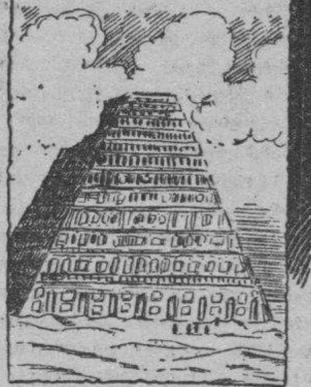
guridad para todo el mundo, porque nadie sabía cómo echar a andar el motor, excepto yo, y ese secreto no se divulgaba.

NOVEDADES



LOCOMOTORAS, VAGONES
PULLMAN Y AUN
REMOLCADORES
HAN SIDO CONDUCIDOS EN
INGLATERRA A LOS MUELLES,
EN CAMIONES

EN LA CONSTRUCCIÓN
DE LA TORRE DE
BABEL SE USÓ EL
PETRÓLEO



COSAS
QUE CONVIENE SABER



MIENTRAS MENOS MUTACIONES
SUFRAN EL ACEITE CON LOS CAMBIOS
DE TEMPERATURA, MEJOR SE
PRESTA PARA EL MOTOR
DE UN AUTOMÓVIL

EN SÚMMERLAND,
CALIFORNIA, LOS POZOS
DE PETRÓLEO ESTÁN
EN EL MAR

—¿Cuándo se hizo inventor?

—Poco después de los experimentos de Aiken, me dediqué a estudiar electricidad hidráulica y neumática, saqué los muelles de aire y los frenos, y finalmente inventé un motor hidráulico con el cual hice bastante dinero teniendo mi propia ta que mi profesión era la música. El tiempo me convenció de que no tontería exponerme a hacerme las manos bregando con maquinarias, de manera que entonces hacía era preparar los planos y gárselos a mi mecánico. No siempre de hacerlo uno todo a un tiempo, siempre sigo en la faena y creo moriré sin apartarme de la mecánica.

Me aventuré a hacerle una pregunta.

—Suponiendo que usted no fuera un buen pianista, capaz de ganar lo suficiente como virtuoso, ¿cree que podría servir una colocación como asalariado?

El maestro que puede interpretar cualquiera de sus manos a los genios de la música, soltó una carcajada por toda respuesta.

—Mi hijo—dijo— a quien también interesa la electricidad, ya ha demostrado bastante habilidad para montar aparatos de radio que funcionan perfectamente bien. Ha armado radioreceptores de cuatro y siete válvulas, y ahora está trayendo uno de doce válvulas. Me aliento a que siga haciendo estas cosas. No creo que el piano pueda impedirlo adelante en estas otras materias, pero lo interrumpe nada pienso hacer. La mente de los niños es el mecanismo más complicado que existe.

Theodore Steinway y Paul Schaeffer desearon de rescatar al mecánico de las garras del periodista, empezaron a hablar asuntos relativos a la música, que es lo que brillan los jefes de la casa Steinway. Afortunadamente, logré hacerle una pregunta en relación con los mejoramientos que se proponen realizar Hofmann en el campo de la mecánica del sonido, contestó sin rodeos:

—Estoy trabajando en un amplificador que aumente, sin adulterarlo, el timbre del piano, distribuyéndolo desde el punto central. Si logro duplicar el volumen del sonido, lo que me parece posible, me consideraré satisfecho. Este tema de amplificación es muy necesario para los conciertos públicos al aire libre o en los salones de grandes dimensiones, pues le permitirá al virtuoso del piano graduar el volumen y hacer una interpretación inteligente de la mecánica del sonido.

La conversación se hacía cada vez más interesante y ya me disponía a plantear el tema de la construcción de aparatos cuando se presentaron varios individuos que venían a hacer mudanzas de piano. Uno de los hombres comenzó a enrollar las mangas de la camisa, y como no gustó el gesto, le dijo adiós a Hofmann y tomó rápidamente la puerta de la casa.

BREVES Y MUY BREVES

NUEVA YORK

Maurice Wilcox, acusado de robar hurtos en varias casas vecinas a su domicilio, dijo: «Aunque usted no lo señor Juez, sólo estaba buscando un foro».

NUEVA ORLEANS

William Richards, de 63 años de edad, detenido por pregonar a gritos que turbaban la paz pública los trajes de dos que vendía, explicó: «Imposible: dentadura falsa que se habría salido de la boca si hubiera gritado así».

LOS LIBROS Y SUS AUTORES

El Manual de Estudios Hispano-Americanos

LA EDICION DE 1937 ESTA DEDICADA AL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL BRASIL.—ABARCA TODOS LOS ASPECTOS DE LA BIBLIOGRAFIA HISPANOAMERICANA.—INVESTIGACIONES DE RECONOCIDA AUTORIDAD HICIERON LA RECOPIACION.—UN AÑO DE PROGRESO EN EL ESTUDIO ARQUEOLOGICO Y ETNOLOGICO DE LA AMERICA CENTRAL Y MEXICO.—LA INTERRELACION DE LAS CULTURAS DEL INDIO DE NORTE Y SUD AMERICA.

arqueología, escritura jeroglífica, lingüística y antropología física. Este aspecto lo han tenido a su cargo Alfred M. Tozzer, Robert Redfield y Wendell C. Bennett; pero no por ello se ha descuidado la arqueología de Sud América ni la investigación etnológica, tan rica en resultados, en la Argentina, Bolivia, Venezuela, Brasil, Chile, Colombia, Paraguay, Ecuador, Perú y Uruguay. A estas dos últimas materias les han dedicado atención adecuada los señores Wendell C. Bennet y Alfred Métraux.

ORIGENES E INTERRELACIONES DE LAS RAZAS INDOAMERICANAS

En la imposibilidad de abarcar en un solo artículo todo el contenido capital de la obra, le dedicaremos este comentario a la arqueología y etnología, con mención especial del trabajo realizado en el año 1937.

Bajo los auspicios del Instituto Carnegie de los Estados Unidos quedaron terminadas las excavaciones de Uaxactún en Guatemala y fueron entregadas al gobierno. Además, se realizaron estudios en Kamilnaljuyu y en el río Usumacintla, en nueve tumbas recién descubiertas. El Instituto continuó sus trabajos en Copán, Honduras, colaborando con el gobierno en el estudio de la Escalinata de los Jeroglíficos.

En Yucatán se recogieron datos profusos sobre la influencia mexicana en la arquitectura de la ciudad de Chichen Itza, y se continuó el estudio de la cerámica de los mayas. La publicación del libro de Sigvald Linné sobre la expedición a México auspiciada en el 1934-35 por el Museo Etnográfico de Suecia reviste una nota significativa, pues esta expedición ha sido una de las más importantes entre las que se han mandado a dicho país en muchos años.

El Instituto Panamericano de Historia y Geografía, de México, comenzó a publicar la bibliografía de Rafael Heliodoro Valle sobre la arqueología maya y mexicana. Independientemente, pero como para complementar la labor de este Instituto se fundó en el 1937 la Sociedad Mexicana de Antropología.

La Universidad de Pennsylvania envió la séptima expedición a Piedras Negras y al estado de Chiapas en México; el Museo Americano de Historia Natural hizo un estudio de la costa occidental de este país, desde Nogales hasta Culiacán; se continuó el estudio arqueológico de Puerto Rico por el Museo Peabody de la Universidad de Yale.

La Dependencia de Monumentos Históricas de la Secretaría de Instrucción Pública de México hizo una admirable labor de investigación y restauración en Chichen Itza, Uxmal, Palenque, Tajín, Cholula, Malinalco.

En Monte Albán, Alfonso Caso sigue su trabajo en colaboración con el Departamento de Monumentos y el Instituto Panamericano de Geografía, y Eduardo Noguera adelantó mucho en el estado de Puebla con el estudio de la alfarería de Cholula.

Todas estas actividades han aumentado considerablemente la bibliografía arqueológica de nuestra América, aportando información para el esclarecimiento de los orígenes etnográficos y culturales de la raza indioamericana. En el templo piramidal del dios maya Kukulcán; en la mitología de Quetzalcoatl, con sus símbolos sagrados de la grandeza azteca y maya; en el altar de los cráneos esculpidos y en la cerámica arqueológica de Cholula; en la prehistoria tolteca-chichimeca; en los anales de los indios cakchiqueles; en los comienzos de la sociedad india y de su cultura material, encontramos la razón de ser de muchos pueblos que hoy luchan, desorientados, por abrirse paso en la vida civilizada, y que sin embargo en antiguas épocas fueron cuna de la sapiencia primitiva en el escenario colosal de las razas aborígenes de América.

México, la península de Yucatán y Centro América, desfilan a grandes rasgos en la recopilación del Profesor Hanke. Antes de penetrar en Sud América propiamente dicha, recoge en la sinfonía etnográfica los portentosos sonidos de las Antillas con su contribución de sangre negra al drama de las edades y las razas. Hay una psicología mestiza en la América meridional, y un psicología mulata en el mundo antillano, que tienen sus raíces en el pasado precolombino y colonial. En Puerto Rico, ha quedado disuelto el elemento genuino, pero en Cuba y en Haití, entre la música sagrada de los negros yoruba y las ceremonias grotescas del Vodú, lo africano perdura con características emocionales auténticas, aunque menos fuertes que las del indio del meridión.

LAS CULTURAS PARALELAS DEL INDIO DE NORTE Y SUD AMERICA

Tan interesante como los ciclos del maya, del azteca, del chapoteca, es en la arqueología y etnografía continentales la historia coherente de las tribus sudamericanas. En el 1937, las actividades desplegadas en este campo han sido fecundas, especialmente en Perú y Colombia. En esta última república, el Museo Nacional, el Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos, y el Instituto Arqueológico de Cuzco, hacen una labor altamente meritoria. Luis E. Varcárcel, Juan J. Delgado, Jorge C. Muelle, Julio C. Tello, Luis A. Pardo y José María Franco son figuras que corresponden allí a los mexicanos Alfonso Caso, Alfonso Villa, Eduardo Noguera, al padre Granado Baeza y a Rubén M. Campos. El recientemente fundado Instituto de Investigaciones Andinas trabaja actualmente en Perú, Bolivia y Colombia.

Las expediciones colombianas empiezan a dar bastante buen fruto. Gustaf Bolinder, de la Universidad de Bogotá, hizo las excavaciones del cementerio de Sopó en el departamento de Cundinamarca. Descubrió cuarenta y dos tumbas con indicios de ritos y alfarería

de los indios Chibcha. Gregorio Hernández de Alba excavó cuatro tumbas cerca de Tunja, bajo los auspicios del Ministerio de Educación. El Museo del Colegio de Boston mandó a Hermann von Walde-Waldegg a continuar sus estudios en San Agustín.

Los artefactos de oro del Perú, excavados por Julio C. Tello en la hacienda Batán Grande en el Valle de Lambayeque, han revelado interesantes aspectos de la época última de los Chimú. Tello dirigió la más importante expedición del año a Lachay, Huaura Pativilca. Tres meses de trabajo en Casma les bastó para descubrir el templo de Cerro Sechín, cuya piedra labrada puede revolucionar los conceptos hasta ahora existentes sobre la cronología peruana.

Las investigaciones en la Argentina han sido pocas, aunque en la bibliografía del 1937 se han tratado, entre otros temas, la nación pampa con sus tribus y artes industriales, por Enrique Amadeo Artayeta; los hallazgos arqueológicos del Arroyo Leyes, con sus indicios de cultura guaraní, por Manuel A. Bousquet; la civilización chaco-santia-guense, por los hermanos Duncan y Emilio Wagner. Perea y Alenon publicó en Montevideo sus apuntes sobre la historia indígena del Río de la Plata y la banda oriental del Uruguay, como introducción a la filología comparada de las lenguas y dialectos Arawak.

Examinando el acopio de obras y trabajos realizados, vemos las señales claras de la interrelación de las razas y culturas del continente. Fritz Buck ha hecho un estudio del calendario maya en la cultura de Tiahuanacu, en Bolivia, y otras autoridades en la arqueología de la provincia de Oruro y la antropología y sociología de las razas interandinas, nos han legado material bellísimo sobre los grupos étnicos de aquellas regiones, los Uros, los Collas, los Chipayas, etc.

En la región del Ecuador, el 1937 señala una época de estudio de la metalurgia y la tecnología del oro y el platino entre los indios precolombinos. Paul Bergsøe ha publicado en Copenhague un folleto ilustrado sobre el asunto, por demás desconocido entre los interesados en tales materias. Jaime B. Barrera ha vertido al castellano la bibliografía de la obra de Louis Baudin «El imperio socialista inca». Max Uhle nos ha dado una descripción breve de las ruinas de Cochacqui, construcciones incaicas del norte del país.

Alfred Métraux, de la Universidad de Yale, a cuyo cargo ha estado la compilación de los trabajos de etnología sudamericana en este tercer volumen del Comité de Estudios Latinoamericanos, dice lo siguiente en la introducción a su sección:

«Sud América es una de las pocas regiones del mundo donde hay comarcas en las que la vida nativa no ha sido influenciada extensamente por la civilización moderna, pero esta situación no durará mucho. Afortunadamente, algunos antropólogos norteamericanos se están dando cuenta de que el estudio de la etnología del indio americano no puede ser limitado por la frontera artificial del Río Grande. En las culturas de los indios de Norte y Sud América se han encontrado paralelos, y algunos etnólogos están buscándoles solución ahora a los problemas generales de sociología entre las tribus de la Patagonia o del Brasil».

Se quema Métraux de la limitada colaboración original que las instituciones hispano-americanas hacen a este trabajo de estudio de la etnología, dedicando los fondos de que disponen a la arqueología y a la compilación de obras. Encomia la labor de los Padres Dominicos del Perú en el ramo de la antropología, y las actividades del Instituto de Biología Andina. Como ejemplo de lo que se puede hacer, cita la publicación en el 1937 del segundo tomo de la monumental obra del doctor Martin Gusinde sobre la Tierra del Fuego. Este libro habla en detalle sobre la cultura del Yamaná. Las expediciones del doctor Gusinde fueron auspiciadas por el gobierno de Chile.

El creciente interés que existe en los Estados Unidos por todos los asuntos de Hispano América culminó hace algunos años

en la formación del Comité de Estudios Latinoamericanos, en el que figuran prominentes autoridades en las humanidades y las ciencias sociales de aquella nación. Este Comité, presidido por el profesor C. H. Haring, acaba de publicar el tercer volumen anual de sus trabajos, que es un Manual en el que se exponen a manera de guía, los detalles de las obras publicadas y la labor hecha durante el año 1937 en los países de habla hispana, en los ramos de antropología, arte, economía, filología, educación, folklore, geografía, gobierno, historia, relaciones internacionales, de filología y literatura.

El presente volumen, compilado bajo la dirección de Lewis Hanke, Profesor de historia de la Universidad de Harvard, ha sido publicado por la imprenta de dicha Universidad con la ayuda de la Fundación Rockefeller. Consta de 635 páginas sobre más de 700 obras y publicaciones de 1937, valiosas para las personas que seriamente se dedican a fomentar las buenas relaciones entre las naciones del continente, con la vista puesta en ese ideal que sirve de lema a la Fundación Carnegie de la Paz Internacional: «Pro patria per orbis concordiam». Está dedicado este tomo al Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, la sociedad cultural más antigua de Hispano América, en conmemoración del centenario de su fundación el 21 de octubre de 1838.

LOS AGENTES INTELLECTUALES DE NUESTRA AMERICA EN EL MUNDO

Del grupo de colaboradores a estas ediciones del Comité de Estudios Latinoamericanos puede decirse que son todos activos propulsores de eso que los políticos de ahora han dado en llamar «la solidaridad continental». En su mayoría norteamericanos, cuentan sin embargo con la ayuda eficaz de hispanos prominentes como Francisco Aguilera, Ernesto Galarza, Concha Romero James, M. B. Lourenço Filho y otros. Relacionados como están con institutos universitarios en todas las regiones geográficas de los Estados Unidos, su labor resulta de una significación profunda. El profesor Haring se ha rodeado de figuras destacadas en los diversos ramos del saber humano, de modo que las publicaciones del Comité constituyen un sumario concienzudo del avance cultural de Hispano América y de sus contribuciones renovadas a la civilización.

La ordenación de las materias del libro que nos ocupa no ha podido hacerse con mayor pulcritud. La simple mención de algunos nombres de personas que han prestado concurso al compilador Hanke servirá para indicar la amplitud de miras con que ha sido ejecutado el trabajo: José María Chacón y Calvo, Emilio Roig de Leuchsenring, Arturo Torres-Rioseco, Luis Alberto Sánchez, Daniel Samper Ortega, Rafael Arévalo Martínez, doctor Jorge Basadre, Gregorio Castañeda Atagón, Higinio Cunha, doctor Ricardo Donoso, A. González Prada, Carlos García Prada, Charles E. Bábcock, Henry P. Crawford, Mario Melo, Osvaldo M. B. de Oliveira, Richard Pattee, Alberto Rembao, Antonio S. Pereira, Carlos de Silveira. La lista es extensísima, y en honor a la verdad hay que decir que las personalidades que aparecen en ella poseen la competencia necesaria para hacer labor de interpretación y para informar sobre las cuestiones relativas a los temas en que han sido consultadas.

Por haber sido dedicado el volumen al Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, a esta nación le ha correspondido un tratamiento más amplio que al resto de Hispano América, norma que probablemente seguirá el Comité con otros países en futuras ediciones del Manual. Según los aspectos de que se trate, cada sección importante del continente tiene su sitio de preferencia.

La América Central, por ejemplo, es el campo más propicio para los estudios sobre

GUILLERMO II, sus hijos y la Alemaniade Hitler

El Kaiser sigue apegado a la vida que quería arrebatárle Lloyd George de acuerdo con el artículo 227 del Tratado de Versalles.—Sus hijos viven en Alemania y varios de ellos han trabajado febrilmente por el triunfo de los postulados del "Führer".

A HORA que Adolfo Hitler ha hecho una Alemania más grande y poderosa que la de 1914, muchas personas se preguntan: ¿qué ha sido del Kaiser y de aquellos sus seis arrogantes hijos que antes de la guerra paseaban sus apuestas figuras cubiertas de condecoraciones por las calles de Berlín?

El Kaiser, el soberano abdicado a quien Lloyd George quería colgar—a cuyo efecto se le dió forma al artículo 227 del Tratado de Versalles—hace vida rural en su granja de Doorn, Holanda, y rara vez se viste con el uniforme imperial en que pintores y artistas de todas clases lo legaron a la posteridad.

De sus hijos el más pequeño, el príncipe Joaquín se suicidó en 1920, en aquellos negros días de la desmembración y la tragedia alemana. El que le seguía en edad, el príncipe Oscar, vive en Postdam y se dedica a pronunciar discursos enalteciendo la figura de Hitler. Otro nazista de fibra es el cuarto hijo del Kaiser, el príncipe Augusto Guillermo, miembro activo de las fuerzas de choque del dictador alemán.

El príncipe heredero, Guillermo, reside en Oels, se dedica al negocio de criar puercos y es partidario incondicional de Hitler. Los otros dos hijos del emperador, Eitel Friedrich y Adalberto Fernando, viven en Potsdam y Hamburgo, respectivamente, y hacen vidas más retraídas.

El ex Kaiser, a pesar de sus años—nació en Berlín en 1859—parece hallarse lleno de salud y todavía busca ejercicio partiendo leña en los campos de su propiedad holandesa. La negativa del gobierno holandés a entregarlo a los aliados que querían, de acuerdo con el mencionado artículo 227 del Tratado de Versalles someterlo a juicio especial, río de «suprema ofensa contra la moralidad internacional y la santidad de los tratados», tal vez le salvó la vida. Y Guillermo ha querido prolongar esa vida todo lo posible, acaso por el mismo fenómeno que se produce en ciertos suicidas que, una vez que los han salvado, se aferran a ella con renovados bríos.

Del Kaiser se dice que cuando perdió la esperanza de una victoria alemana, quiso acudir al campo de batalla, para perecer en él como un héroe. Sus generales lo impidieron. En cuanto a la idea del suicidio que tantas veces entrara en el cerebro de los líderes derrotados, Guillermo siempre la rechazó como indigna de un soberano de su alcurnia.

A pesar de sus alianzas con Italia y el Japón—que en estos momentos de la victoria japonesa en China parece han sido robustecidas—Hitler ha pensado siempre en la conveniencia de una alianza con Inglaterra. También Guillermo II se inclinaba a esa



EL KAISER GUILLERMO II

alianza, si bien los personajes que tenía a su alrededor la hicieron imposible. En el libro recientemente publicado por George Sylvester Viereck—una de las personas más allegadas al ex Kaiser en el destierro—con el título de «El juicio del Kaiser», se hacen afirmaciones que retratan a Guillermo II como un gobernante más hábil de lo que la generalidad de la gente cree. Si él hubiera dirigido en realidad la política de Alemania en las dos primeras décadas del siglo, otro pudo haber sido el hado de su imperio.

Guillermo, hijo de Federico III y de la emperatriz Victoria—hija favorita de la gran reina inglesa del mismo nombre y hermana de Eduardo VII—desarrolló cierto complejo de inferioridad debido a la parálisis de su brazo izquierdo. El futuro emperador había nacido normal, pero la labor de un médico poco apto le causó el mal irreparable. Parece que aquel hecho desgraciado agrió el carácter del muchacho hasta el punto de su madre la emperatriz llegó a detestarlo. Su abuela, la reina de Inglaterra, por el contrario, le escribía cartas llenas de consejos y sabiduría, consejos que, desgraciadamente, Guillermo echó muchas veces en saco roto.

El gran Bismarck le hizo frente, sin éxito, a las bravuconerías del joven monarca que, acaso por reflejos del complejo mencionado, no podía admitir que, públicamente, imperrara una voluntad por encima de la suya. De ese modo, el «Canciller de Hierro» tuvo que retirarse a la vida privada en una época en que su habilidad política y sus conocimientos de las flaquezas humanas, pudieron serle decisivos al imperio que él había creado.

Aun a Ciegas,
se DISTINGUE el

Dentol

Por su sabor agradable,

Por su perfume discreto,

Por su superioridad incomparable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días da a los dientes, una blancura resplandeciente.



Tubo mediano \$0.20

Tubo grande \$0.40

Representantes Exclusivos:
APARTADO 214.

Habana

EL PROBLEMA DOMESTICO

Cuando la Mujer Trabaja Fuera del Hogar

Cuando marido y mujer trabajan, esa pareja tiene que resolver problemas especiales agregados a los muchos que mantiene la vida matrimonial.

No hay tema más debatido en nuestros días que este de si las mujeres casadas deben trabajar. Parece, sin embargo, que la razón ha abierto camino definitivamente. Las mujeres son seres humanos y sea que quieran casarse o no, divorciarse o no, trabajar o no, deben tener la misma libertad para elegir el camino de vida que tiene el hombre. Una mujer inteligente hará la elección apropiada, una tonta cometerá errores, y una egoísta hará lo que le parezca más agradable en el momento en que resuelva sin pensar para nada en nadie más que en ella. No puede darse un consejo general acerca de los matrimonios que confrontan esta posición de ajuste que implica el hecho de que marido y mujer tie-

Naturalmente, en tales casos el trabajo doméstico debe ser compartido... No hay tontería más grande que esa de que las labores del hogar no son trabajo para hombres.

nen trabajo fuera de casa. Lo que sí debe establecerse bien claro es que el hecho de que una mujer sea casada no significa que deba renunciar a ganarse la vida y aportar mayor renta al hogar. Naturalmente, en tales casos el trabajo doméstico debe ser compartido también de alguna manera. Tengo a la vista una carta que consulta un caso peculiar en relación con este tema. Firma «una esposa mortificada». Dice que trabajó durante tres años a raíz de su matrimonio, luego renunció a su empleo y dos hijos vinieron a adornar su hogar. Ahora esos niños tienen

5 y 7 años de edad respectivamente. Hace un año su marido perdió su empleo y tras de algunas semanas de buscar otro, le pidió a ella que fuera a hablar a la oficina donde ella había trabajado, a ver si podrían darle trabajo a él. Fué que su ex patrón no tenía empleo para Roberto pero le ofreció un buen sueldo a ella si volvía a trabajar.

«Durante algunas semanas, escribe, Roberto hizo el trabajo de la casa, pero luego dejó de hacerlo por completo. Ahora ni siquiera se ocupa de colgar su propio abrigo cuando regresa a casa. Por algún tiempo si-

guió buscando empleo pero luego abandonó esto también. Ahora se levanta tarde, se viste cuidadosamente, se va a las calles céntricas de la ciudad pasando por el almacén a buscar cigarrillos que carga a mi cuenta, y, por lo general, no regresa hasta la hora de comida en la noche.

«Yo estoy nerviosa y cansada todo el tiempo, y hasta los niños están perdiendo su buen carácter. No tienen el menor respeto por su padre, y la poca ayuda que me prestan en los menesteres domésticos es a regañadientes porque Roberto les ha dicho que los niños no tienen por qué encargarse de las labores del hogar. Además son niños nada más, y apenas si puedo encargarles labor alguna que alivie considerablemente la mía.

«Esta es una vida miserable y en realidad no sé que hacer para cambiarlo. No puedo abandonar mi empleo y dejar que nuestra renta caiga a cero y, sin embargo, me duele el corazón de pensar que no puedo atender como querría a la educación de mis hijos. ¿Quién tiene la culpa de todo esto? ¿Cómo puedo empezar a poner remedio?»

No parece que haya duda alguna de que la culpa es entera de ese padre y marido. Lo menos que podría hacer para ayudar a esta valerosa mujer es encargarse de la casa y tener todo en su sitio y la comida hecha cuando su mujer regrese cansada de la oficina. No hay tontería más grande que esa de que el trabajo doméstico no es trabajo para el hombre. La verdad es que pueden resultar magníficos en esa labor y, por lo general, son mucho mejor cocineros que la mujer. Si puede ganar lo que gana su mujer, que vaya y lo pruebe. Si no, que a lo menos coopere con su mujer en salvar a ese matrimonio y ese hogar.

Este caso no significa que haya algo de equivocado en la teoría de que la mujer casada no debe emplearse. Desgraciadamente, la construcción matrimonial es tan delicada que siempre está en peligro de ser arruinada por la estupidez, crueldad o egoísmo de cualquiera de los cónyuges. Ese Roberto es el tipo preciso del hombre que jamás tendrá éxito en el matrimonio ni en cosa alguna.



LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS,
LAS JOVENES QUE FATIGA LA
FORMACION ENCUENTRAN EN EL

QUINIUM LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



Dos Príncipes y Una Princesa del Teatro

VICISITUDES DE LA FAMILIA BARRYMORE. JOHN LEE A HUGO Y A BALZAC Y SE SIENTE FASCINADO.—UNA CASA CON TREINTA Y CINCO PERROS.—PRIMERAS REPRESENTACIONES PROFESIONALES EN EL TEATRO.—MAURICIO BARRYMORE VA A LA GALERIA A VER EL DEBUT DE SU HIJA ETHEL.—TRES MIL DOLARES POR UNA BUTACA.—EL EMPRESARIO LEE A SCHUBERT.—ETHEL, PRIMERA ACTRIZ DE SIR HENRY IRVING

por JOHN BARRYMORE

CAPITULO IV

EN algunas ocasiones, cuando papá se acordaba de mandar dinero, podíamos vestir bien y vivir rodeados de lujos. La mayor parte de las veces, sin embargo, hacíamos vida de pobres.

Mi padre, Mauricio Barrymore, era un hombre alegre, irresponsable, talentoso, elegante y encantador. Todo el mundo le quería bien. Creía que el dinero era para ser gastado rápidamente, y de ser posible, caprichosamente. Era capaz de gastarse hasta el último centavo en cualquier locura.



Lionel Barrymore, después de haberse consagrado en Broadway en la obra «La Serpiente».



John Barrymore, en la época en que pagó 3,000 dólares para asistir al debut de Lionel, y presenciar su primer exitazo en la escena, en el drama «La Serpiente».

Recuerdo claramente cuando vivíamos en la calle 90 de Nueva York. Mamá con sus tres muchachos y sin un peso para pagar las provisiones, en espera de que regresara papá de una tournée por el Oeste. Siempre que el viejo volvía había algo que celebrar, y en esta ocasión que viene a mi memoria hubo doble motivo, pues nos trajo un cachorro de oso que había adquirido de un traficante de animales en la ciudad de Kansas. A nosotros nos llegó de alegría aquel osito, pero mamá se puso a llorar. ¡Quizás no comprendíamos la situación!

Hasta mucho tiempo después no nos enteramos de la tragedia: papá había regresado sin un penique en la bolsa. Había invertido todo su capital en la compra del oso. Al morir mi madre, sus últimas palabras fueron: «¡Pobres hijos míos! ¿Qué va a ser de ellos ahora?»

Mirando retrospectivamente, me doy cuenta que esta vida que nosotros estábamos tomando con tanta gracia, tenía varios elementos de tragedia. Ninguno de los tres recibimos la educación que recibe hoy un estudiante de alta escuela. Por fortuna, heredamos de papá un gran amor hacia los libros. El se había graduado en la Universidad de Oxford, era hombre de alta cultura inglesa y tenía preparación para el servicio del gobierno en la India. Donde quiera que estuviéramos siempre había buenos libros para leer y nosotros los devorábamos cuando caían en nuestras manos.

Yo descubrí a Víctor Hugo a los doce años y corrí a darle la noticia a Lionel, como un minero que acaba de encontrar un grano de oro:

—¡Bah! —me contestó. Ethel y yo leímos todos esos libros hace muchos años!

Pocos años más tarde leí a Balzac por primera vez, y le indiqué a mi excelente amigo

el periodista Frank Butler que estaba de que era un gran autor.

—¡Magnífico! —exclamó Frank. Aunque tú no lo creas hay infinidad de personas que conocen a Balzac sin necesidad de que los Barrymore intervengan para en el asunto.

UNA CASA CON UN PRINCIPE NEGRO Y TREINTA Y CINCO PERROS

Durante un verano en que la fortuna de la familia iba de mal en peor, Lionel y yo fuimos mandados a una casa que mi padre poseía en Staten Island. Nos cuidaba un pático negro viejo a quien llamábamos cariñosamente «El Príncipe Negro». Este hombre inteligente nunca nos obligaba a lavar la cara, ni a arreglar las camas, ni a lavar los trastos. Eramos tres, acompañados por los perros, en una agradable temporada de niega en la bahía de Nueva York.

Los perros eran de cruce esquimal. El mandante Peary le había regalado a mi padre cuatro de los perros de trineo que lo llevaron a él a descubrir el Polo Norte, y él de los 35 que ahora formaban la colección canina de la casa, fué el resultado normal de una serie de aventuras matrimoniales en nuestro interesante vecindario.

Treinta y cinco perros son muchos perros, casi una hectárea de perros. Puntualmente por la casa como si fuera su palacio, saltando en nuestras camas, persiguiendo a los gatos y ladrándole a la luna. Teníamos, retrospectivamente—yo primero—nueve y diez años de edad, y aquello nos parecía la vida.

Con frecuencia no había al alcance de la mano nada que comer, porque papá no era muy adicto a eso de remesar los fondos. Pero el negro Eduardo, valiéndose del magnetismo de su irresistible personalidad, siempre lograba sacarle al tendero las provisiones necesarias para nuestro sustento. De vez

alguien nos ofrecía un dólar—en ocasión cinco dólares—por un perro, por fuerte que fuera el hambre jamás habíamos cometido semejante herejía.

En una familia de gente de teatro podía tener lugar una situación tan rara como ésta: dos muchachos menores, un viejo y treinta y cinco perros lanzados al mundo. Se me antojaba soberbia la experiencia.

El negro Eduardo nos quería con devoción genuina y entre él y nosotros creció una amistad no muy diferente de la de Huck y Finn y el negro Jim, en la hermosa novela de Mark Twain. Este libro es mi favorito y lo leo una vez al año para celebrar con alegría aquel inolvidable verano que pasé con mi hermano Lionel y con el negro. «El Príncipe Negro».

Un día recibí una carta de mi abuela, que vivía en Long Beach, en la que nos informaba que vendría a visitarnos. Trabajamos unos días limpiando y barriendo la casa, lavando los pisos, poniendo en orden el jardín. Hasta llegamos a arreglar las camas y lavar los perros. El día del acontecimiento, el Príncipe Negro se vistió con su camisa blanca y amarilla, que era su prenda de gala. Lionel y yo nos bañamos y nos pusimos nuestras mejores ropas que teníamos.

Nos sentamos en el balcón a esperar. Ni siquiera tomamos el almuerzo. Nos pasamos todo el santo día, saltando de los asientos una vez que se acercaba un coche procedente de la estación. Mi abuela no llegó y esa noche nos fuimos a dormir decepcionados. Al día siguiente recibí un telegrama en el que nos preguntaba por qué Lionel y yo no habíamos ido a verla, y al leer la carta de ella nos dimos cuenta de que nos invitaba a ir a su casa. Le contesté que no teníamos plata, y poco días después me mandó lo suficiente para un boleto de ferrocarril y para el carruaje que había de llevarme desde la estación.

No envió dinero para Lionel, porque en aquel verano la Duquesa solamente podía pagar un boleto y yo era su nieto favorito. Recordamos que al partir de la casa y despedirme de Lionel y el Príncipe, situados a la entrada, se me atravesó algo en la garganta que me hizo llorar. Me pareció terrible abandonar así al pobre Lionel, un muchacho de 13 años, sensitivo y de buen corazón. Aunque había de regresar al cabo de breves días, yo habría de encontrarlo a él, pues el favoritismo de abuelita lo hirió tanto que desde entonces apenas nos hablamos más.

Lionel era un ciudadano capacitado y honorable, que jamás hacía cosas malas. Ethel me conducía siempre como una perla. En cambio, yo estaba constantemente metido en líos, como mi tío Sidney Drew. Y mi abuela me consideraba a mí su nieto predilecto, como había sido su favorito su hijo Sidney en vez del otro John Drew.

El primero en ingresar en el teatro fue Lionel. Contaba 15 años de edad y mi abuelita le dio un papel insignificante en la obra «Los Rivalet», en que ella hacía una de sus mejores caracterizaciones, la señora Malaprop. Al cabo de algunos meses, Lionel abandonó el reparto y entonces abuelita le dio el papel de Ethel. Esto sucedía en el 1894. Siete años después, cuando yo tenía 21 años, decidí olvidarme de la carrera de pintor y dedicarme a la tradición de la familia, para no perecer de hambre. A Ethel le tocó, por supuesto, iniciarme en las tablas, en la obra «El capitán Jinks y los jinetes marinos».

En esta obra Ethel se consagró como estrella a los 21 años también. Lionel contaba 25 cuando triunfó por primera vez, haciendo el papel de amolador italiano en una divertida pieza teatral. Lionel tomó en serio el trabajo y secretamente aprendió el dialecto de los italianos del pueblo, practicándolo día y noche hasta que sorprendió a su tío John Drew quedándose con los laureles de la representación.

El tío John, que siempre había mirado a Lionel como un muchacho sin promesa a quien debía soportar por tratarse de un miem-



Ethel Barrymore tal como aparecía en la obra «Domingos».

bro de la familia, no salía de su asombro, y después del incidente solía presentarlo como «mi sobrino, al lado del cual, en la presente obra hago un papel sin importancia».

Yo llegué a los 27 antes de hacer algo que valiera la pena como actor. En 1909 hice «El cazador de la suerte» y me consagraron como astro.

La estrella Ethel ganaba 125 dólares semanales, Reeves Smith, su primer actor, ganaba 250, y Edwin Stevens, el característico, 200 dólares. No fué sino después de hacer el papel de Madame Trentoni durante toda una temporada, cuando el empresario, Charles Frohman, le aumentó el sueldo y lo igualó al de Smith.

Desde entonces nunca pude enterarme de los sueldos que cobraba esta encantadora mujer, ni de los de mi hermano Lionel. Entre nosotros nos cuidamos bien de no decirnos esas cosas, ni de preguntarlas. En ocasiones, desde luego, yo iba a Ethel y le comunicaba que estaba limpio, y entonces ella procedía a solucionar el problema. Ninguno de los tres hemos averiguado jamás lo que los otros ganaron en la película «Rasputín».

LA MANZANA ROJA, SUPERSTICION DE LOS BARRYMORE

Cada vez que hay algún estreno Barrymore, hacemos todo lo posible por estar presentes, y siempre le mandamos una gran manzana roja al de los tres que le toque esa noche. Es ya una tradición de la familia enviar esta manzana, y supongo que puede llamarse nuestra única superstición.

Fuí al estreno del Capitán Jinks con la esposa de John Drew, hijo, y otras personalidades prominentes, y nos sentamos en un palco. En los entreactos escuché a Elizabeth Marbury decirle al autor de la obra, Claude Fitch, que era un drama malísimo y que no duraría una semana. Las representaciones consecutivas, no obstante, se alargaron durante dos años.

Al terminar la función de estreno, nos trasladamos al camerino de Ethel para felicitarla. No había una notabilidad más en la habitación. Había gente de sociedad y actores de renombre. Todos opinaban que la representación había estado colosal.

—¿Dónde está papá?—preguntó Ethel. Nadie supo contestar.

—Prometió venir—prosiguió, desilusionada. Es mi primera función como estrella y no ha venido.

Después nos enteramos de que Mauricio Barrymore, el hombre de las candilejas, había preferido presenciar el debut de su hija desde las gradas, llorando de alegría, y que se había marchado al terminar la función. Aquel era un bello momento en su vida y quiso

irse a casa para gozarse alejado de la multitud aglomerada en el camerino.

Ethel se encontraba fuera de la ciudad cuando yo estrené «El cazador de la suerte», pero Lionel estaba con Kid McCoy, el boxeador que acababa de salir bajo palabra de la prisión de San Quintín. El dramaturgo Augustus Thomas había escrito «La única mujer», en que el héroe era una especie de Kid McCoy, y para aprender bien el papel Lionel se hizo amigo del pugilista.

Después de la función, Lionel, Kid y yo nos fuimos a cenar y a tomar champaña. No había duda de que había triunfado en toda la línea. Ya era una estrella del teatro. Seguramente mencioné el hecho sin esperar a que se abriera el champaña, como suele suceder entre actores.

—Oiga, niño!—repuso Kid McCoy. Recuerde lo que dijo Bill Mizner. Hay que ser amables con los que suben, porque luego los encontraremos en la caída.

Nunca he podido olvidar aquella frase.

JOHN PAGA 3.000 DOLARES PARA VER EL DEBUT DE LIONEL

La representación más famosa de Lionel Barrymore la hizo en «La serpiente». Como sospechaba que su debut iba a ser un éxito, no quería perder la oportunidad de estar entre el público, a pesar de que esa noche tenía que hacer el «Peter Ibbetson» en la ciudad de Hartford.

El gerente de la compañía de «Peter Ibbetson» era Lee Shubert, pues hacía poco su hermano Sam había perecido en un accidente ferroviario. La noche del estreno de la obra de Lionel, hice arreglos con Lee Shubert para suspender la función en Hartford y pagarle yo la entrada de taquilla, de manera que pudiera asistir al estreno de mi hermano en Nueva York.

El comediógrafo Edward Sheldon me acompañó. Ocupábamos butacas en las galerías, y al subir el telón le dije:

—Este asiento me ha costado 3.000 dólares. Si Lionel no hace un buen papel, lo mato.

La función valía los 3.000 dólares. Era una obra magnífica y la caracterización de Lionel resultó suprema. Quince veces tuvo que salir al proscenio a recibir los aplausos del público.

Al día siguiente me fuí a ver a Lee Shubert, satisfecho del negocio hecho.

—No te apures, John!—me dijo Lee.

—¿No me apure por qué? Suspendiste la función y perdiste 3.000 dólares. Yo vi a mi hermano en el momento más grande de su vida y pago con gusto esa cantidad.

—¡Bah!—replicó Lee. No tienes que pagar un solo centavo. Me alegra hacer esto

por tí. Recuerda que yo también quería mucho a mi hermano Sam.

El primer gran triunfo de Ethel tuvo lugar, en realidad, en Londres, cuando sólo contaba 17 años de edad. William Gillette la había llevado a Inglaterra para que tomara parte en la obra «Servicio Secreto», y al terminar la temporada los demás artistas regresaron a Nueva York. Ethel decidió permanecer en Londres y buscar algo en una compañía inglesa. Quería sacar provecho de estos nuevos contactos, y, además, estaba interesada en triunfar en el mismo país donde nuestros antepasados habían conquistado tantos laureles.

De teatro en teatro, sin conseguir nada, iba Ethel buscando colocación. Socialmente era un éxito, pero financieramente un fracaso. Vivía en una casa modesta en el segundo piso de la librería de William Heinemann, en la calle Bedford, y se cosía sus ropas. Contaba entre sus amigos a Whistler, Richard Harding Davis, Anthony Hope, Justin Mac Carthy y Cissy Loftus. Cissy había de lanzar la moda, siete años más tarde, de imitar a Ethel Barrymore, recitando la célebre oración: «That's all there is, there isn't any more». A Ethel le encantaban las imitaciones que hacían de ella Miss Loftus y Elsie Janis. Las demás, algunas de ellas eran verdaderamente abominables.

A veces conocía en las reuniones sociales de Londres notabilidades del teatro y con frecuencia se encontraba en estos sitios con Ellen Terry y Sir Henry Irving, las dos figuras máximas entonces de la escena inglesa. Una vez Ethel bailó con el Príncipe de Gales, ataviada en el ceñido vestido de terciopelo que ella misma se había hecho para sus noches de aristocracia.

Por esa época estaba decidida a no aceptar más favores ni de la familia ni de los amigos. A los 17 años quería ser Ethel Barrymore, sin muletas de ninguna clase. Tío John Drew estaba en Londres y podría ayudarla cuando ya no le quedaba ningún camino salvador, excepto el de regresar a New York, pero más firme fué su resolución de no pedir favores.

SIR HENRY IRVING LA SELECCIONA COMO SU PRIMERA ACTRIZ

Estaba preparando su equipaje para marcharse, cuando recibió un telegrama de Sir Henry Irving en que la invitaba a que lo fuera a ver. Acudió a la cita en seguida.

—Le gustaría el papel principal de la obra «Las campanas»?—preguntó el eminente actor.

Ethel no recuerda su respuesta. Una chica americana, de 17 años, trabajando al lado de Sir Henry Irving! La contrataron, como en un delirio emocional. Aquél ha sido el momento más grande de su vida. No se explicaba por qué las casas de comercio continuaban abiertas y por qué no se declaraba ese día fiesta nacional, con cohetes y fuegos artificiales, el Parlamento cerrado, y la Reina Victoria descendiendo del trono para venir a expresarle sus felicitaciones.

Esa noche se puso su famoso vestido de terciopelo negro y fué a cenar en compañía de unos amigos. Estaban presentes la señora de Patrick Campbell, y el tío John Drew con su esposa y su hija. En medio de la conversación, la señora Campbell dijo, dirigiéndose a mi hermana:

—Ethel, me informan que te marchas a los Estados Unidos por no haber encontrado nada aquí. Es lamentable querida.

—No,—contestó Ethel—no me marché!

—¿Cómo que no?—preguntó tío John, asombrado.

—Voy a trabajar de primera actriz con Sir Henry Irving—añadió sin el más leve rasgo de importancia.

—¡Santo Dios!—exclamó la señora Campbell. ¿Qué estará pensando Sir Henry con esta niña de 17 años?

Tío John se levantó de su silla, se le acercó a Ethel, le besó en la frente y exclamó: —¡Buena muchacha!

Luego se devolvió a su asiento, como si le acabaran de conferir una gran condecoración.

«Consagro lo esencial de mi vida presente a que mi público—que es el de los grandes periódicos y revistas del Nuevo Mundo—reciba rápida y fielmente las palpitaciones de Europa», dice Carlos Deambrosis-Martins.

LLEVA ya varios años Carlos Deambrosis-Martins en París. Su obra ha sido vasta, fecunda, durante ese tiempo, como saben cuantos le siguen; pero esa obra se halla dividida en dos partes, una que pudiéramos llamar de índole meramente personal, interesantísima a todas luces, la otra de carácter que calificaríamos de colectivo y de la cual él es el timón y la mano que gobierna. La primera etapa de Deambrosis-Martins —allá por el año 1926—fué aquí como conferenciante, como crítico literario, como activo propagandista de lo mejor de América en Francia y de los valores franceses por los ámbitos de nuestro idioma. Conferencias en la universal Sorbona, en los salones de las «Sociétés Savantes», etc.; artículos en los más prestigiosos periódicos y revistas; libros de acento personalísimo que merecieron unánimes comentarios de elogio. Gabriela Mistral, en un ensayo que le consagrara hace ya un lustro, ha escrito que «su trabajo en periódicos ha inundado el Continente y no hay suceso de esta década que haya escapado a la garra alerta de su comentario combativo».

Francis de Miomandre, el archiconocido y archilustre escritor, solicitado ya en primer plano por Blasco Ibáñez para ilustrar con su nombre y obras la editorial de novelas que el autor de «Mare Nostrum» dirigía, dijo a la sazón de uno de aquellos trabajos del escritor americano:



Carlos Deambrosis Martins, y sus cinco chicos, en su residencia de Ville d'Avray, en los alrededores de París.

La vida de los escritores hispano-americanos en PARIS

por

MIGUEL PEREZ FERRERO

«El día en que, en todos los terrenos de la actividad social, una fraternidad auténtica, teniendo como base lo espiritual, haya agrupado por fin a las naciones y a las razas de lengua latina, aquel día solamente (y ojalá esté próximo) podrá medirse la importancia del papel representado por Carlos Deambrosis-Martins...»

Antes y después de este elogio había habido muchos, muchos ha habido: Barbusse, el autor de «El Fuego»; Unamuno; José Vasconcelos; el historiador Carlos Pereyra; Jean Royère; el discípulo de Mallarmé; Manuel Ugarte, etc., y tantos y tantos otros que sería interminable recordar.

Lo cierto es que Deambrosis-Martins, en la Ciudad Luz, que es siempre ciudad de maravillosas ilusiones, pero que es donde las dificultades de la lucha hacen casi imposible que esas ilusiones se conviertan en realidades, fué abriéndose paso a fuerza de talento, de habilidad y de energía, y, después de haber visitado casi toda Europa, desde España a Noruega, se situó sobre la firme plataforma que es hoy su privilegiado mirador y le sirve para transmitir a sus lectores lo que desde ese puesto contempló.

UNA GIGANTESCA EMPRESA

¿Fué así cómo concibió la más vasta empresa a la que hoy dedica—nos atreveríamos a decir—lo mejor de sus actividades y lo más precioso de su tiempo?

En casa del escritor

Es una tarde del final de año pasado que ha sido pródigo en inquietudes para Europa y en que todavía es difícil adivinar para este 1939, naciente si los horizontes tendrán límpidos azules pacíficos, o serán de un rojo de bélicos ardores.

El tren-ómnibus nos ha llevado a las proximidades de París, hasta Ville d'Avray, abrazada de bosques, no lejos de Versailles,

pero desde donde la inmensa urbe napoleónica de la calle de Rivoli, de los Campos Elíseos, de las Tullerías y del Arco de Triunfo, puede, se diría, tocarse con las manos.

Deambrosis-Martins vive así al borde del tráfago, pero apartado del tráfago, en una vivienda que es mansión rodeada de un vasto parque de árboles altos que pertenecen a la misma y que limita con el magnífico bosque de Saint Cloud. Y es mansión—decíamos—pero también es colmena, porque sobre las amplias estancias donde el escritor pasa sus veladas de descanso escuchando música o departiendo amablemente, están los cuartos de trabajo y la biblioteca donde nuestro amigo se encierra la mayor parte de las horas de la jornada que él hace larga y se entrega a dar curso a la producción.

Así es Deambrosis-Martins: un aislado en el deleitoso «confort» y en la amable existencia de una mansión lujosa, y es también un hombre en el máximo de su eficaz trabajo; un hombre atento y al día, a la hora,

al minuto... de lo que ocurre en el mundo. Hasta él va el político, el escritor, el diplomático, el periodista... el teléfono funciona... la secretaria escribe a máquina; las ediciones de los diarios y las revistas están en sus manos a la media hora de haber sido lanzados por las calles de París... el último libro, la última novedad interesante, o sensacional. De pronto, Deambrosis toma el vehículo para pasar unas horas fuera.

SU «TORRE DE MARFIL»

Torre de marfil—permítasenos las imágenes—y colmena, se nos antoja esta hermosa residencia típicamente francesa, situada junto al bosque tranquilo y un poco misterioso y rodeada del bello y vasto parque cubierto ahora completamente de blanco: la «pelouse», los árboles, los senderos, los jardines...

Aquella tarde de final de año, abandonados a la amable charla, a sorber el té y a quemar cigarrillos del Cairo (en medio de un pesebre y de un árbol de Navidad cargado todavía de juguetes, y junto a una inmen-

sa chimenea donde crepita un tronco de leña resinosa, mientras fuera se agolpaba la nieve con sinfonía de patines y patinadores) —¡oh! el grato remanente de Deambrosis nos ofrece—; después de opinar sobre los temas que tan preocupan, y son de preocupar sobre la Europa, nos salta a la curiosidad la pregunta que inmediatamente plantea Deambrosis-Martins. Al fin y al cabo la pregunta está justificada: ¿No son los grandes de esa nave en cuyo timón gobiernan?

—¿Quiere decirnos cómo se organiza nuestra agencia de colaboraciones internacionales «París-Prensa»?

Nos mira un poco asombrado.

—¿Mera curiosidad?—nos pregunta.

—Bueno...

Le interrumpimos:

—¿Y por qué no un reportero que los días lee el público con avidez, que hace una gran película, como se ve en un proceso sensacional en la Audiencia, que se gana o pierde una batalla, que va a cabo una vuelta al globo en un día? ¿Por qué no—si esto tiene más interés—cómo se sirven a los lectores los grandes artículos de prensa, las grandes informaciones sobre todos esos temas? ¿Sí, sí; un día nos aferramos nosotros con júbilo».

Todavía hay que insistirle hasta que

«París-Prensa» nació de la reunión en París de grandes escritores de América. Habían entonces Gabriela Mistral, Valeriano Alcides Arguedas, los García Calderón, el consulto Francisco León de la Barra, Manuel Ugarte, Zérega Fombona, Francisco Contreras, Gonzalo Zaldívar, el colombiano Max Grillo, Teresa de la Cruz, Carlos Reyles... y tantos otros que en Madrid, Rufino Blanco Fombona,

el peruano Carlos Pereyra, María Enriquez. Colaboraban en la prensa de sus propios países, pero a mí se me ocurrió que cuando sus escritos por las demás repúblicas hispano-americanas. Yo estaba ocupado en mi obra personal de dictar conferencias, de describir, publicar y traducir libros. Entonces vió la luz mi volumen sobre el poeta Armando Godoy y mi versión de la novela de «El Musicismo Escultural» (de Royère); en servir mis correspondencias en otras, una de las más antiguas, la «Revista del Tiempo», de Bogotá, cuyo director es Eduardo Santos, actualmente Presidente de Colombia: la figura democrática más noble y más noble que tiene hoy América. Cuando bargo saqué el tiempo—aun no sé si me da—y me puse a la labor. No había pasado muchos meses cuando la empresa recibía el calor de su acogida al otro lado de los mares. El carácter de especialidad de los trabajos para cada periódico solicitados, como la calidad de las firmas producidos, el ascenso, el éxito, que respondía sin el más cuidado exquisito con los materiales utilizados. Esto hizo necesario una amplia

—¿Y cómo fué ésta?

—Incorporando a los grandes escritores franceses y añadiendo los más distinguidos hispano-americanos: Barbusse, Romain Rolland, Gide, Hamel, Maurois, Daudet, Miomandre, Francis Jammes, Paul Fort, etc. Los grandes autores del reportaje y los Tharaud, entre los maduros, y por ejemplo del grupo de los jóvenes, vinieron las colaboraciones de otros como Tomas y Heinrich Mann, entre las jóvenes, Guglielmo Ferrero, el conde Sforza, Emilia, Fidelino de Figueiredo, de Portugal, Emile Vandervelde, de Bélgica, etc.

—¿Y su producción personal?

—Pues esto no la rebajó sino que la hizo ir en aumento. Tuve que encargarme

parte extensa de artículos, sobre todo de los referentes a la marcha del mundo y en especial de Europa en la política internacional, en las pulsaciones que pudiéramos decir del último minuto.

—¿Y el ingreso de los españoles?

—Los españoles —dice Deambrosis con una sonrisa— andaban ustedes encastillados en sus colaboraciones especialmente nacionales. Vino la guerra civil en julio de 1936. Llegaron aquí Marañón, Pío Baroja, Ortega y Gasset, Azorín, Pérez de Ayala...; se espacieron los políticos como Lerroux, el ex-Presidente de la República, mi amigo Niceto Alcalá Zamora...; usted entre los más jóvenes de la rama exclusivamente periodístico-literaria —continúa Deambrosis-Martins sonriendo más acentuadamente.— Yo pensé que era la ocasión de que trabajaran en la Empresa que les sacaría de su anterior y obstinado, también me parece ineficaz, encastillamiento. Coincidió con que el brillante cuadro de americanos se había dispersado. Gabriela Mistral, reclamada por la diplomacia—como García Calderón—, Vasconcelos, en la política mexicana, etc. Hice mis proposiciones, convine con los españoles. Hoy tengo conmigo al doctor Marañón, a Pérez de Ayala, a Pío Baroja, etc. Desde aquí han partido, para su publicación, los curiosísimos textos políticos de Alcalá Zamora y de Lerroux... Y de otros también. Tal ha sido el esfuerzo y ésta es la obra.

—Para usted trabajo ímprobo de elección, de organización, de dirección, aparte de su labor personalísima de escritor que tampoco descansa—pues entiendo que muchos de sus artículos usted no los firma... Jornada la suya de quince horas diarias...

—Puede ser, pero, ¿qué quiere usted? Estoy acostumbrado. Es mi descanso el trabajar. El vivir aquí, casi en pleno bosque, con mis palomas, con mis muchachos, me hace imaginar a ratos que estoy lejos de todo.

—Sin embargo se halla usted en pleno tráfico. ¿Tiene usted mucho cariño por Ville d'Avray? ¿No?

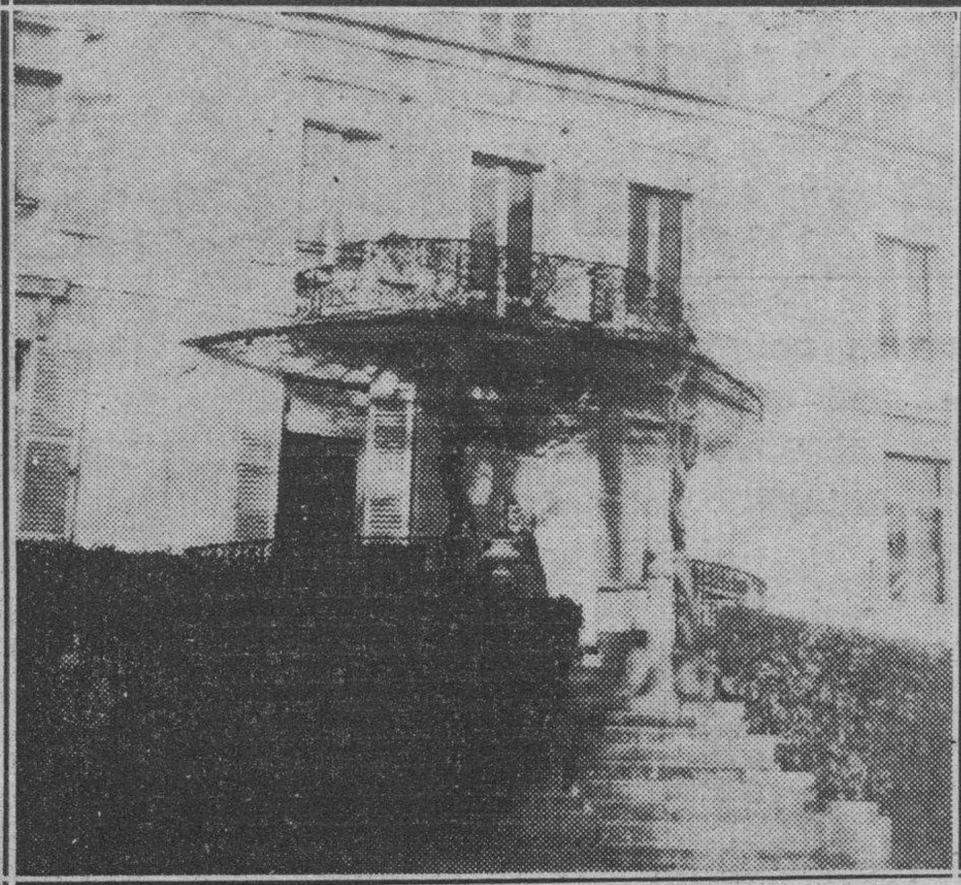
—Un gran cariño; aquí nacieron tres de mis cinco chicos; Vasconcelos vivió también aquí con su familia; durante algún tiempo, en pleno invierno, los dos vivimos juntos en la misma casa. Además me siento halagado por la simpatía que los habitantes de Ville d'Avray desde el alcalde al maestro de escuela, me demuestran: me siento orgulloso de ello. ¿No sabe usted? —me dice con verdadera ilusión Deambrosis.— En Ville d'Avray tenemos una excelente biblioteca y a mí se me nombró hace años bibliotecario y todavía sacó tiempo para ir allá y ocuparme de dirigirla. Es una distinción que estimo de este magnífico pueblo que me ha nombrado así francés honorario.

—Así y de otros modos—añadimos pensando en otras distinciones recibidas aquí y en París... (Precisamente, notamos que en su ojal luce—sin ostentación—la cinta violeta de Oficial de Academia de Francia...)

LA PERSONALIDAD DE DEAMBROSIS-MARTINS

No creemos que pueda necesitar presentación ni siquiera comentarios, Carlos Deambrosis-Martins en América del Sur, ni en Europa. Es sobradamente conocido; su obra es ampliamente comentada y divulgada. Pero debe sernos permitido subrayar en él un aspecto, acaso el más esencial, de su personalidad. Y es su aspecto de místico de la mutua comprensión espiritual de los países de lengua española con el mundo francés; y, en definitiva, de las naciones de raza latina. Y conste que nos referimos a lo principal de su empresa, de su labor, que, en mayor extensión, se ocupa, en suma, del intercambio de valores universales y eternos del pensamiento.

Escritor de probado talento y prestigio, por sí, periodista continental de reputación sólida, Carlos Deambrosis-Martins no se conformó a su tarea personal suficientemente remuneradora, sino que ambicionó los más nobles fines comunes, que obtiene sin que el éxito le vuelva la espalda.



Residencia de Carlos Deambrosis Martins (en el centro), en Ville d'Avray, París.

¿El secreto de este triunfo? Tal vez, sencillamente, la mística de su generosidad manifestada a toda hora, sin escatimar nunca sacrificio alguno, al servicio de la expansión espiritual que podríamos denominar hispano-americana-europea.

SU AMISTAD CON LOS GRANDES ESCRITORES

Hemos pasado un largo y agradable rato en compañía de Deambrosis-Martins, en su

propia casa, en su ambiente. Hemos charlado con este hombre al que no vemos a menudo, pero con el que, por razones de nuestro trabajo, estamos en constante relación escrita.

Las primeras sombras de la tarde han caído. Vamos a tomar el tren que de nuevo nos llevará a París.

Deambrosis nos dice:

—Todavía nos faltan 25 minutos. Es ne-

LOS SOBERANOS INGLESES SALEN DE VACACIONES



El rey Jorge y la reina Isabel de Inglaterra a su llegada a la estación de Kings Cross, en Londres, para dirigirse a Sandridgeham, Norfolk, y gozar de una semana de reposo después de la tensión provocada por la reciente crisis. A principios del año próximo, accediendo a la invitación del Presidente Roosevelt, los soberanos visitarán los Estados Unidos y el Canadá. (Foto Acme-Editors Press).

A CLARACION

En el "Magazine" correspondiente al domingo pasado, el artículo titulado "CHAMBERLAIN, COLONIZADOR DE LAS ISLAS BAHAMAS, apareció con la firma mutilada. El importante trabajo—donde, a despecho de desconocerse el nombre de su autor, se denuncia la factura ilustre de quien lo firma—es una colaboración exclusiva del insigne escritor español Don Ramón Pérez de Ayala, enviada especialmente por su autor al DIARIO, donde anteriormente ha honrado sus columnas con otras colaboraciones igualmente notables.

cesario antes de marchar, haber pisado el bosque.

Nos complace la idea, que aceptamos como una especie de mito y de tributo a un tiempo. Estos días, la nieve ha vestido de armiño el campo y la arboleda que aparecen maravillosos. Salimos del comfortable «home», atravesamos la verja y nuestras pisadas van hollando la blanca superficie. Verdaderamente es un espectáculo bello: silencio, calma, grandeza... Nuestra conversación prende de nuevo. Le decimos de pronto a Deambrosis:

—¿Su amistad con el célebre Barbusse fué entrañable, no?

—El me tenía una estimación que nunca podré olvidar. Era una estimación al margen de todo; de sus luchas, de sus afanes, de sus triunfos—de los que, sin embargo, me confiaba hasta los más íntimos detalles. Hoy me siento verdaderamente confortado por este recuerdo...

—También el mexicano Vasconcelos...

—Efectivamente: con Vasconcelos (que conocí en México, aunque no dependí de él cuando era Ministro de Educación y yo profesor de Historia de la Filosofía y profesor de Historia Natural) hice «La Antorcha», que vivió prosperidades y se desarrolló en París, acabando por trasladarse a Madrid cuando nuestro amigo fué allá. De todos modos yo continué aquí. Nuestros dos nombres figuraron siempre en los puestos responsables de nuestra publicación. Pero Vasconcelos regresó a Estados Unidos y ahora reside en México.

—Es curioso cómo todos estos grandes escritores van pasando a ser sus particulares amigos y cómo luego esa amistad, aunque quede al margen de todo interés de trabajo común, perdura. Parece que los grandes españoles de París le distinguen también muy especialmente.

—Sí; es para mí un júbilo poseer la amistad de un Pío Baroja, de un Marañón. Precisamente don Pío vendrá a almorzar, el domingo próximo, conmigo, a Ville d'Avray, «en familia». He de confesar que, todos ellos, desde el primer instante, me concedieron su confianza, y sus nombres y sus extraordinarios trabajos parten desde aquí para la gran prensa americana como las mejores luces, o señales de amistad que yo brindo...

Hemos vuelto sobre nuestros pasos; pasamos nuevamente al lado del parque que rodea la casa de Deambrosis. Ganamos la estación.

Una vez en el tren, vamos pensando:

He aquí un hombre que lo debe todo a su esfuerzo, a su talento, a la rápida y generosa comprensión de la realidad. Ha logrado el propio éxito y lucha cada día por la mayor resonancia del ajeno. Tiene la vida cómoda, confortable, pródiga, pero cada día que amanece representa para él, batalla nueva y meta diferente que conquistar. Y la conquista se realiza, porque acaso de antemano está escrito ya así en su destino. Aislado—aislotado en la mansión de Ville d'Avray—y sociable. Lejos y en medio del tumulto. Apartado y sin embargo informado al instante de todo. Acaso todo esto, que en el fondo nada contradictorio supone, y sus condiciones, sus esencias íntimas constituyen esa personalidad suya tan singular que le hace domar el éxito.

Y de las imágenes apacibles de sus cómodos salones, de la visión de remanso de sus estancias donde él oye un rato de música, o se entretiene en amables charlas con sus amigos, pasamos a evocar esa otra estampa de colmena. El tic tac de la máquina de escribir, los artículos, las carpetas, las firmas célebres en el mundo entero, las propias crónicas personales... O sea, la tensión, la lucha, el gusto y la vocación del periodista y del escritor que se halla precisamente en su hora propicia, en el momento de recoger lo más sabroso de cuanto fué sembrando.

Y el tren-ómnibus que nos lleva penetra blandamente en la parisién estación de Saint-Lazare.

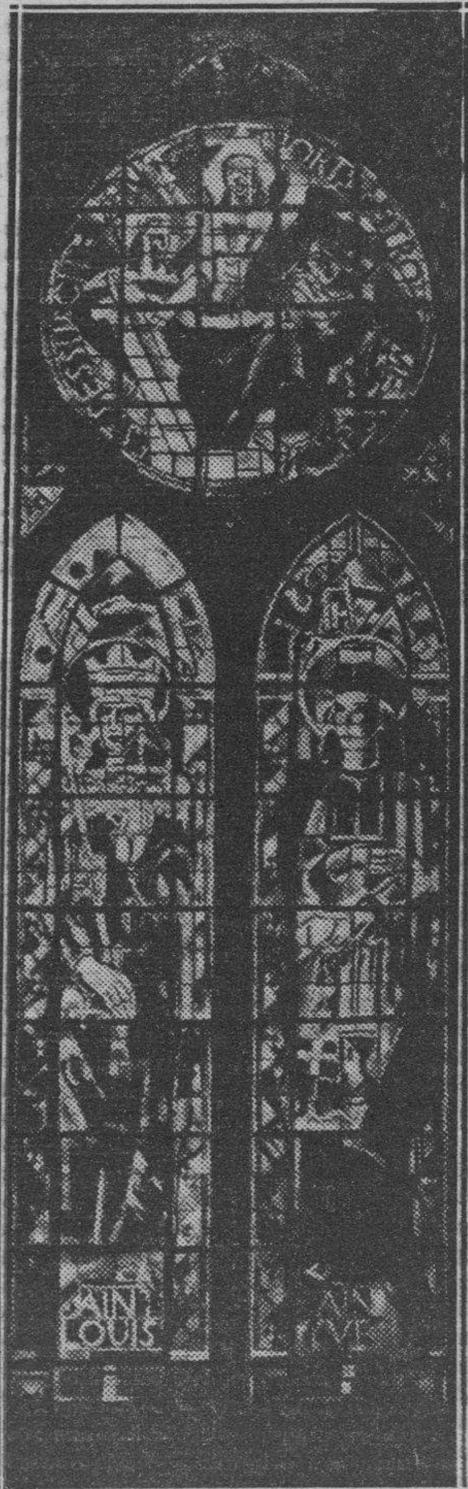
París, enero de 1938.

Los Nuevos Vitrales de Ntra. Sra. de París

UNA POLEMICA DE PROPORCIONES GIGANTESCAS.—LAS PASIONES DESBORDADAS POR EL ARTE.—EL AMOR DE LOS PARISIENSES POR SU CATEDRAL.—DESVAIDAS VIDRIERAS DEL SIGLO XIX.—ARTE MODERNO EN LOS VENTANALES DE NOTRE DAME.

Por RENATO VILLAVERDE

DURANTE las últimas semanas del turbulento año de 1938 terminado hace unos días, París ha sido centro de una discusión en que han intervenido toda clase de combatientes y se han batado los más curiosos argumentos.



Otro de los discutidos vitrales de Notre Dame. Su autor es Andrés Rinuy y representa en el óvalo superior la Resurrección de Cristo, y abajo, las efigies de San Luis y San Yves.

Aunque con toda consciencia haya empleado los términos de discusión y de combate, no vayamos a creer que se trató de nada que pudiese alterar la paz pública. En los actuales hiperestésicos momentos que vive el mundo y, especialmente, la vieja Europa, siempre pensamos cuando se habla de disputas acaloradas que las bayonetas y las granadas de mano van a servir de base al tablador en que se apoyan las reivindicaciones. No; en esta ocasión la cosa, aunque desbordada en la forma, tuvo puntos de partida más consecuentes. Fué un debate largo, complejo, calorizado por mil tendencias y observado a través de prismas bien diferentes; pero tenía un marco elegante, distinguido, de hondas raíces estéticas: fué, simplemente, un debate artístico.

¡Cómo suena bonito en esta época metrallizada poder hablar de un debate artístico! Casi parece una broma. No se concibe con facilidad que entre el maremagnum de preocupaciones de toda especie que nos circunda, en la capital de Francia se hayan movilizado sus elementos artísticos, religiosos, literarios exponiendo sus opiniones en las columnas de toda la prensa que también se hizo eco, canalizándola, de la discusión que llenaba el ambiente. Y todo esto a dos pasos del pacto de Munich, a pocos kilómetros de los Pirineos, mientras Italia pone sobre el tapete un cúmulo de reivindicaciones que tocan a Francia en el corazón; en tanto que en Europa Central los acontecimientos políticos se visten con el disfraz de la tragedia, sonando tiros y muriendo hombres, en la frontera checo-magiar; cuando Alemania pide la igualdad submarina con Inglaterra y ésta se prepara a enviar a Chamberlain y Lord Halifax a conferenciar, en los históricos salones de los palacios romanos, con Mussolini y el Conde Ciano...

Este agradable paréntesis que ha absorbido la atención de Francia por breves semanas, ha sido llenado por el cambio de algunas vidrieras de la Catedral de Notre Dame. Cuando un motivo de arte puede aun despertar semejante interés en un pueblo civilizado, es que aun la disgregación total que parece apuntarse en el horizonte, tiene que recorrer largo camino antes de materializar sus negativos contornos.

Y si nos detenemos unos instantes a contemplar lo que significa para Francia la Catedral de Nuestra Señora de París, hallaríamos perfectamente lógico lo que a «prima facie» podría estimarse como una exageración. Edificada en el mismo emplazamiento que un antiguo templo romano levantado en honor de Júpiter, Notre Dame es uno de los mejores testigos del desenvolvimiento de París. Hace casi mil años que Alejandro III puso su primera piedra y después, en torno a las majestuosidades de su fachada gótica —la más antigua y quizás la más bella de todas las fachadas ojivales de los templos de



Un aspecto del vitral de San Denis, recientemente colocado en la Catedral de Nuestra Señora de París, debido a L. Barillet.

Francia—París fué creciendo bajo la sombra de sus soberbias torres cuadradas; resistió a cien saqueos, a cien guerras, sirvió de marco a cultos diversos, coronó a reyes y Emperadores, inspiró a poetas y literatos, expandió su fama por todo el orbe, vivió los faustos de los Borbones, la implantación de los Derechos del Hombre en Europa, las glorias napoleónicas a la cabeza del Imperio, la vuelta borbónica al trono de Francia, las lumbreras de la casa de Orleans y, finalmente, el destino glorioso de la democracia asimilada a la larga parábola de la Tercera República...

Por todos estos motivos, aparte de su calibrado mérito en los dominios de la arquitectura, y por la subjetividad de otros muchos que bordean la periferia de esta crónica, la Catedral de Nuestra Señora de París tiene un retablo incommovible en el corazón de los franceses. Todo lo que pueda tocar directamente al molde matriz de las Catedrales góticas de las Galias, hallan un eco y una opinión en las reacciones sentimentales de cada francés.

Así, nada debe, pues, de extrañarnos la conmoción y los debates que ha producido el proyecto ya realizado de cambiar algunas de las vidrieras de los ventanales de la Catedral de Notre Dame.

Como siempre que se trata de algo netamente artístico, las cosas se han hecho bien. Desde hace tiempo los mosaicos blancuzcos colocados durante el siglo pasado en los altos ventanales de la Catedral, de un valor artístico mediocre que desentonaba con el mérito positivo del resto de la construcción, sin un colorido definido dentro de las concepciones estéticas, faltos de una vida intensa, ayunos por completo de ese sortilegio inefable que calorizara al arte de los artifices del siglo XIII, derramando una luminosidad

mate sobre la gran nave de la iglesia, requerían una sustitución a tono con la belleza conjunta.

Se nombró un comité de estudio formado por los miembros de la Comisión de Monumentos Históricos y por el Director General de Bellas Artes. Estos señores, a su vez, designaron para la realización de los trabajos dados por el cardenal Verdier, Arzobispo de París, a los diez artistas más destacados en liturgia de los vitrales. Los trabajos se realizaron poco a poco, sin prisas, en un deseo de lograr una bella obra. Algunas de las vidrieras fueron exhibidas en el Pabellón Pontifical que tuvo la Exposición Internacional que se celebró en París en 1937.

Todos estos preparativos se vieron interrumpidos sin que una campaña abierta se desentendiese contra ellos. Pero cuando se proyectó a colocarlos en sustitución de los antiguos de la última centuria, los espíritus se agitaron y tendieron en fobia exagerada. Se habló de atentado a los rudimentos del arte, se empleó el vocablo sacrilegio, locura colorada, aberración manifiesta. Los más reacios a la sustitución explicaban su punto de vista diciendo que en un monumento «antiguo» de una «reliquia nacional» no tenían cabida las lucubraciones del arte moderno. Ni tan poco. La Catedral de Nuestra Señora no puede considerarse como una reliquia nacional, puesto que en ella cada vez con mayor intensidad los oficios religiosos se suceden con toda plenitud y toda belleza... No es el caso de otros monumentos como el Coliseo romano con un fresco de Pícaro, tampoco los vitrales que han sustituido sus pálidos predecesores del siglo XIX, que inspirados en la técnica que se ha usado en el arte contemporáneo.

(Continúa en la página 29)

Nuestros Grandes REPORTAJES EUROPEOS

Al margen de los escándalos de los créditos congelados.—EL ÚLTIMO amor de Wreszynski, el acróbata de las finanzas.—Eva Bush dice que el único recurso que le queda es... morirse.—Un reportaje sensacional de Robert Francois.—Un ramo de orquídeas.—La confianza del Papa.—La bella confitera.—Las mujeres rubias.—El secreto para hacer dinero.—El demonio del cine.—El espejismo de Hollywood.—¡“No me queda más que morirme”!

to. Voy inmediatamente a que nos reserven los pasajes del barco.

De este modo Eva Bush se marchó a California con Serge Wreszynski.

LA BELLA CONFITERA

En realidad, «el Lawrence de las finanzas internacionales» no había tenido siempre éxito en todo lo que emprendiera. Incluso había pasado su primera juventud en los muelles de Dantzig al acecho de pequeños y oscuros negocios, considerándose feliz cuando podía disponer de un arenque para almorzar y en absoluto indiferente a la agonía de las flores. Después se le vió ensayar toda clase de infimas especulaciones en las bolsas de Europa Central, siguiendo de Budapest a Viena y de Viena a Berlín el curso descendente de las monedas que se hundían. La suerte sonrióle por vez primera en un salón de té danés, de Berlín, cuya propietaria, la señora Norris, se había encaprichado de él. La señora Norris era la mujer del teniente coronel Norris, representante de Inglaterra en la «Comisión Interaliada de Control Militar en Alemania». A Norris sus colegas lo consideraban como jurista de positivo valer en asuntos internacionales, al par que le suponían importante funcionario de los Servicios británicos del Intelligence Service y hombre que desempeñaba un papel secreto en la política. Además, se le tenía por persona íntegra: sus dificultades económicas lo probaban.

—Preséntame a tu marido—le suplicó Wreszynski—y te juro que en un plazo de seis meses todos seremos ricos. Te lo juro por lo que más quiero: por tí, por mí, por mi mujer y mis hijos que están en Dantzig.

Esto ocurría precisamente en la época en que la Comisión Interaliada se hallaba disuelta. Norris veía reducidos sus ingresos a su sueldo de teniente coronel. La señora Norris adoraba el lujo y Norris adoraba a su mujer. Acabó por ceder a la tentación y se asoció con Wreszynski.

Así comenzaron a llevar una vida de locuras en los «palaces» de todas las capitales europeas. Serge Wreszynski alquilaba todos los cuartos de un piso. En cada aposento ponía el retrato de la señora Norris y, al lado, un ramo de flores, de flores de color distinto para cada retrato. Recibía a los financieros paseándose de un cuarto a otro; al cruzar ante las fotografías, se detenía siempre unos momentos.

—¡Qué mujer!—exclamaba delante del primer retrato.

—¡Qué ojos!—decía al pasar junto al segundo.

—¡Qué pies!—comentaba ante el tercero.

Al llegar a la cuarta de las efigies se sentaba y dejaba escapar, a modo de confidencia, que el marido de aquella mujer, su socio, era el teniente coronel Norris, el cual había realizado servicios de gran importancia en to-

da clase de transacciones financieras, secretas, entre el Reich e Inglaterra, y que como agradecimiento por tales servicios al Canciller Hitler le daba facilidades para exportar capitales en condiciones verdaderamente de favor.

—Por ello—precisaba entonces Wreszynski—para librar del bloqueo títulos y dinero «congelados» en Alemania se necesita, en general, sacrificar el 35 por ciento. Nosotros podemos contentarnos con el veinte por ciento pagadero adelantado, naturalmente, como es costumbre.

Frecuentemente, antes de continuar la conversación, Wreszynski se ponía en mangas de camisa y se cubría con su sombrero; en mangas de camisa con objeto de parecer un hombre de negocios norteamericano; en cuanto a lo de cubrirse con el sombrero, porque tal vez aún no había perdido sus costumbres de pequeño traficante de Dantzig.

Los negocios fueron adelante. El Papa recibió, oportunamente, en la fecha prevista, la primera suma convenida: lo que había de proporcionar a Wreszynski la famosa carta del Vaticano la cual, manejada con habilidad, le abría las puertas de los bancos de Amsterdam. Amsterdam concede créditos a New York y Nueva York a Londres. Los grandes banqueros acuden a visitar a Wreszynski con el sombrero en la mano.

LAS MUJERES RUBIAS

Todo aquello se sostenía por puro milagro, lo que tal vez le hicieron a Wreszynski supersticioso: el más leve cambio de la suerte era desde luego suficiente para echar por tierra todo el andamiaje. Entre sus supersticiones tenía, por ejemplo, la de hallarse persuadido de que no podía tratar de ningún negocio con éxito si no estaba a su lado una mujer rubia; cuando la mujer rubia no podía por elemental regla de discreción permanecer a su lado, en el exacto sentido de la palabra, entonces la encerraba en el cuarto de baño y firmaba el contrato que necesitase firmar lo más cerca posible de su puerta. Si la señora Norris había salido, Wreszynski corría en busca de otra rubia cualquiera, lo que le hacía tener verdaderos dramas con los Norris, pues si el marido no era celoso tratándose de su mujer, lo era, por el contrario, de todas las demás amantes de Wreszynski. Así un día llegaron a las manos los dos socios por una corista de Folliès Bergere; otro, que habían viajado juntos para ultimar un negocio en Basilea, regresaron separados a causa del enfado que provocara el encuentro de Wreszynski con una americana.

Sin embargo, la señora Norris continuaba siendo la mascota por excelencia. Wreszynski la cubría materialmente de joyas suntuosas, aunque jamás se olvidaba de guardar en una caja de caudales esas joyas si salía de viaje sin la mujer.

En cierta ocasión que estaban disgustados entre sí, ella le entregó las joyas a un pariente suyo. Revólver en mano Wreszynski la hizo confesar el nombre de aquel en quien depositara su confianza y después corrió a buscarle para recuperar «su fortuna». Pensaba que nunca se peca por demasiado prudente.

A pesar de todos estos incidentes, cuando Norris se divorció de su mujer, Wreszynski se casó con ella. Pero el nuevo matrimonio debía ser de corta duración.

EL SECRETO PARA HACER DINERO

A comienzos del pasado año se divorciaron. Entonces Wreszynski se enamoró de Eva Bush. La pareja se embarcó para el Nuevo Mundo. Les acompañaba el inseparable Norris, a quien su propio divorcio nunca le había separado de su socio.

Veinte periodistas aguardaban a los viajeros en el muelle de Nueva York.

—Los negocios de menos de cinco millones de dólares no nos interesan—declaró Norris a la prensa, convenientemente aleccionado por su manager.

—Venimos a emprender este año, en Estados Unidos, negocios por valor de cuatrocientos millones de dólares—aseguró Wreszynski.—En realidad, lo que nos ocurre es nosotros ganamos todo el dinero que queremos; hemos encontrado el secreto de ganarlo; para nosotros no es sino un juego fácil; nos bastó media hora de hacer cálculos; después, la fórmula estaba descubierta.

Los periódicos publicaron todas estas declaraciones, las fotos de los personajes que las hacían, los retratos de sus mujeres, de sus mecanógrafas, de sus perros...

Eva Bush se paseaba en un fastuoso «Lincoln». Poseía las más hermosas pieles de Estados Unidos. Wreszynski se gastó en ella más de cien mil dólares sólo en el plazo de unas cortas semanas. Ella, por su parte, presidió comidas de esas en que los hombres de Estado se codean con los reyes de las finanzas.

De cuando en cuando preguntaba tímidamente:

—¿Y el cine?

—No tengas la menor inquietud—contestaba Wreszynski.—De momento no tengo tiempo de ocuparme de ello, pero, de todos modos, en cuando quieras comprará Hollywood para tí.

Eva Bush se sentía arrastrada en un torbellino de recepciones, de viajes y de discusiones apasionadas. Día y noche, Wreszynski gesticulaba alrededor de ella, negociaba, gritaba, disputaba con Norris, hacía y desechaba proyectos, cambiaba de traje y de corbata, lloraba de desesperación y se encendía de entusiasmo. Ella vivía como una sonámbula y no sabía si quería o detestaba a aquel desafortunado.

Sobrevenida la catástrofe, salió a relucir toda la historia; los periódicos la contaron. Desaparecido Wreszynski la policía interrogó detenidamente a la bella joven. Ella protestaba:

—Yo nada sé de sus negocios. El sólo me decía que había encontrado el secreto de ganar tanto dinero como se le antojase.

La confiscaron todas sus pieles, todas sus alhajas.

Ella volvió a Amsterdam. Intentó cantar de nuevo, pero nadie acudió a oír sus canciones, ni a contemplar su belleza... porque había sido la amiga de Wreszynski.

Entonces vino a París con su antiguo amigo el pintor Kisling, pero los periodistas tampoco aquí la han dejado tranquila.

—¡Le detesto!—acabó por gritar cuando volvieron a nombrarle a Wreszynski.

Pero nunca es fácil escapar de tales hombres. Ya no hay posible retiro sobre la tierra que ha amado a quien fué capaz de robar simultáneamente al Papa y a los magnates de la City...

Hace tres días, al marcharse nuevamente de París, para volver a Amsterdam, Eva Bush ha dicho llorando:

—No me queda más que morirme.

(¡Y tiene 25 años!).

París, enero de 1939.

El ramo de orquídeas que recibió aquella noche en su camerino «Eva Bush, todavía era mayor que de costumbre. Entre las flores había, además, un estuche con un enorme diamante tallado en forma de huso, lar-

La bella joven no pudo ocultar la ansiedad que la invadía. Efectivamente, su actuación en Amsterdam estaba resultando un gran éxito. A ello contribuían, tanto como las canciones de «Jazz» americano que cantaba en alemán, sus cabellos rubios, flameantes, sus labios rojos, y el contorno exquisito de su pecho. Pero no era lo normal en los huéspedes de Holanda ofrecer anónimamente regalos fastuosos. Peter el gordo se lo había demostrado a las claras abrogándose el derecho de importunarla, hasta incurrir en la proseria, porque ella tuvo la debilidad de aceptar una pulsera de diamantes, de diamantes ridículamente pequeños.

Y ahora un desconocido, desde hacía ocho días, la colmaba de flores raras que cada una costaba tanto, por lo menos, como la ridícula pulsera de Peter. Y, por último, la sortija que acababa de recibir, una sortija de esas que los holandeses no son capaces de regalar más que a la propia esposa y, para eso, una sola vez en la vida; una sortija que costaba seguramente tanto como armar un barco para la navegación a las Indias neerlandesas.

Pero hasta el último día de la actuación artística en Amsterdam de Eva Bush no hizo su aparición en su camerino el desconocido.

Parecía un gato de Siam al que le hubieran chafado las orejas. Sus ojos de un gris azulado, muy movibles e inquietos, huían la mirada ajena para luego buscarla ávidamente, lo que aumentó la curiosidad de la linda moza. Como los orientales, agitaba los brazos al hablar, dibujando, por así decirlo, cada frase con las manos. Sus dedos, los puños de su camisa, los ojales de su pechera refulgían de pedrerías. Tenía aire de prestidigitador cuando sacaba de sus bolsillos las más divertidas petacas, encendedores y estuches de todas clases: todos ellos de oro o de platino; y debía caer al suelo, como por descuido, los billetes de mil francos o de cien dólares, que luego, al recogerlos, arrugaba.

LA CONFIANZA DEL PAPA

—Estoy enamorado de usted—la dijo—, he estado casado tres veces, pero ahora estoy enamorado de usted, como jamás lo estuve de ninguna alguna. Para decir verdad, es ésta la primera vez que me enamoro de veras.

A menudo palidecía:

—¡Llévese esas flores!—gritó de pronto la camarista.—¡Llévese de prisa esas flores!... ¡Se están marchitando!

Y se derrumbó en una silla. Parecía haberse profundamente abrumado.

—No puedo soportar el ver cómo muere una flor—explicó.

Por fin, dijo su nombre, e hizo su presentación:

—Soy Siegfried Wreszynski. En Londres me llaman el coronel Lawrence de las finanzas internacionales. En Nueva York cono- cen en mí para «descongelar» todos los créditos americanos bloqueados en Europa Central. El Papa es uno de mis mejores clientes; en realidad, para todo lo concerniente a las finanzas sólo tiene confianza en mí; por mi parte, yo puedo quedarme en cambio con el dominio del mundo espiritual; mire, vea la carta que me envía el tesoro del Vaticano.

Wreszynski extrajo de su bolsillo una carta de la tesorería del Vaticano en la que, por efecto, se le felicitaba por la puntualidad en el cumplimiento de sus compromisos.

A menudo se erguía con los ojos fulgurantes:

—Marchémonos —dijo—, marchémonos seguidamente. Amsterdam no puede ser nunca un lugar digno de usted. Usted es mucho más bella que Greta Garbo, más turbadora que Marlene Dietrich. La llevo a Hollywood.

—¿Qué me lleva usted la estrella de las estrellas. En cuanto emprendo me acompaña el éxi-

VENDRA alguien, algún día, y hablará de él. De su vida y de su pasión. Escribirá un libro emocionante y terrible y lo llamará algo así como «El Quijote del Continente Negro».

En 1874, los grandes periódicos se ocupaban de él, en primera plana. En 1938, su nombre ha caído en el olvido. Muy pocos lo recuerdan. Para todo el mundo, puede decirse que es un desconocido. Sin embargo, él, que hoy es ceniza, polvo, nada, llevó a cabo, hace sesenta y cuatro años, una hazaña cuya grandeza y dramatismo es comparable a las que realizaron los primeros conquistadores de América. Para evocarla, tenemos que retroceder al año 1874.

La aventura, la fiebre de las exploraciones, el amor, al peligro y su desprecio, tentaban el coraje de algunos hombres. Entre éstos, se hallaba Enrique M. Stanley, periodista viajero, precursor del «enviado especial» de la gran prensa que existe en la actualidad.

Era flaco, seco y voluntarioso, se le había metido entre ceja y ceja descifrar el mayor misterio geográfico de su época: conocer, exactamente, el curso y el nacimiento del río Lualaba, o río Livingstone, como se le llamó también en homenaje a su descubridor, río al que se suponía internándose en el corazón del África, hacia el norte, siempre hacia el norte.

LA EXPEDICION DE STANLEY

En los mapas de la época, el trazado del misterioso río era apenas una rayita seguida de guiones. Los guiones representaban lo des-

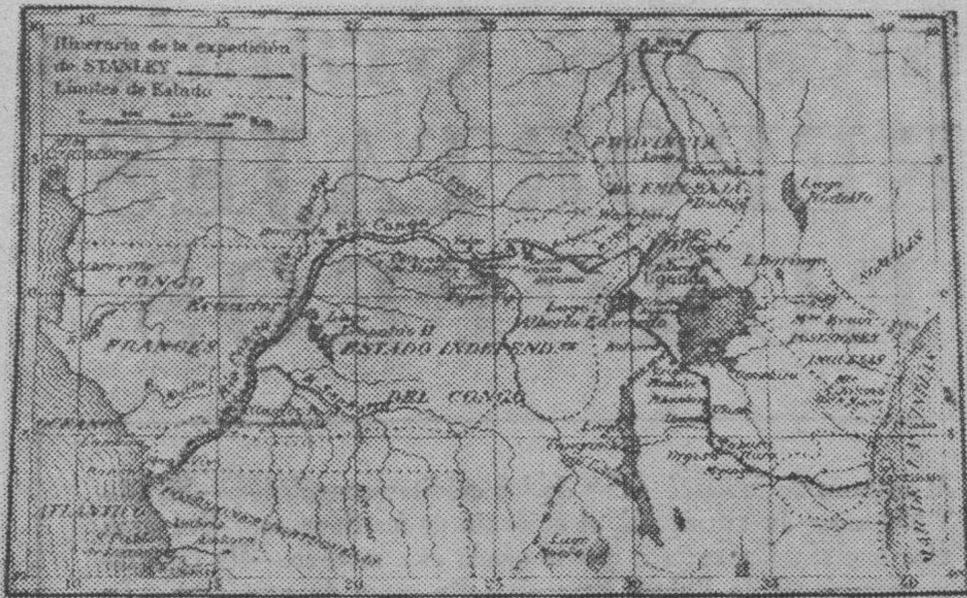


Enrique M. Stanley, el arrojado explorador que hace más de sesenta años realizó una hazaña de imponente grandeza y dramatismo.

conocido, la continuación ignorada del río, el «aquí hay leones», de los terroríficos mapas de los primeros navegantes.

Pero este periodista enjuto y tenaz decidió conocer el río Lualaba en toda su extensión. Y el 17 de noviembre de 1874, una expedición de 356 hombres, al mando de Enrique M. Stanley, partía de Bagamayo, aldea africana situada frente a Zanzíbar. Los únicos hombres blancos que acompañaban a Stanley, eran Federico Barker y los hermanos Francisco y Eduardo Pocock, de sangre tan aventurera como la de su jefe y amigo. Los demás, eran negros, encargados de llevar las provisiones para el largo viaje, las armas y las municiones.

De aquella expedición sólo regresó Stan-



Itinerario seguido por la expedición del periodista viajero. Desde Bagamayo hasta Zanzíbar. Kilómetros y más kilómetros de penurias, de perennes asechanzas de muerte... Sólo uno llegó con vida: Stanley!

ENRIQUE M. STANLEY, EL QUIJOTE DEL CONTINENTE NEGRO

EL DOCE DE OCTUBRE DE MIL OCHOCIENTOS SETENTA Y SIETE TERMINO EL GRAN AVENTURERO LA HAZAÑA DE CRUZAR POR PRIMERA VEZ EL CONTINENTE AFRICANO

Por ADOLFO BECHER

ley ¡pero en qué estado! y algunos pocos negros. Los demás, murieron. Uno a uno dejaron sus esqueletos blanqueando en las ardientes tierras del África, en los pantanos malditos de las orillas del río misterioso. La expedición fué, realmente, una serie ininterrumpida de calamidades.

LOS HEROES

En las soledades del país de Uverberí, la expedición se extravió. Lo que sucedió allí fué espantoso. Murieron de hambre varios expedicionarios, entre ellos, Eduardo Pocock.

Los sobrevivientes, desfallecidos y tristes, continuaron su marcha, alentados por ese Don Quijote de las exploraciones que era Stanley. Pero, en la selva los tambores habían llamado la atención del reyzeulo negro Wanyaturu, que los esperaba con sus hordas armadas. El redoblar del tam-tam se escuchaba cada vez más cerca. Pronto estaban rodeados por los salvajes. Veintitrés hombres de la expedición cayeron bajo las flechas de ese emperador Jones del África Central.

Días más tarde Federico Barker sucumbía devorado por las fiebres malignas. Sólo quedaban los hombres blancos: Stanley y Francisco Pocock... Y, sin embargo, continuaron su marcha

Por fin alcanza la expedición la región de los lagos Victoria Nyanza y Tanganyka, que exploran por completo, siendo los primeros europeos que realizan su circunnavegación.

Stanley había llevado un bote de acero desarmable, y dirigiéndose a Francisco Pocock, le dijo con emoción:

—He aquí el objetivo de nuestras vidas, Francisco. Recorreremos el curso del misterioso Lualaba. ¿Te atreves a acompañarme hasta el fin?

—Donde tú vayas, iré yo—respondió sencillamente Francisco Pocock.

Y partieron. Felizmente un caudillo árabe, Tipu-Tib, que se hizo muy amigo de los exploradores, les dió una escolta de doscientos cincuenta hombres y él mismo los acompañó un largo trecho del camino.

EL ATAQUE DE LOS ANTROPOFAGOS

Al llegar a la selva casi impenetrable, la escolta de Tipu-Tib se negó a avanzar. Estaban ante las regiones desconocidas, donde acechaba la muerte. Inútiles fueron ruegos y amenazas, y Stanley y Pocock debieron ha-

cerlo con el puñado de hombres que permanecían fieles.

Al entrar en el río del misterio, oyeron desde la otra orilla el canto fúnebre de los guerreros de Tipu-Tib, que los despedían convencidos de que morirían. Stanley no perdió la serenidad y, dirigiéndose a sus hombres, exclamó:

—¡Adelante! Por allí volveremos a Zanzíbar.

Y señalaba el norte, que seguía la corriente del río.

Pero no se engañaba la escolta medrosa de Tipu-Tib. La muerte los acechaba. Gritos guturales, extraños gritos salvajes, comenzaron a los expedicionarios. Eran los ruidos y llamaban a las armas de los exploradores «el trueno de llamas».

Pero su número aumentaba constantemente. Venían de todas partes. Surcaban la selva tropéfica con sus nubes de flechas, cantando una insistente versículo fúnebre.

Aparecían por todas partes. Los expedicionarios lograban ahuyentarlos con sus flechas a los que temían, porque hasta entonces no más habían probado los efectos de las flechas rientes en sus canoas, con extraordinaria destreza. Al cruzar la boca del río Arubum, uno de los principales afluentes del Livingstone, la expedición fué atacada por una gran cantidad de canoas, con no menos de cuarenta amenazantes, remeros cada una.

Los antropófagos fueron dispersados por el nutrido fuego de los fusiles. Lograron salvar ese peligro... pero otro peligro aguardaba.

EL 12 DE OCTUBRE DE 1877

Se acercaban a las cataratas, y antes que pudieran precaverse de ese riesgo



¡Fieras!... Uno de los mayores peligros con que debió luchar la expedición.

mendo, la corriente engulló una canoa, y los hombres perdieron la vida. Otra canoa, con Stanley y Francisco Pocock, el último compañero de Stanley, halló la muerte. Jamás se vio el cuerpo mayor. Stanley y derramó amargas lágrimas sobre el cuerpo de su infortunado amigo. Y siguió adelante.

Tiempo después, un grupo de hombres que habían perdido toda apariencia de vida, enfermos, llenos de llagas y lodo, desfilaban literalmente, sostenidos en sus fusiles, en un bastón, llegaban a la aldea de Nyanza, a poca distancia de Boma, y, por lo tanto, de la desembocadura del Congo, que era el río que Stanley acababa de recorrer, el río Lualaba.

Habían transcurrido tres años. Era el 12 de octubre de 1877. El continente africano había sido cruzado por primera vez. Su misterio, roto por la audacia de un hombre. Desde ese día, el nombre de Stanley brilló en la historia de las grandes proezas, con gloria que no se apaga. Vendrá alguien escribirá un libro emocionante y terrible sobre él, y lo llamará algo así como «El Quijote del Continente Negro».

La Amenaza de los Armamentos NAVALES

por MAURICE PERNOT

cuales 12 son de gran potencia y el resto de débil radio de acción. Esos efectivos están repartidos entre Vladivostok, el Mar Báltico y el Mar Negro. Por eso algunos se preguntan si el argumento expuesto el 30 de diciembre por el Reich no es más que un pretexto que oculta ciertas intenciones en las cuales el Mar Báltico no tiene nada que ver.

Según las últimas noticias de Berlín la discusión anglo-alemana se ha basado no sólo sobre los submarinos, sino también sobre los cruceros. En los dos casos, los representantes del Reich han utilizado como argumento las recientes construcciones soviéticas, que ponen a Alemania en estado de inferioridad. A la flota submarina de los Soviets, el Reich pretende oponer un número de submarinos entre 250 y 750 toneladas. A los siete cruceros pesados que construyen los rusos, los

alemanes quieren oponer si Inglaterra está de acuerdo, cinco nuevas unidades del mismo orden. Los acuerdos de 1935 y 1937 son interpretados en Berlín como una seguridad de obtener los armamentos que piden.

En Londres, claro es, el argumento invocado de las nuevas construcciones soviéticas, no es considerado como una explicación suficiente. No se olvidan ni las reivindicaciones coloniales del Reich ni las obligaciones que podrán imponerle el funcionamiento del eje Roma-Berlín. Al firmar el acuerdo de 1935 el Almirantazgo inglés se mostraba satisfecho de contener en ciertos límites las fuerzas navales alemanas contra las cuales podría un día entablarse batalla en el Mar del Norte o en el Báltico y de esta forma poder consagrar la mayor parte de la flota, al Mediterráneo. Las peticiones del 30 de

diciembre anulan por completo esos cálculos. En particular, la pretensión de aumentar la flota submarina a cien por cien con relación a la de Inglaterra; ello muestra claramente las intenciones del Reich de utilizar sus fuerzas navales en el Mediterráneo. La prolongación de la guerra de España, le ofrece la ocasión; la obligación de sostener a Italia y de reconocer sobre otro terreno el concurso que su aliado le ha aportado en Europa Central, es aun un pretexto que Berlín no dejará de invocar. He aquí un nuevo aspecto de una importancia singular de las negociaciones entabladas.

La más elemental prudencia nos obliga a pensar la importancia que tendría una cooperación de fuerzas navales italo-alemanas en el Mediterráneo. Esta situación es no cabe duda, seria, pero no es desfavorable a Francia e Inglaterra unidas. El 1 de julio de 1938 Italia totalizaba cerca de 400.000 toneladas, de las cuales, cuatro acorazados modernizados, siete cruceros de 10.000 toneladas y 12 de cinco a ocho mil. Su plan de construcción en la misma época era de tres cruceros de 35 toneladas 21 navíos ligeros. Pero desde esa época, el señor Mussolini ha decidido la construcción de un crucero de 35.000 toneladas, de doce «exploratoris» y de un cierto número de submarinos. Cuando el señor Gayda anuncia para 1941 la cifra de 200 submarinos, exagera un poco, pero en fin, el esfuerzo naval de Italia no debe ser subestimado.

Francia dispone actualmente de cerca de 500.000 toneladas; su flota es la cuarta del mundo después de la de Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón. Esta, cuenta dos acorazados modernos de 26.700 toneladas, el «Dunkerque» y el «Strasbourg»; tres acorazados antiguos modernizados, del tipo «Lorraine»; siete cruceros de 10.000 toneladas, doce de menor tonelaje; 32 contra torpederos que son actualmente los más rápidos del mundo, 46 torpederos y 70 submarinos. Esos efectivos son suficientes para obtener una cierta ventaja sobre Italia. Pero un reciente decreto-ley ha autorizado la construcción de una serie suplementaria que comprende dos acorazados de 35.000 toneladas, un crucero de 8.000; siete submarinos y 24.000 toneladas de navíos ligeros. Así, pues, las fuerzas navales francesas son más que suficientes para hacerse respetar de las fuerzas italianas. Pero junto a Francia está la Gran Bretaña. El 1 de julio de 1938, las fuerzas navales de ésta comprendían 201 navíos que representaban 1.117.683 toneladas. Hacia la misma época, el Almirantazgo británico ha hecho adoptar un presupuesto suplementario de dos millones y medio de libras, y que provee dos acorazados, cuatro cruceros y un cierto número de navíos ligeros. Veinticinco unidades han sido terminadas durante el segundo semestre de 1938. La conclusión de todas esas cifras es optimista y desoladora al mismo tiempo. ¿A dónde nos llevará si se prolonga esta carrera de los armamentos terrestres, marítimos y aéreos? Comentando las actuales negociaciones la prensa inglesa recordaba los acuerdos navales a los cuales se había adherido el Gobierno del Reich. Y citaba el protocolo de Londres del 6 de noviembre de 1936 «cuyo objeto era la humanización de la guerra submarina». ¡Qué ironía!

PENSAMIENTOS

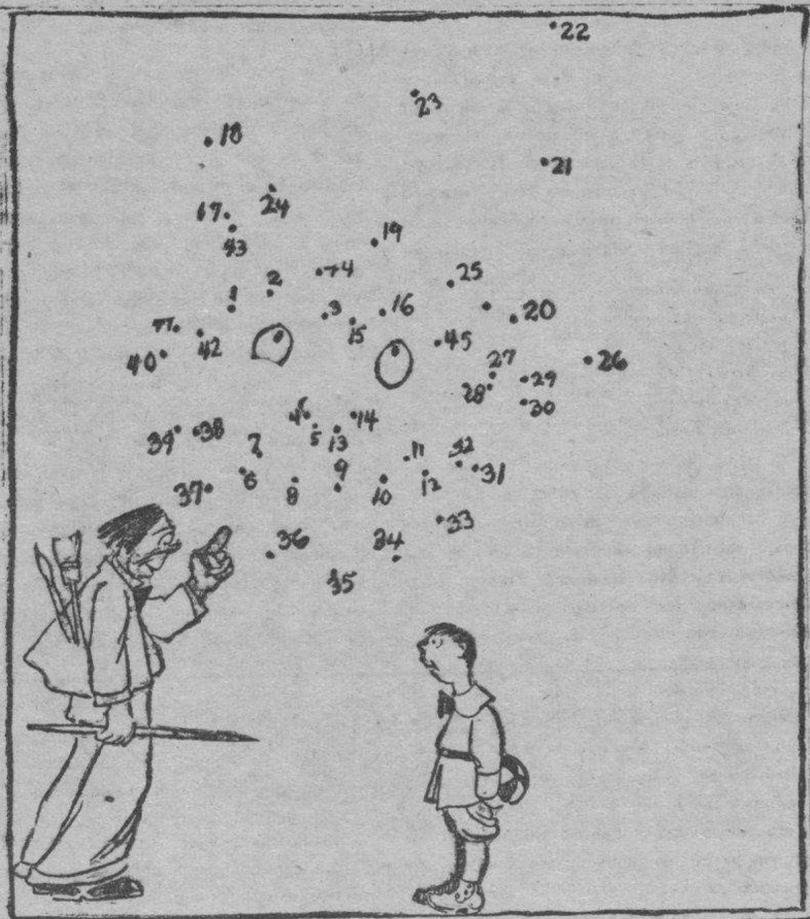
En el correr del tiempo el mundo es bondadoso con la gente que tiene bondad.

* * *

Qué maravilloso es el valor de los hombres después de la batalla.

* * *

Cualquier hombre podría comprar diamantes para su mujer, sino fuera casado.



He pintado esto para ti, Tripita. Tal como está no parece un cuadro, pero coge un lápiz, sigue los números y verás como te encuentras con un... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

BREVES Y MUY BREVES

* * *

BERKELEY (CALIFORNIA)

La señora Lusky Rowland, acusada de manejar su automóvil a más de 35 millas que es la velocidad permitida en esa ciudad, exclama: «Qué cosa más ridícula; mi pekinés estaba sentado a mi lado, y en el momento de la vida, siendo que cada vez que paso las 30 millas se esconde y llora.

POR QUE unas mujeres pierden a sus maridos y otras los conservan

por
KATHLEEN NORRIS

HAY mujeres de quienes nadie se aleja sin pesadumbre. O es el niño que llora porque se lo llevan de la casa de Doña Elisa «que es tan encantadora»; o es Tomás que se marcha murmurando «la suerte de este amigo Pedro de haberse casado con esta mujer». La mujer puede tener 9 ó 60 años pero el hechizo es el mismo.

¿Qué es lo que hace a una mujer así de atractiva? ¿Cuál es la cualidad que falta a otras de quienes todo el mundo se aleja? Estas son las preguntas para las cuales millones de mujeres buscan una respuesta satisfactoria. Sobre todo las mujeres que después de varios años de matrimonio feliz se encuentran de súbito en peligro de perder a sus maridos arrebatados por otra mujer.

Esa viuda joven a cuyo apartamento Juan acude de vez en cuando para un té o cocktail en amable charla; la bella compañera de oficina que es doce años menor que Juan y doce veces más hermosa que su mujer; la amiga de juventud que fué un tiempo novia de Juan, todas ellas llenan de inquietudes el corazón de la mujer de Juan. Las cartas que como esta Betty, esposa de Juan me escriben son realmente patéticas. Esas mujeres están en pánico y han perdido todo sentido hasta de dignidad. El encanto que hayan podido tener está destruído, entre sospechas y celos, espionajes, resentimientos y dolor se han hecho criaturas miserables que a nadie atraen. Y esto si no recurren a las querellas violentas y a los reproches continuos que rompen de una vez el matrimonio y el hogar.

«Pero ¿qué puede una hacer, pregunta una que se firma «Desesperada» cuando su marido la trata a una con la más absoluta indiferencia? Hace 13 años que estamos casados, continúa. Los dos primeros años fueron de vertiginosa felicidad; pertenecíamos a un pequeño grupo social que gozaba plenamente de la vida. Después vino la crisis económica... Nunca se darán cuenta las mujeres de lo que la depresión costó a esta generación en paz doméstica. Nuestras hijas tienen ahora 9 y 11 años; tuvimos que entregar la casa que estábamos comprando a plazos; hasta hace dos años hice todo el trabajo de la casa; crucé estas etapas de dura prueba sin desanimos pero mis nervios quedaron alterados, ahora duermo mal y mi ánimo no es el mismo.

«Hace tres años mejoraron los negocios, aumentaron el sueldo a mi marido, y empezamos a planear mejoras en nuestra vida doméstica. Fué entonces cuando empecé a notar cambios en mi marido, estaba distraído, con frecuencia irritable, salía solo en las noches. Luego descubrí que algunas de esas escapadas eran para ver a otra mujer. Yo tengo 36 años, ella 28, ella es divorciada, muy linda y fascinadora para los hombres. Hala a los hombres, organiza coquetonas comidas para ellos, es muy gentil en sus maneras y hace que cada hombre se sienta un Dios en su presencia. Juan no habla de di-

El encanto femenino que retiene a los maridos significa un corazón siempre dispuesto a la bondad, una disposición para hacer el hogar acogedor, una voz que diga cosas agradables, una cara que sonríe.

vorcio, sigue muy dedicado a nuestras hijas las cuales lo tienen en gran efecto. Si le hago algún reproche me responde que es tiempo que deje de ponerme en ridículo. He llorado y estoy desesperada con esta situación. ¿He de seguir tolerándolo, dejaré que mi marido siga considerándose una cosa secundaria después de la otra a la cual envidio furiosamente? ¿Qué ha hecho ella para que sea así atendida mientras yo me quedo sola, nerviosa y abandonada?»

La respuesta a estas preguntas puede llegarle un poco tarde a mi pobre «Desesperada», porque ella dejó caer tan bajo a la maquinaria del matrimonio que será difícil tarea ponerla a su nivel otra vez. Pero la respuesta puede ser de gran valor para otras mujeres que caminan en estos momentos sin darse cuenta por el camino de la misma tragedia.

La única manera de conservar a un marido es no perderlo nunca. Pero mientras lo conservan hay que hacer como se le deja en entera libertad. Y hay que cambiar siempre, porque el cambio es la esencia de la vida en todo orden. Todo lo que no está muerto cambia. La mujer que quiere conservar a su marido debe hacerse cada día más gentil en vez de menos, más feliz, más elegante, más capaz de manejar su casa en risueña felicidad y contento. Traten de que haya sorpresas en la casa; eduquen a sus hijos con buen ánimo, piensen siempre que la misión de la mujer es atraer a la gente hacia ella y no rechazarla.

Cuando una muchacha entra a un convento se la entrega por dos años al cuidado de una monja de experiencia que se llama la Maestra de Novicias. Ella tiene la misión de moderar los apetitos de la novicia, de curarla de sus excesos de sensibilidad, de



quitarle la afición por los chismes. Tiene que alentar en ellas al mismo tiempo el amor por la paz y el orden, su generosidad y abnegación. Las novicias la consultan en sus tribulaciones y dudas, a veces se ríe con ellas de todo eso, otras las reprocha gentilmente. Por lo general, esta Maestra de Novicias llega a ser la más amada entre las monjas jóvenes.

Es una lástima que las mujeres que se casan no pueden tener un entretenimiento como ese. Se lanzan a la más delicada de las aventuras humanas como es el matrimonio sabiendo nada de esas abnegaciones, control personal y de esas infinitas pequeñas delicadezas que hacen el éxito de un matrimonio. Posiblemente nadie dijo jamás a esa recién casada: Sea usted humilde, sea usted siempre alegre, esté usted segura de que el tiempo cura todas las heridas y de que todo en un verdadero matrimonio cambia.

No, por lo general, sigue la recién casada su camino egoísta, quejándose, reclamando, perdiendo su tiempo en inútiles reproches. Y así el marido sigue también su camino encontrando en el mal talante y el descontento de su mujer la excusa para separarse cada día más de ella. Separarse de ella para acercarse a esa otra mujer, que es alegre, dulce y suave, que no lo molesta con quejas, que se muestra agradecida por su sola compañía, que lo hace sentirse una persona de importancia.

Si la mujer no hace del hogar el sitio a donde el marido llega con mayor agrado no tiene que extrañar que busque otro. El encanto femenino no es cuestión de belleza o de lujos o de dinero; es algo más profundo que todo eso. Significa un corazón siempre dispuesto a la bondad, significa una disposición y habilidad para hacer del hogar algo confortable y acogedor, significa una voz que dice cosas agradables y risueñas. Sobre todo

requiere una cara que sonría y una mente que comprenda que para derrotar el encanto de otra mujer no hay más que ser más encantado.

Encenamientos Mentes Pensamientos Que Escalan La Mente

ALMAS torturadas. Seres cuya fé en sí mismos, y cuya tranquilidad mental ha sido arruinada por dardos invisibles—perjuicios de los otros. ¿Pueden la envidia, el odio, y el cruzar el espacio, impelidos por el bro de otra persona? ¿Es posible que pensamientos diabólicos, como rayos terribles, proyecten las ondas de los pódos de víctimas inocentes? Todos nosotros, de día en día y de hora en hora, somos posibles víctimas del entorpecimiento mental, a menos que entremos en su naturaleza y lo podamos derrotar prontamente.

LIBRO SELLADO GRATIS

¿Entiende usted las leyes más ordinarias del cuerpo humano? La felicidad, la salud, y el goce de la vida del hombre dependen del entendimiento que el hombre tenga de la mente humana. Permita que los Rosacruces le expliquen a usted como puede obtener un método antiguo para desarrollar los poderes de su mente y usar estos poderes latentes dentro de usted. Si es usted sincero y desea saber más acerca de esto, escriba una carta pidiendo el libro sellado gratis, a:

Escribano B.D.V.
Los ROSACRUCES
(AMORC)
San José, California,
E. U. A.

PENSAMIENTOS

Por Diógenes

Los hombres tienen tantos quebrantos en la vida como las mujeres, pero no los comentan tanto.

No hay nada más sencillo que agradar a una mujer; basta con decirle sólo lo que a ella gusta de oír.

Ninguna mujer envejece antes de casarse. La caridad que empieza por casa generalmente se queda ahí.

Quien tiene la mejor reputación de veracidad es quien mejor puede mentir. No todos los que meditan piensan.

EL IDIOMA que hablan los dependientes de LONDRES

Un diálogo entre un londinense y un norteamericano, digno de ser llevado al teatro. Las londinenses que a los cuarenta años siguen siendo niñas y las que recomiendan los artículos masculinos como si los hubieran usado. Los cigarros secos, delicia de los fumadores ingleses, no logran convencer a Bob Davis.

por BOB DAVIS

los resultados? ¿Cuánto tiempo hace que lo usa?

Estoy hablando de resultados, caballero. Algunos caballeros míos me han convencido de la eficiencia del mecanismo. Y cuando digo que estoy convencida no quiero decir quizás.

—¡Buen testimonio! —exclamó el veterano comprador. Una chiquilla tan simpática

haciendo estudios sobre cosas de hombres. Usted sabrá lo que dice. Deme uno.

—Muy bien, caballero. De ahora en adelante puede presentar la otra mejilla, seguro de que le darán una buena bofetada.

Esta mañana fui a una tienda de cigarrillos para ver si podía comprar un buen habano. La muchacha, muy bonita, se me adelantó con una marca sustituta.

EDSEL FORD DECLARANDO EN LA INVESTIGACION DE LOS MONOPOLIOS



El círculo indica el lugar que ocupaba el hijo del magnate del automovilismo al presentar sus declaraciones ante el Comité que investiga los monopolios en Washington. La compañía Ford es una cuyas actividades monopolísticas son blanco de la indagación. (Foto Acme-Editors Press).

—Es algo que tiene el sabor y el aroma de un verdadero habano! —me aseguró—. Mis parroquianos selectos están encantados. A seis peniques, los que quiera. Le prometo una hora de ensueño fumándose uno. ¿Cuántos desea? Es un magnífico cigarro, señor. Yo conozco el tabaco.

—¿Fuma usted cigarrillos, señorita? —le pregunté.

—No, pero cuando me siento con el ánimo perdido, fumo un cigarrillo. Marca Players por regla general, aunque me gusta el Pall Mall, si salgo acompañada de un caballero. Un poquitín de tabaco de vez en cuando viene bien...

—Estos cigarrillos parecen un poco secos.

Al oír esto me miró sospechosamente, como si dudara de mis habilidades como fumador de cigarrillos.

—Los cigarrillos frescos—contestó pausadamente, como si intentara medirme para administrarme un nocaut—no son considerados buenos entre los fumadores que saben de estas cosas. No valen lo que el fósforo con que se encienden. A nosotros los ingleses nos gustan secos para que cuando los acercamos al oído entre los dedos, crujan un poquito.

En el negocio se llaman cigarrillos verdes, y cuando se fuman dejan un aroma agradable pegado a los cortinajes de la sala, como el recuerdo de algo muerto.

—Gracias por la advertencia, señorita. Tomaré dos Roger De Coverley a seis peniques cada uno.

Tengo que confesar que los cigarrillos secos de los ingleses no me proporcionaron las delicias que me anunciara la chica...

Los nuevos..

(Viene de la página 24)

a realismos que son todavía discutidos por exagerados. Las dos fotos de los vitrales que ilustran esta crónica, son la mejor confirmación de lo que digo.

Alrededor de este tema, principalmente, han girado todas las discusiones. Los paladines se han batido con bizarría, corajudamente, llenos de fuego estético, en épica batalla. Notre Dame ha servido de vórtice a las aspas de un molino que, en su girar desenfrenado, ha recogido mil opiniones diferentes en las que se han desenterrado innumerables teorías estéticas, pajizas y apergaminadas, y contribuido a perfilar otras modernistas, dándonos la sensación de presenciar un maratón delicioso cada vez más alejado por intangible. Han sido como unos interesantes juegos florales en que la pasión haya predominado sobre la belleza pura...

La razón la tendrán unos o la tendrán los otros. En problemas subjetivos no cabe la determinación matemática. Pero en todo caso los nuevos vitrales que ornan las ventanales de Nuestra Señora de París nos lucen más bellos que los antiguos. La reforma introducida en el viejo refugio de Quasimodo ha acrecentado su hermosura. Y aunque bien es cierto que si los fuéramos a comparar, por ejemplo, con los de la Catedral de Chartres que recogen el genio de los artífices del siglo XIII, tendríamos que opinar que están muchos codos por debajo del arte de los maestros de hace setecientos años, ello no empece, dentro de un cuadro de conformismo, para que el paso de avance realizado nos parezca muy superior a las cristalerías de la centuria XIX.

En tanto, dejemos a los parisienses y a los turistas extasiarse o criticar a su guisa los nuevos vitrales de la Catedral de Nuestra Señora. Y saquemos un moraleja, necesaria en estos precarios tiempos que vivimos, de la discusión enérgica que con tanto calor han sostenido los amantes de lo bello en París: todavía la humanidad puede interesarse por cosas que nada tienen que ver con la tajada materialista.

París, enero de 1939.

LONDRES.—En mis viajes por distintos países del mundo he podido llegar a conocer muchísimas cosas curiosas en el de la comunicación humana. Unas veces he sido lenguajes por señas; otras, jergas mezcladas, que precisan siquiera el conocimiento de una que otra palabra para salir de nuestra incertidumbre. Además, está el interés profesional que, en una breve oración, puede causar toda una serie de confusiones por la oscura maraña de los idiomas desordenados.

Pero el lenguaje más difícil de entender es el inglés que hablan los dependientes de tiendas de Londres. Para que el lector pueda apreciar las complejidades de este lenguaje, voy a permitirme repetir un diálogo del cual he sacado un ejemplo y que tuvo lugar entre uno de los dependientes ingleses y un turista de los Estados Unidos.

—Puedo comprar una pipa Auto-Sport?

—Mucho me temo que no, señor!

—¿Conoce usted la pipa Auto-Sport?

—Mucho me temo que no, señor!

—¿Dónde está el gerente de la tienda?

—Mucho me temo que ha salido, señor.

—Entonces, tenga la bondad de mostrarme algunas pipas como éstas—dijo el parroquiano haciendo un dibujo en un pedazo de papel.

—Muy bien—repuso el dependiente. —Querría mostrármela en la vidriera?

—Este año no está en vidriera, pero el año pasado sí, cuando compré tres en esta misma época.

—Un momento, señor—dijo el individuo mirándose debajo del mostrador. Aquí tengo tres más, y mucho me temo que sean las únicas que quedan.

—¿Teme usted venderme tres?

—De ningún modo, señor. ¿Por qué las quiere? ¿Auto-Sport, si puedo preguntarle?

—Porque aquí tienen estampado el nombre de Auto-Pope. París, si me permite la audacia de llamarle la atención.

—Pero señor, usted no mencionó a París. ¿Cómo podía yo saber lo que tenía en la mente?

—¿Son estas pipas para venderse?

—Sí, señor, a cuatro chelines y seis peniques la pipa.

—¿Teme usted recibir el dinero?

—No hay temor, señor. A propósito, el cliente acaba de llegar. ¿Querría verlo el señor?

—Mucho me temo que no, pero cuando haya marchado dele mis saludos cordiales. Si usted pide un sombrero hongo en Inglaterra, donde a las galletas las llaman «biscuits» y a los pasteles tortas, hay que decir «buns», y entonces el dependiente le replica que mucho se teme no tenerlo en existencia, pero que le proporcionará un «bowler» que es otra cosa que un hongo con otro nombre británico. Cualquier mujer de menos de cuarenta años de edad es una muchacha, y el hombre que no se rasura todavía es un «nipper».

El inglés es muy capaz de llamarle a un chequero una libra esterlina «bob» y «quid», y a un norteamericano le llama «buck» cuando le habla de dólares, eso es suficiente para que aquí se entienda que está hablando el lenguaje del ham-

pero que más gracioso es observar a las mujeres que elogian los artículos de uso masculino. En una de las tiendas más importantes de Londres una chica haciendo demostraciones con una navaja de afeitar.

—Caballeros, no es posible equivocarse al hablar con este mecanismo—decía mientras giraba la corriente eléctrica para hacer su trabajo. —Es como un guante de cabritilla que se desliza por la cara. No requiere jabón ni cremas de ninguna clase. Sólo unos movimientos sencillos a lo largo de la barba y en pocos minutos queda usted tan limpio como un niño recién nacido.

—¿Lo ha probado usted?—preguntó un parroquiano incrédulo. ¿Podría garantizar

Del BUEN HUMOR

::: AJENO :::

MUY BREVES



OTRA MANERA

Hay cantantes de radio que ganan mucho dinero, dice un cronista. Pero ganaría más si los que ya no desean oírlos les pagaran para que no cantara. (Radio News)

INQUISITORIAL

Dice un crítico de arte que mucha de la producción llamada de arte moderno debería ser quemada. No se contentaría con que la cuelguen. (Arts)



DICE LOLITA:

Dicen que fué un fabricante de sombreros quien creó la frase de «dos cabezas son mejor que una».

CONYUGAL

Juez.—¿Por qué dice usted que quiere divorcio para preservar la salud de sus hijos?

Ella.—Porque mi marido no los deja dormir con sus llegadas tarde a casa.

Juez.—¿Qué, hace mucho ruido?

Ella.—Por el contrario, trata de hacer el menos posible, pero empieza cuando yo le digo lo que se merece. (College Humour)

SUEGRAS

Se ha organizado en Nueva York una Sociedad para la Defensa del Buen Nombre de las Suegras. Invita a suegras, nueras y yernos a participar y tiene por objeto principal combatir la manía de hacer chistes contra las madres políticas.

¿Pero, no es la organización misma de esa sociedad el mejor de los chistes? (Ahora)

NOMBRES

El doctor A. P. Hudson dictó hace poco una conferencia en la Sociedad Americana de Folklore acerca de curiosidades en los nombres que los negros del Sur dan a sus hijos. He aquí algunos con base bíblica: Imagen de Cristo Nuestro Señor Dios Brown, Resucitaré de Entre los Muertos y Volveré a mi Padre Smith, Y Darás Tres Vueltas a las Murallas de Jericó Butler. Otros revelan la preocupación económica como Dollar Elliot, Ten Cents Lee, y All Bills Paid Jones. De más reciente relación con las cuestiones sociales y políticas de Estados Unidos son N. R. A. Budge, New Deal Armstrong y Gold Standard Louis. En la lista de hijos ilegítimos con nombres extraños hay pocos que puedan reproducirse en estas columnas; entre ellas Azar Bruce, Pecado Afortunado Brown y Debilidad Okerney.



A ver si aciertas, Tomasito, qué es lo que falta en este retrato. Por supuesto, que lo sé. Una... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

PENSAMIENTOS

Por **DIOGENES**

La mejor manera de juzgar el carácter de un hombre es por lo que no dice.

Es inútil filosofar con el hombre que tiene dolor de muelas.

Vade más para el hombre inteligente una onza de insinuación que una tonelada de consejos.

Si usted ha de regalar zapatos a una mujer, no olvide que deben ser tres números menor que los que ella calza.

Atienda hoy a las cosas de menor importancia; las más graves son las que pueden esperar.

El hombre que sólo hace lo que es su obligación es el que nunca asciende en su empleo.



DICE LOLITA:

Hay jóvenes a quienes les gusta más aproximación que el premio gordo.



Vispito ha tenido un día terrible. Le ha dado por fumar y romper las vidrieras y después le escondió a su madre sus artículos de aseo, incluso el... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).



DICE LOLITA:

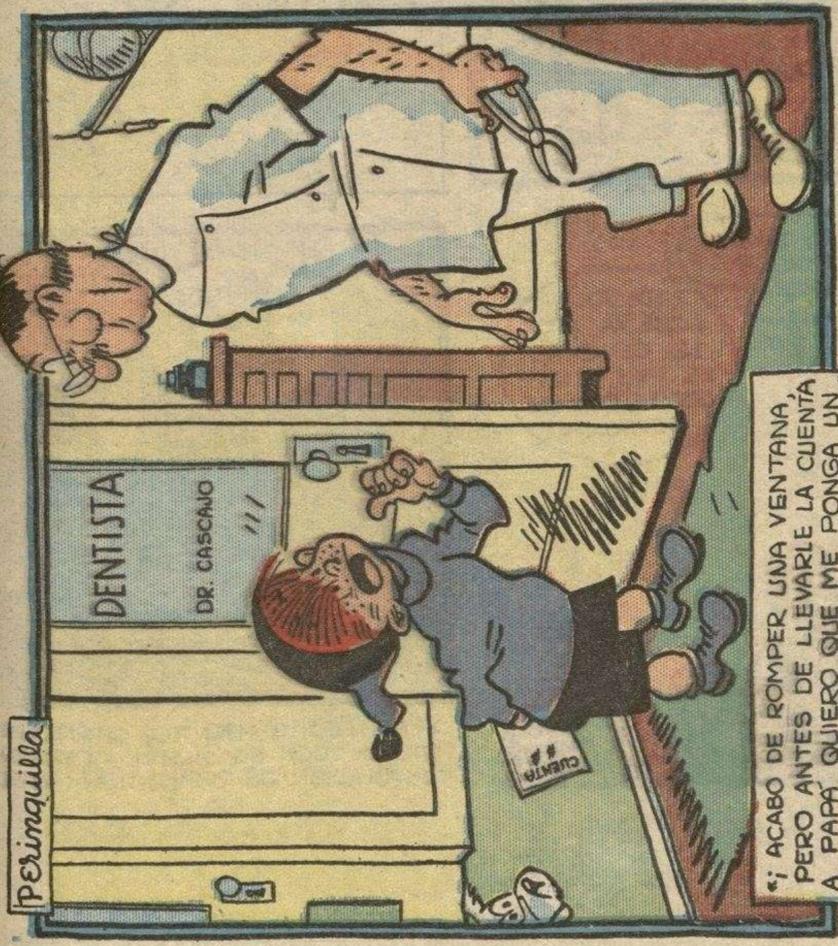
Las pieles muchas veces hacen creer a las muchachas que se han convertido en tigresas.



DICE LOLITA:

Las flores que dicen algunos hombres indudablemente tienen espinas.

LA VIDA ES ASÍ...



Perinquilla

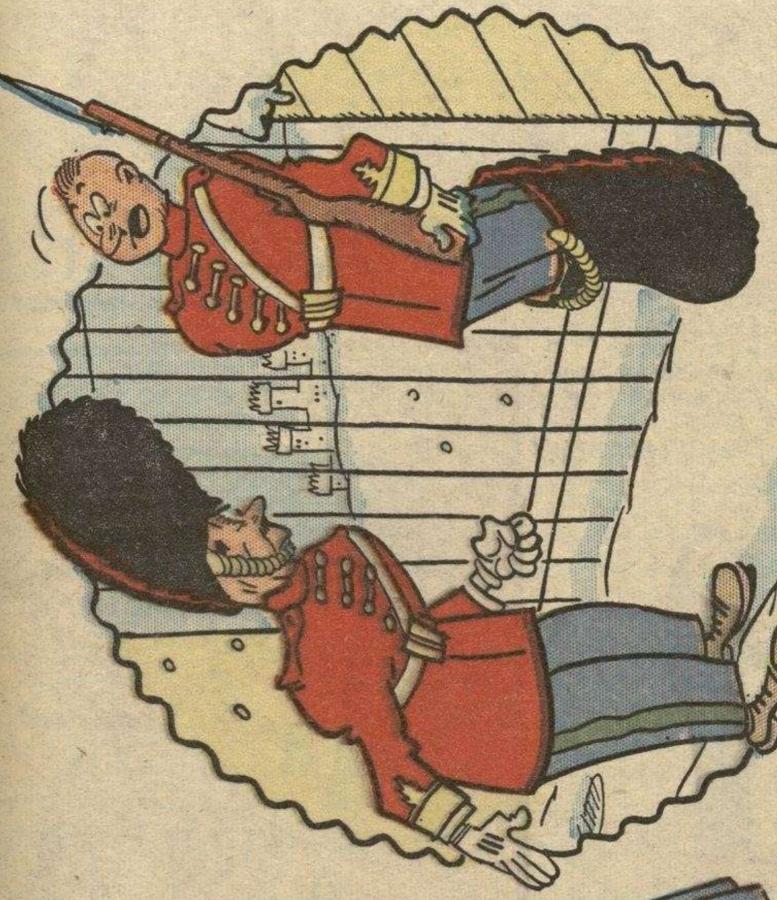
DENTISTA
DR. CASCAÑO

¡ ACABO DE ROMPER UNA VENTANA,
PERO ANTES DE LLEVARLE LA CUENTA
A PAPA QUIERO QUE ME PONGA UN
ANESTÉSICO EN EL SITIO APROPIADO! »

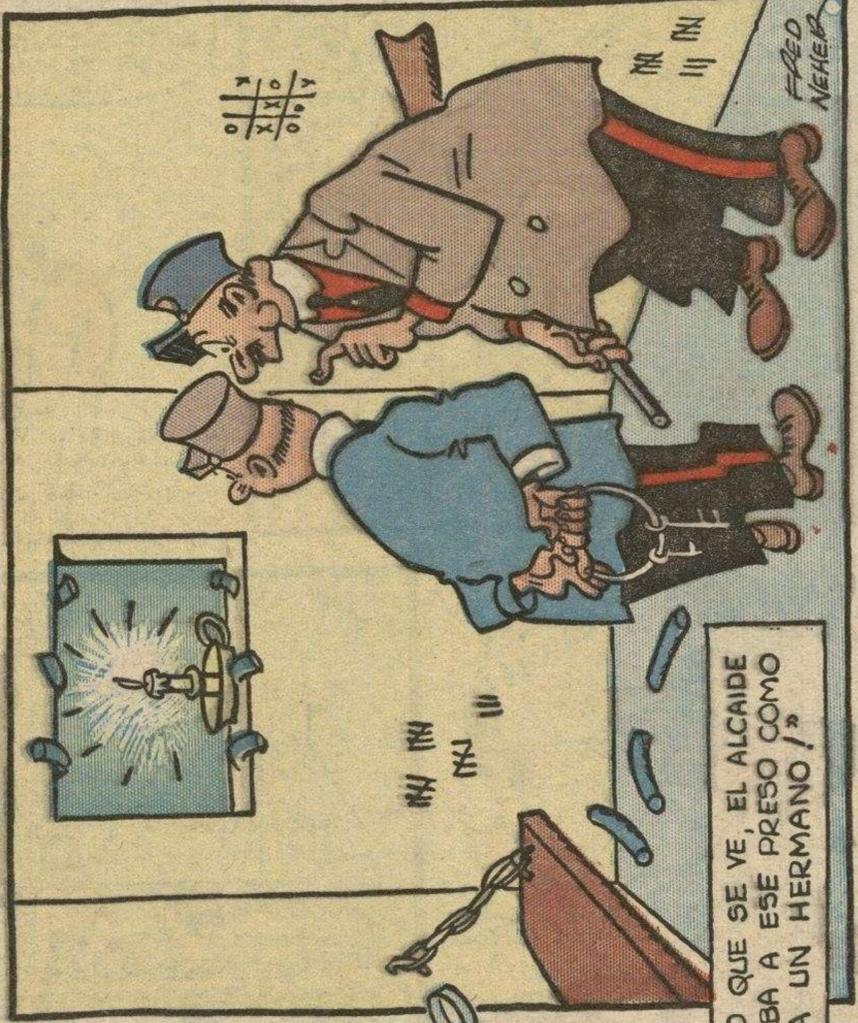


Pamplmadas

¡ PARA EDUCAR EL
CARACTER NO HAY COMO
UN BANO FRIO DIARIO,
PERO ¿ QUIÉN NOS DA
CARACTER PARA TOMARLO? »

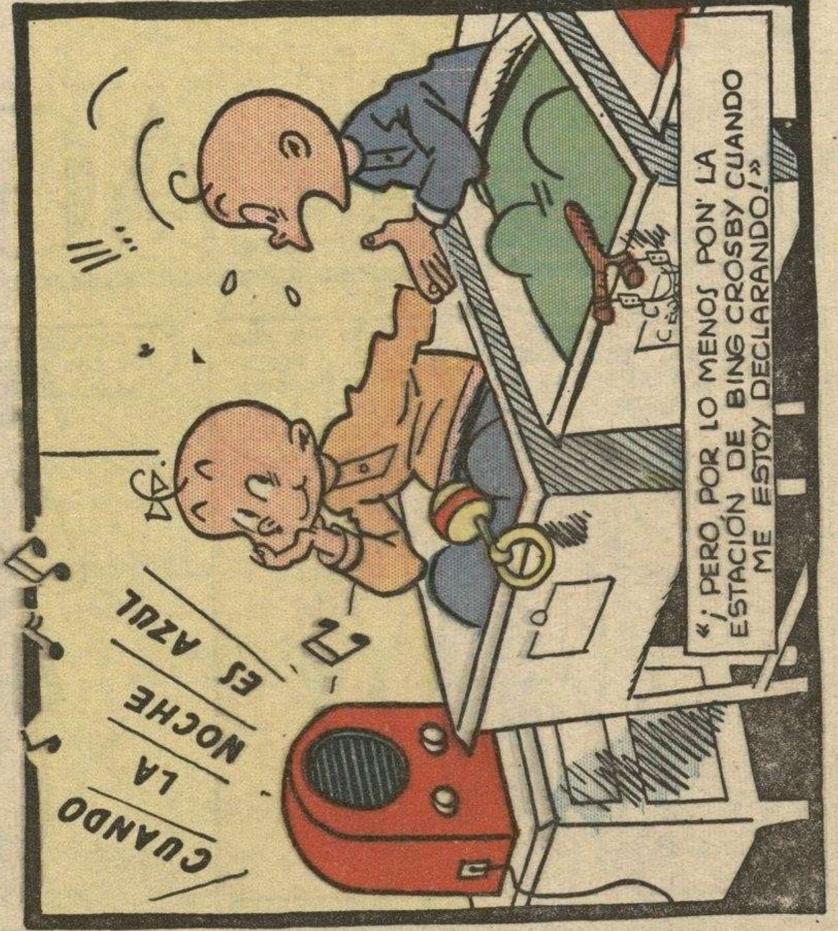


« ¡ PERO SARGENTO,
ES QUE TENGO
LOS PIES FRIOS...! »



« ¡ A LO QUE SE VE, EL ALCAIDE
TRATABA A ESE PRESO COMO
A UN HERMANO! »

FRED
NEHER



CUANDO
LA
NOCHE
ES
AZUL

« ¡ PERO POR LO MENOS PON' LA
ESTACION DE BING CROSBY CUANDO
ME ESTOY DECLARANDO! »



« ¡ FUE UNA EXCELENTE IDEA TRAERLE A
TU HERMANO UN EQUIPO DE DETECTIVE! »

EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE

¡EL VIEJO WILSON VENDIÓ SU TIENDA POR \$ 3000! ¡YO VI EL DINERO CON MIS PROPIOS OJOS!

¡BRAVO! ¡POR TRES MIL PESOS LE PEGARÍA FUEGO A MI PROPIA ABUELA!

¡PAPA, ESTABA MIRANDO POR LAS RENDIJAS DE LA PERSIANA!

¿Y QUÉ? ¡ES SOLAMENTE EL CAPITÁN JEKKE! QUE NOS LLEVARÁ A HONOLULU!

¡PERO PAPA, ESE ES EL MISMO PIRATA QUE YO TE DECÍA! ES UN ASESINO...

¡SÍ, HIJITA, PERO POR ESTA PARTE DEL PACÍFICO TODOS SON, MÁS O MENOS, PIRATAS!

LO ÚNICO QUE HAY QUE HACER ES ANDAR PREPARADO. ESO ES TODO. HAZTE LA QUE NUNCA LE HAS VISTO PUES NO HABRÁ OTRO BARCO HASTA DE AQUÍ A SEIS MESES.

¡SEIS MESES! ¡REDEMONIOS!

EN ESE CASO CREO QUE TENDREMOS QUE IRNOS NO SOTROS, TAMBIÉN.

LLÁMAME SOLAMENTE EL CAPITÁN JOSELITO, NIÑA. ESTOY ENCANTADO DE LLEVAR A BORDO UNA PERSONITA COMO TÚ.

GRACIAS, SEÑOR.

Y MIENTRAS NOS ALISTAMOS, COMPAÑEROS... ¡AH, ME VOY A VENGAR DE ESE CERDO QUE ME MORDIÓ!

¡DALE BUENA!

¡YEOW!

¡ME HA MORDIDO OTRA VEZ!

NADA, NIÑA. ESTABA HACIENDOLE SEÑAS AL COCINERO PARA QUE SE PREPARE.

¿QUÉ HA SUCEDIDO?

AHORA; AL BOTE TODOS!

EL OSITO NO QUIERE VENIR.

¡VEN PILLO! ¡ME SOPRENDES! ¿TIENE MIEDO?

¡SE HA TIRADO AL AGUA!

¡VUELVE! ¿QUE ES LO QUE TE PASA, BENITO?

103. *Releane*

¡ES MUY BONITO, PERO PARECE IDIOTA!

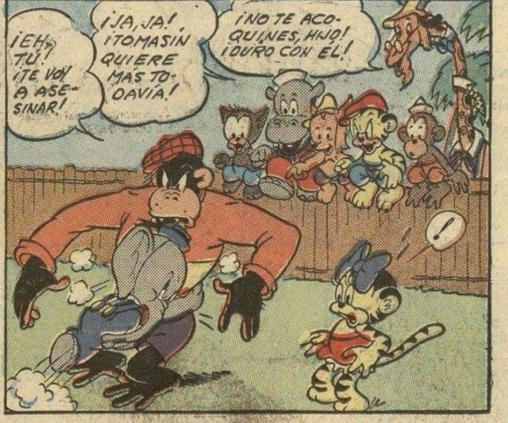
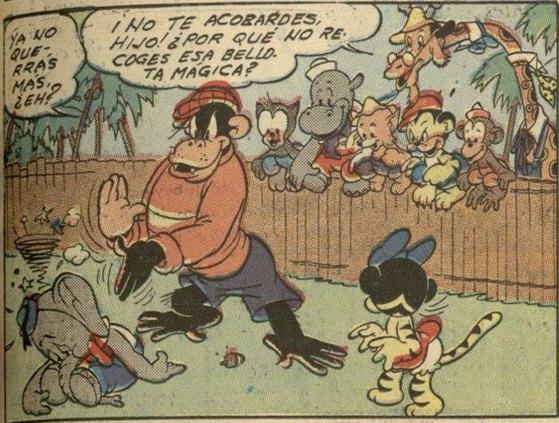
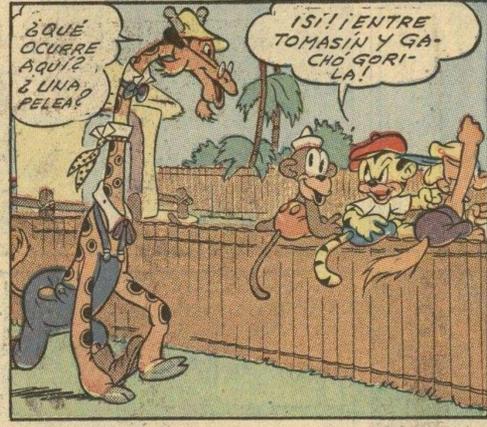
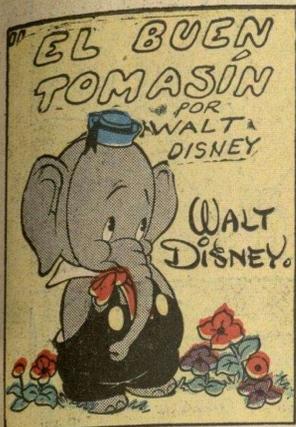
¿IDIOTA? ¡QUÉ VA! ¡POR LO GENERAL ES MÁS INTELIGENTE QUE LAS PERSONAS!

NO ENTIENDO QUE ES LO QUE LE PASA

Y ASÍ ÁGUILA, BENITO, CHANCLETA Y LOS WILSON, CON SU DINERO, ZARPAN CON UNA TRIPULACIÓN DE REPUTACIÓN MUY DUDOSA.

DIARIO DE LA MARINA

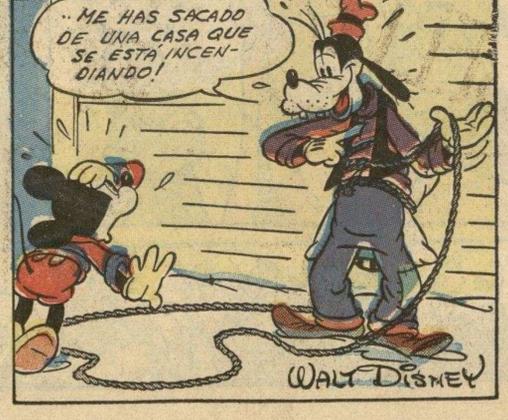
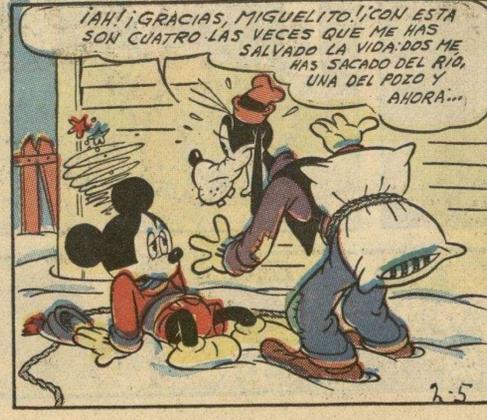
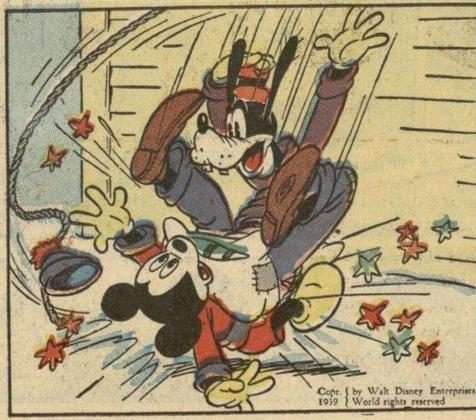
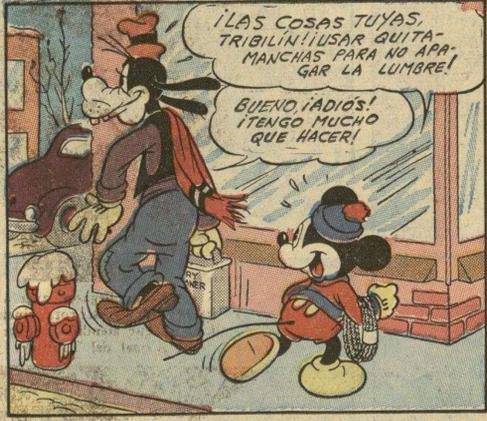
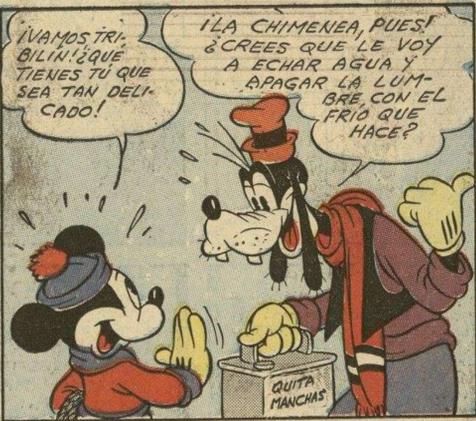
DOMINGO 12 DE FEBRERO DE 1939



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED

U.S. PATENT OFF.



WANG-LA

POR

BRANDON WALSH

DESPUÉS DE ENCALLAR EL "PETRAL" EN UN ESCOLLO, DONDE QUEDA APRISIONADO ENTRE ENORMES MASAS DE CORAL, EL FURIOSO OLEAJE LE ARREBATA TODO LO MOVIBLE Y LO ARROJA HASTA LA LAGUNA. NUESTROS AMIGOS LUCHAN COMO ENERGÚMENOS POR SALVAR LO QUE PUEDE, MIENTRAS PIENSAN EN LOS PELIGROS QUE ENCERRARÁ LA SELVA IMPENETRABLE.



¡QUE ME MATEN, SI YO CREÍA QUE HUBIESE TANTOS BAMBÚES EN EL MUNDO! ¡NOS CIERRAN EL PASO COMO UNA PARED DE ACERO!



¡LEPETILAMENTE SE HA PLO-CAMADO. SIN SUBIR A LA MONTAÑA, NO PUEDES OTEAR LA PLANICIE.

¡OJALÁ SUPIÉRAMOS LO QUE HAY DETRÁS DE ESOS BAMBÚES!



ESTA HUMIL'LE PELSONA LECUEL'LA QUE SÓLO LOS LIOS PUELEN LESCOL'LEL LA COLTINA QUE OLCUTA EL POLVENIL.



¡SI NO ENCONTRAMOS UNA MANERA DE ELLEGAR AL INTERIOR, MORIREMOS!

¿QUIÉN PUELE NEGAL QUE POL LO MÁS OBSCULO AMANECE?



¡HURRA! ¡UNA MANADA DE CABRAS A ESTIBOR!

¡MIS INÚTILES OJOS SE ALEGLAN LE VEL UN ANCHO LÍO QUE SE PENTEA ENTE COLINAS!



¡MIRA, CAMARADA, MIRA! ¡UN EJÉRCITO DE GIGANTES AL OTRO LADO DEL RÍO! ¡SON DE 3 MTS. DE ESTATURA, O NO ESTOY SONANDO!



¿HABRÁ SIDO UNA PESADILLA? ¿SERÁ VERDAD QUE HE VISTO UNA BANDA DE SALVATES GIGANTESCOS?

ESTÁ ESCRITO EL SABEL CLIMAS LULAS QUE LA IGNOLANCIA.

ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh



SOY YO, SR. BARNES ANITA. ¿PUEDO PASAR?

¡HERMOSA DAMA, TENÉIS MI REAL PERMISO PARA ENTRAR!



¡TATIENDE A LOS REYES DE FRANCIA Y BORGONA!



... SI ANITA, EL ÚNICO TRATE DE TEATRO QUE ME QUEDA ES EL DE LEAR, EL REY LOCO ALGO LÚGUBRE PARA UNA FIESTA DE CUMPLEAÑOS, PERO...



¡ES MAGNÍFICO! ¡Y UD. REPRESENTÓ TAN BIEN AL REY LOCO, QUE ME DIÓ UN SUSTO!... ¿QUIERE ENSEÑARME A DISFRAZAR A "HUESITO" DE CORDERITO MANSO?



¡NO TE ASUSTES, "HUESITO"! ¡NO TE HARÁ DAÑO! NO SOY MARIA, Y TÚ MI CORDERITO, QUE ME SIGUE POR TODAS PARTES. ¡NO LADRES PARA QUE NO TE COÑOZCAN!



TENGO QUE VER A FLORA, QUE NO SABE QUE LE DAMOS UNA FIESTA. ESPÉRAMA AQUÍ, Y NO TE ACUESTES, PORQUE TIENES QUE GUARDAR LIMPIA ESA PIEL TAN BLANCA.



AUN CUANDO ESTÉ CLOVIENDO, NO NECESITAS ESE ABRIGO CON CAPEPUZA. MI AUTO NOS ESPERA A LA PUERTA.



¡FELICITACIONES FLORA!



MODESTO RIZOS



TRATANDO DE DESCUBRIR LAS MISTERIOSAS ACTIVIDADES DEL HUESPED INDESEABLE DE LA CABAÑA, RIZO CAMBIA LAS PALOMAS MENAJERAS.

AHORA QUE HE LEÍDO EL MENSAJE ATADO A LA PALOMA DE LEECH, LO HARÉ ATADO A UNA DE LAS DE DUNBY.



SI DUNBY NO SOSPECHA QUE YO SOY EL VERDADERO ERMITAÑO, TODO ME SALDRÁ BIEN.

¡OH! ¡ALLÁ VIENE DE LA ALDEA!



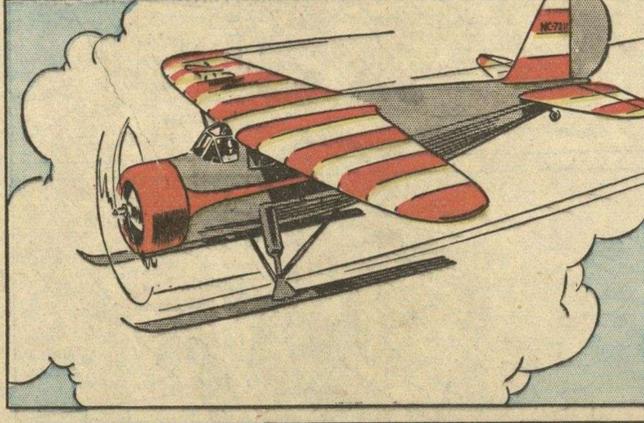
ESPERO QUEDARME AQUÍ VARIOS DÍAS Y QUIERO QUE ME PREPARES BUENAS COMIDAS.

¡SÍ, SEÑOR, PERO YO SOY POBRE...



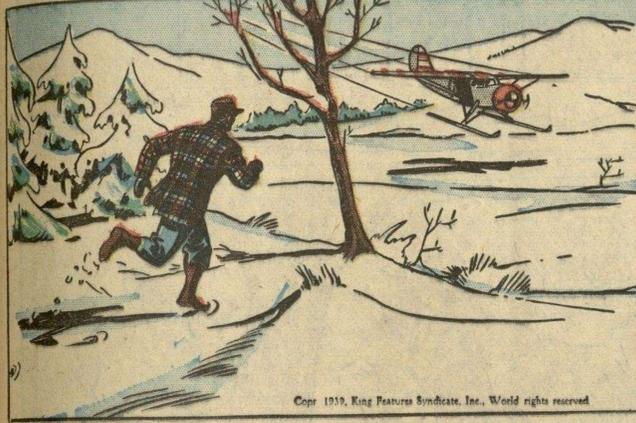
DOS DÍAS DESPUÉS

ENVÍE UN MENSAJE A UN AMIGO MÍO, PARA QUE VENGA A REUNIRSE AQUÍ CONMIGO... VENDRÁ...



¡SÍ, ES SU AVIÓN! ¡RECIBÍO MI MENSAJE!

¡YA BAJA! ¡IVA A PTERRI-ZAR CERCA DE LA CABAÑA!



Copyright 1939, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved.



UNO DE TUS PRIMEROS MENSAJES ME DECÍA QUE "TURCO" HABÍA DESPACHADO AL VIEJO...

¡DECIDÍ RETENER AL VIEJO, GARLOW, ES INOFENSIVO Y, ADEMÁS, SABE COCINAR!

CONTINUARÁ

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young



AQUÍ NOS SEPARAMOS, AGUILUCHO.

HASTA LUEGO, AL-RODD!

¡LÁSTIMA QUE LORONO HAYA MUERTO RANNO!

¡PAGO BIEN CARO EL TESORO, PEPE! ¡FUÉ CRUEL Y EGOÍSTA!



OTRA SEMANA MÁS Y LLEGAREMOS AL CUARTEL GENERAL.

A ESTAS HORAS PENSARAN QUE HEMOS DESERTADO...



¡HOLA, SARGENTO GATES!

¡AGUILUCHO! ¡PEPE!



¡QUÉ BUENO ES DESCANSAR! ¡VOY A DORMIR UN MES ENTERO...

¡EH, PEPE! ¡EL CORONEL CRAGG NOS QUIERE VER...



...Y COMPRENDO QUE ACABAN DE REGRESAR AL CUARTEL; PERO LA MISIÓN ES IMPORTANTE. ESCUCHEN...



¡ACABAMOS DE LLEGAR AYER, AGUILUCHO Y, ZAS, A SALIR OTRA VEZ!

¡LAS ÓRDENAS HAY QUE OBEDECERLAS, PEPE, NO HAY MÁS REME DIO!



¡YO PEDIRÉ HOY MISMO MI LICENCIA!

¡NO TE PONGAS DE MAL HUMOR!

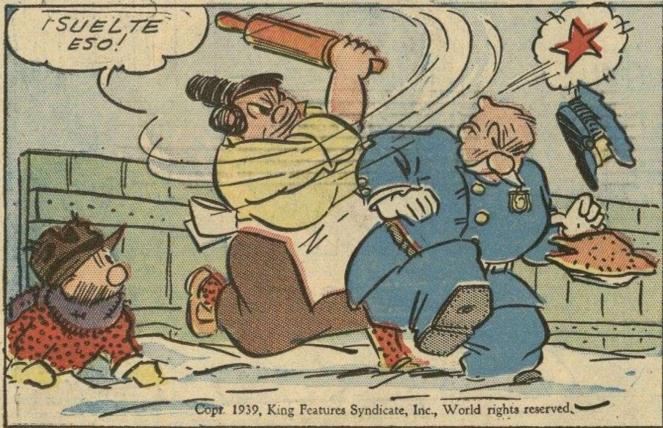
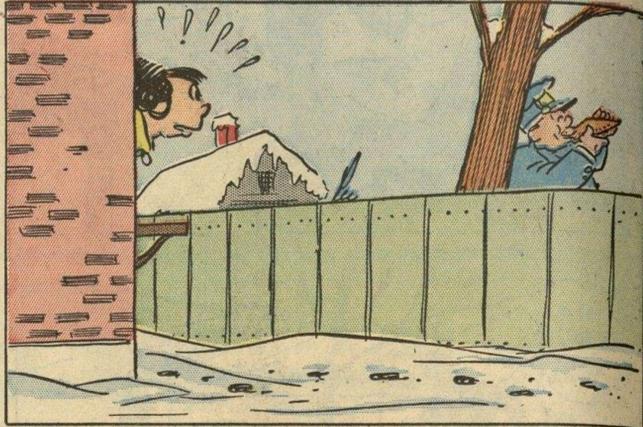
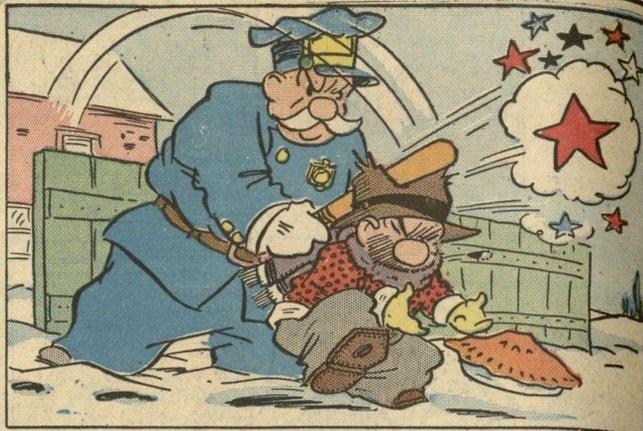
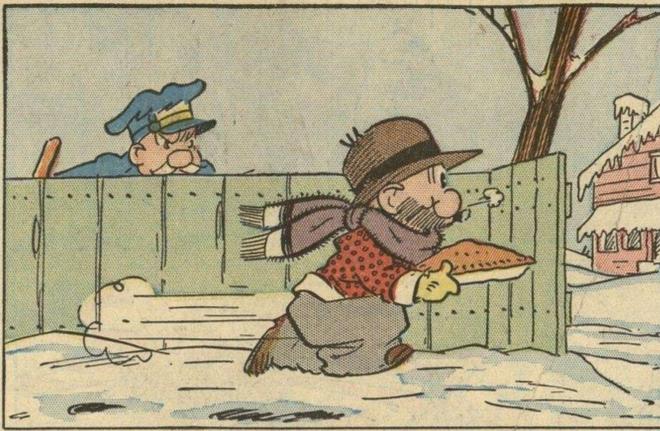
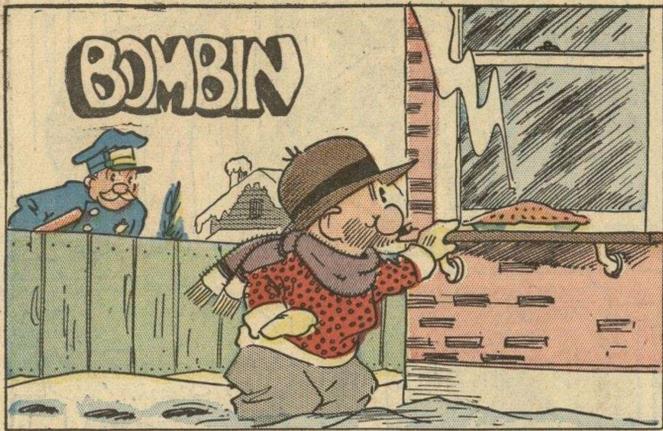


¡SÍ, AQUÍ VIVE BRUCE PAXTON... YO SOY TALLEY, SU HIJA. LOS ESPERÁBAMOS.

¡PARECE QUE ESTA COMISIÓN ME VA A GUSTAR. LE PRESENTO A PEPE.

CONTINUARÁ





Copyright 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

2-5

C.D.RUSSELL

PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office



Copyright 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

2-5

C.D.RUSSELL